PABLO MARMORATO

NENUCA

LA HISTORIA DE

GRACIELA FERNÁNDEZ MEIJIDE

SUDAMERICANA

Pablo Marmorato

Nenuca

La historia de Graciela Fernández Meijide

Sudamericana

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

A Eloy y a Vir, por el futuro, que es nuestro.

LA NOCHE EN QUE TODO CAMBIÓ

El frío se hace sentir esta noche en Buenos Aires. Sería normal en estas latitudes si no fuera porque es primavera, más precisamente la 1.50 de la madrugada del sábado 23 de octubre de 1976. Cada tanto, algunas personas se asoman por la calle Virrey del Pino, casi esquina Moldes, en el barrio de Belgrano. Quizás regresen de cenar o de un cumpleaños familiar. Pero, salvo esos intervalos de vida, el silencio es espeso. Hasta que un ruido de motores corta la quietud. A lo lejos, tres autos avanzan en hilera, fantasmales, a baja velocidad. Llegan a la altura del 2600 de Virrey del Pino y frenan frente al edificio que lleva el número 2632. Con sus 21 pisos, este gigante de hormigón, desde cuya terraza sus vecinos presumen avizorar las costas uruguayas, se levanta imponente. Cuenta también con dos subsuelos que funcionan como estacionamiento, mientras que cinco locales de negocios decoran el frente. Los motores se ahogan de uno en uno. Cinco hombres salen de los autos. Visten informales, con el pelo muy corto. Redoblan el paso hasta llegar al umbral y golpean la puerta.

Antonio es italiano hasta la médula. El apellido, Ciccone, lo delata. También su aspecto físico: es petiso y morrudo, más bien retacón. Será de Calabria, de Sicilia o de algún rincón del sur de Italia. Meses atrás, había trabajado en la construcción del edificio; al finalizar, le ofrecieron quedarse como encargado y aceptó. A esa altura, ya se ganó el cariño de todos. Por eso, duda cuando aquellos hombres le hacen señas para que abra la puerta: no quiere tener líos. Pero insisten. Antonio camina unos metros hasta quedar separados por el vidrio. “Policía, abra la puerta”. Él accede. Uno permanece de campana y entran los cuatro restantes. Lo encañonan en el cuello y lo obligan a llevarlos hasta el departamento 21 A.

Una secuencia de luces y sombras se sucede incansable hasta llegar al vigésimo primero. Salen del ascensor y los hombres se paran

delante de la puerta que les indica Antonio. Le ordenan que toque el timbre.

—Enrique, ¿escuchaste?

Enrique duerme profundamente. Graciela prende la luz del velador y se levanta rápido de la cama. Baja las escaleras del departamento en dúplex.

—¿Quién es?

—Señora, buenas noches, soy Antonio.

Ella lo conoce. Es un hombre respetuoso, calmo. Por eso, le llama la atención el tono de su voz, lo siente nervioso.

—Sí, Antonio, ¿qué precisa?

Su sospecha se vuelve fundamento cuando escucha del otro lado una voz que le dice al portero "un mensaje, un mensaje".

—Señora, tengo que darle una carta —improvisa. Ahora sí, está asustada:

—No, Antonio, yo no recibo cartas a esta hora; tráigala mañana, por favor.

—¡Policía Federal, abra! —le gritan.

Les pide permiso para vestirse y corre a despertar a Enrique. Bajan los escalones de dos en dos mientras que la puerta parece caerse de los golpes. Graciela abre y entran tres de los hombres, uno de ellos con un arma larga y los otros, con armas cortas; el restante, que tiene una carpeta negra con unas planillas en las manos, se queda afuera junto a Ciccone para controlar los movimientos. Les ordenan sentarse en el sillón del living. En ese instante, aparece Malevo, el ovejero alemán de la familia, agazapado. "Agarren a ese perro o lo mato", amenaza uno de ellos. Graciela lo acerca a su lado y pide explicaciones. No recibe ninguna respuesta.

Dos de los intrusos se desparraman a través de los doscientos metros cuadrados que tiene el dúplex. Uno entra al cuarto matrimonial, en el piso de arriba, y revisa los cajones. Encuentra unos cuantos billetes. Los hace un manojo y se los mete en el bolsillo. En la planta baja está el living, la cocina comedor, un baño y, conectados por un pasillo, los cuartos individuales de los hijos de la pareja: María Alejandra, de 18 años, que está con una amiga; Pablo, de 17 años, con dos amigos; y

Martín, de 15 años.

—Por favor, no los despierten.

De nada sirve el ruego de Enrique, porque uno de los hombres ya está en el cuarto de Martín, quien, días atrás, había descolgado un póster del Che Guevara y tirado varios libros y revistas. El hombre prende la luz y lo zamarrea mientras lo apunta con el arma.

—Andate a la puta madre que te parió —lo sorprende Martín, que, dormido y con la vista nublada, cree que el que lo molesta es su hermano.

—Levantate —le ordena, pero entra su compañero y le dice que se quede en la cama.

En forma paralela, entran al cuarto de Pablo y preguntan por él. Pablo duerme en una bolsa de dormir, al igual que su amigo Eduardo, porque esa noche quien ganó el sorteo para acostarse en la cama fue Claudio. Era una rutina que tenían incorporada de tantos fines de semana juntos en la casa. Cuando se despabila, se presenta. Pero no quedan conformes y piden que se identifique. Pablo les dice que su documento está en la campera que dejó en el living. Segundos después, aparece descalzo, con el torso descubierto y en calzoncillos, delante de sus padres. Graciela, que había escuchado la conversación, ya tiene en las manos la cédula que encontró en un bolsillo de la campera. Se la alcanzo y todo quedará resuelto, piensa.

—Vístase. Nos va a tener que acompañar —le ordenan, sin embargo, a Pablo.

—Pero es menor; nosotros vamos con él —intercede ella.

—Quédese tranquila, señora, es solo de rutina. Mañana a las 8.30 vaya a buscarlo a la comisaría decimonovena.

—¡Pero al menos déjenlo vestirse; déjenlo abrigarse!

Mientras Pablo se calza los pantalones, ella entra en su cuarto para buscarle una camisa y un pulóver. Alcanza a ver las caras de espanto de los amigos de su hijo y vuelve al comedor para darle el abrigo. Ese gesto de cariño y protección será el último punto de unión entre ambos.

Horas después, el barrio amanecerá en calma. Algunos vecinos saldrán a las calles con sus bolsos deportivos rumbo a los clubes

cercanos a las barrancas de Belgrano; la feria de Juramento abrirá sus puertas para las compras semanales. Otro plácido sábado de octubre. Sin embargo, para Graciela Fernández Meijide ya nada sería igual.

CAPÍTULO 1

La infancia y la adolescencia de Nenuca

Nació en Avellaneda el 27 de febrero de 1931, con el nombre de Rosa Graciela Castagnola. Pero, desde que respiró por primera vez, la llamaron Nenuca; Graciela, a veces; Rosa, nunca.

Su padre, Arístides Antonio Castagnola, le había pedido a su esposa, María Mercedes Mecha Elizaga, inscribirla como Rosa, tal el nombre de su madre. Mecha, al final, aceptó; de todos modos, la llamaría con el mismo apodo que su amiga Lila usaba con su pequeña hija.

A Graciela el misterio se le develó un día en la escuela mientras la maestra tomaba asistencia: "¿Rosa Graciela?". Todas las nenas se examinaban buscando descubrir el misterio; segundos después, las miradas se posaron sobre ella. Recién de adolescente, en los bailes del Club Regatas de Avellaneda, empezó a presentarse como Graciela, a secas. Nenuca quedaría reservado para su familia, como la conocen hasta el día de hoy.

Llegó a un mundo y a una Argentina convulsionados. ¿Cuándo no es así? Sin embargo, a comienzos de la década del 30, el planeta aún crujía tras las heridas abiertas de la Primera Guerra Mundial.

En la Argentina, cinco meses antes, el general José Uriburu había derrocado al radical Hipólito Yrigoyen para inaugurar la "Década infame". Al mismo tiempo, miles de inmigrantes europeos que escapaban de la guerra y la hambruna arribaron a Buenos Aires para insertarse como engranajes de una gran maquinaria productiva. Junto a los pobladores que se arrimaron desde el interior del país, fueron delineando los contornos de la extensa área metropolitana.

Avellaneda fue una de las ventanas por donde mirar este proceso. La vida de miles de familias se transformaba a pasos agigantados, como la de los Castagnola, asentados allí desde mucho tiempo antes, cuando

Avellaneda se llamaba Barracas al Sur.

A fines de la década del 20, Arístides había comprado un petit hotel en la calle 12 de Octubre, entre Vicente López y Ricardo Gutiérrez. Fue la fortaleza que cobijó a Graciela y a sus hermanas Mechita y Juana María, tres y catorce años menores que ella, respectivamente, durante su infancia, su adolescencia y su juventud.

El barrio era el marco ideal para divertirse. A pocas cuadras de su casa, corría el Riachuelo. Desde sus aguas, los peces veían pasar a los obreros, apurados por llegar a las barracas de lana o a La Blanca y La Negra, dos emblemáticos frigoríficos de la zona. Más allá, en las chacras de la isla Maciel, crecían frutales, como la vid, con cuyas perfumadas uvas se hacía el vino patero. Graciela aún recuerda el sabor de las peras de agua que, jura, jamás volvió a probar.

Arístides y Mecha

En su padre conviene buscar dos rasgos de personalidad que marcaron la vida pública y privada de Graciela: perseverancia y voluntad de servicio. Arístides era el médico de cabecera del barrio, cuando ese título significaba un lugar de prestigio en la comunidad. Desde el asiento del acompañante del Buick negro, ella observaba cómo su papá, en las visitas médicas, saludaba a todos sus pacientes por igual, fuesen jueces, empresarios u obreros.

Graciela tiene muchos recuerdos de aquel padre solidario. Como cuando unos parientes lejanos, cuyo hijo tenía una infección en el denominado "triángulo de la muerte" de la cara, llegaron desesperados a consultarlo tras varios tratamientos frustrados. El cuadro era grave. Arístides probó distintos métodos hasta que logró curarlo. No les cobró. ¿Cómo hacerlo si eran de la familia? Sin embargo, no pudo rechazar la muñeca imitación de la actriz Shirley Temple para su pequeña hija. Graciela parece verla en el instante en que lo cuenta: alta, enrulada y con el vestuario de sus películas. Dice que, así como podían regalarle una muñeca, le obsequiaban un cajón de peras o lechugas. ¡O una oveja! La subieron a la terraza de la casa,

donde balaba todo el día, mientras Mechita y ella la bañaban y le daban la “mamadera” hecha con un dedo de guante que calzaban en la boca de una botella. Entre risas, revive cuando, cada tanto, la oveja mordía el guante y se bañaban en leche.

En otra ocasión, su papá llegó con un peludo de regalo. “Pero no es una forma de decir como la frase, ¡era literal! El pobre intentaba enterrarse en el piso de cemento de la terraza... Duró poco porque mi vieja despachaba a todos los animales muy rápido”, confiesa.

No siempre pudo estar cerca de su padre. Así ocurrió en 1937, cuando Arístides quedó al borde de la muerte, postrado en la cama de un sanatorio, debido a una septicemia. Tras varias semanas, los médicos le informaron a Mecha que ya no había nada más que hacer y le recomendaron que le aplicaran morfina solo para aplacar el dolor. La familia de Arístides también creía que era lo mejor. Pero Mecha no. Cuando todo parecía perdido, supo de un médico, llamado Juan Bianchi, que había regresado desde Alemania, donde había estudiado los efectos de las sulfamidas en infecciones. Los resultados en aquel país eran revolucionarios. Mecha se comunicó con Bianchi y logró que lo tratara. Durante largos días, que se convertían en noches en un pestañeo, ella permaneció a su lado. Estaba tan cansada que en una ocasión cayó desmayada al piso.

A la pequeña Graciela, de 6 años, los fantasmas sobre su padre la perseguían: “¿Qué le pasa? ¿Dónde está? ¿Por qué no puedo verlo?”, les preguntaba a su abuela Juana y a su tía Nélida. Fue tanta su insistencia que su madre la llevó al sanatorio. Al llegar, entró al cuarto y lo vio: ese gigante enflaquecido, enroscado entre las sábanas, no podía ser su padre. Arístides, de casi dos metros, había bajado tanto que pesaba 50 kilos. Nunca más lo visitó.

Arístides concluyó la rehabilitación en su casa, rodeado del afecto de su familia. La rutina incluía sesiones diarias de masajes. El masajista lo envolvía en las sábanas y lo metía con ellas en la bañadera, cargada con agua tibia y sales del lago Epecuén, uno de los últimos oasis antes de que la pampa desenfunde su vastedad. Arístides gritaba del dolor mientras le desentumecían los músculos uno por uno. Ella aún recuerda sus alaridos. Por eso, cada vez que sonaba el timbre,

se escondía en el lugar más alejado del hogar.

La enfermedad le había dejado secuelas, pero estaba vivo y quería recobrar su vida. Instaló un gimnasio en la terraza, con barras y pesas, compró una máquina de escribir para recuperar la movilidad de los dedos, cuidó su dieta y aumentó día a día los kilómetros de caminata. En pocos meses, mejoró en forma tan significativa que retomó su trabajo en el hospital, ya no como cirujano, sino en el área de dermatología, para lo cual, volvió a estudiar. Además, incrementó sus visitas domiciliarias.

Mecha entendió que había llegado el momento de cumplir con la promesa hecha a la Virgen de Luján y ofrendó a su parroquia el anillo de brillantes que su esposo le había regalado. El padre Gómez no se negó. Que las promesas son para cumplirlas.

Graciela siempre recordó la fortaleza de sus padres cada vez que necesitó tomar coraje ante una situación acuciante.

Exigencias

La vida volvió a transcurrir en forma calma para los Castagnola. Ella crecía rodeada de cariño y muy estimulada por su madre, quien, entre otras cosas, le enseñó a deletrear vocales y consonantes cuando tenía apenas 4 años. Poco después ya leía de corrido, a la vez que escribía sus primeras palabras.

Complacida, Mecha consideró que su hija estaba en condiciones de ingresar a la escuela, pese a no tener la edad correspondiente. Por eso, fraguó en su cédula que era dos años mayor. Como necesitaba nivelar sus conocimientos con los de sus futuros compañeritos, contrató a una maestra particular para darle clases todos los días. Graciela tenía 5 años.

Al año siguiente, aterrizó directo en segundo grado del Normal 10, de Avellaneda, tras saltearse primero inferior y superior. Mecha estaba feliz; ella no. Es que sabía resolver cuentas, pero desconocía las reglas de convivencia en una escuela. Para no quedar excluida, copiaba el comportamiento de los otros chicos.

Cuando al final había logrado adaptarse, su madre dio otro golpe de timón: decidió que abandonase su escuela y se preparase en su casa durante todo un año para ingresar a quinto grado del Lenguas Vivas, de Recoleta, que contaba con un alto nivel de francés. Su hija tenía que aprenderlo si quería que la aceptaran. Mecha delegó la enseñanza en una joven española, hermana del farmacéutico de la cuadra, quien había llegado de Francia tras ser perseguida en su país por el franquismo. Si había estado en París, tenía que saber el idioma, razonó Mecha.

Oui, S'il vous plaît, Merci, Bonjour. Graciela aprendió con rapidez sus primeras armas, pero desconocía las diferencias entre el castellano de España y el rioplatense. Por eso, cuando la "maestra" le decía en francés "bombilla" y le señalaba la lamparita de luz que bailaba sobre ellas, se la quedaba mirando sin poder comprender por qué su dedo derecho señalaba hacia arriba. En su cabeza, solo aparecía un mate humeante.

Tras un año de esfuerzo había llegado el momento del examen, pero no pudo darlo porque la madre determinó que le faltaba práctica. Al final, Graciela ingresó a quinto grado de otro colegio —el Normal 5— y en otro barrio —Barracas—.

La barra de amigos: cine, boogie-woogie y box

Sin embargo, el tiempo para jugar con sus amigas era suyo. Nada podía interponerse entre Graciela y Chicha, con quien aún hoy mantienen una amistad de ochenta y cuatro años, Tita, juntas desde hace setenta y siete años, y Mechita. En la vereda, se divertían hasta entrada la noche. Graciela odiaba jugar al elástico; en su podio estaba la rayuela, saltar la soga, la escondida, el Martín Pescador o cachurra montó la burra. "Pero, ojo, que también tirábamos piedras, eh...", sorprende.

El cine era una de sus salidas favoritas. Llegaban al Select en el tranvía 5 para disfrutar toda la tarde de la función continuada de dos películas separadas por un corto informativo. Cuando la lluvia

chocaba contra el techo de chapa, todo se enmudecía. Entonces se desataba la guerra de papelitos entre las distintas barras de Avellaneda, Sarandí, Wilde, Dock Sud, ante la mirada de los resignados acomodadores.

Al "pituco" Mitre solo iba con su madre, a quien veía conmoverse con los dramas nacionales y de Hollywood, bajo la consigna: "Una película es buena solo si hace llorar".

Otras veces, la fiesta se celebraba en su casa. A Graciela, Mechita y sus amigas les encantaba improvisar obras y recitar poemas en el "teatro", que nacía detrás de la puerta cancel de la entrada. Luego, pasaban al "salón de baile", aquella espaciosa sala de espera del consultorio de Arístides, en el que practicaban los giros y quiebres de caderas de sus actores favoritos, con el Winco sonando de fondo a todo volumen. Bailaban el boogie-woogie y foxtrots, aunque también se animaban con los boleros y los valses. Su pareja de baile era su primo Meneco, mucho más dúctil que su otro primo Coco.

Pero ningún sector de la casa le gustaba tanto a Graciela como el comedor reservado, en el que sus padres recibían a las visitas. Allí cerraba las puertas corredizas de *vitraux* a rombos, operación imprescindible para sellar la "nave espacial" en la que se lanzaba a recorrer lejanas galaxias.

A los "pisos altos" se accedía a través de una escalera alfombrada, con una larga y lustrosa baranda a la que se montaba para luego dejarse deslizar. Una vez arriba, sobre la derecha, se encontraba el "camarín de las estrellas". Era la habitación de sus padres, donde las chicas se probaban los tapados, las pieles y los zorros de la madre, mientras una hacía de campana.

Un piso más arriba, en la terraza, la pista de aterrizaje se desplegaba de punta a punta, con varios pilotes de hormigón que brotaban del cemento y que ellas trasformaban en los aviones imprescindibles para su misión como exploradoras. Tras planear cientos de kilómetros, Graciela, convertida en Carola Lorenzini, una de las pioneras de la aviación argentina, decidía que era momento de cargarles combustible, mientras todas corrían a llenar sus botellas con agua para vaciarlas a los costados de sus aeroplanos.

A veces, Mechita, Chicha y Tita se rebelaban frente a la tiranía organizativa y decretaban la hora de las muñecas. Si Graciela decidía quedarse era para armarles la casita, aunque no se privaba de asignar los roles: "Vos sos la mamá; vos, el papá y vos, el bebé".

Los recuerdos se amontonan. Algunos la hacen llorar de risa, como cuando revive aquella gloriosa tarde de box en el patio. Los contrincantes eran Coco y Meneco, asistidos por ella y por Mechita, respectivamente. "Si ves que Meneco va perdiendo, vos tirá la toalla al suelo", fue la única regla que le explicó a su hermana antes de dar dos pasos hacia atrás y gritar: "¡Segundos afuera!". Los primeros cruces entre los hermanos fueron de estudio, hasta que el combate fue subiendo en temperatura. En un rincón del cuadrilátero, Mechita acogotaba la toalla entre las manos. Antes del cierre del primer round, que en algún momento Graciela determinaría, Coco conectó un recto a la nariz de Meneco. La sangre le enchastró la cara. Rápido, Mechita estrelló la toalla contra el cuadrilátero y rompió en llanto, mientras corría desesperada hacia adentro de la casa.

Es que su hermana la admiraba y, por eso, seguía sus ocurrencias, aunque a veces funcionase solo como *partenaire*. Así sucedió cuando Graciela, soñando con ser bailarina del Colón, la subió a un banco del patio para practicar los pasos de *El lago de los cisnes*, con consecuencias funestas para las articulaciones de Mechita.

Cigarrillos, poker y *Kama-sutra*

A los 12 años, mudó de cuerpo y de ideas. Las repisas de la biblioteca de su padre ya quedaban a su altura: un mundo nuevo al alcance de la mano. Leía en forma desmesurada, de a dos o tres libros a la vez. Desde clásicos para su edad como *Hombrecitos*, *Mujercitas*, la colección de Emilio Salgari, de Julio Verne o los cuentos de Charles Perrault y de Hans Christian Andersen hasta la Biblia, que disfrutó como pequeños cuentos de un relato fantástico de historia universal. También devoró libros de amores fogosos, los de anatomía femenina de su padre —porque en su casa de esos temas no se hablaba— y

hasta el *Kama-sutra*. Sus amigas se escandalizaban; sin embargo, se los pedían. Entre los "libros más fuertes", Chicha menciona *Rebeca, una mujer inolvidable*, que leyó a escondidas.

Con *Facundo* y "El Matadero" espió las dos campanas de un enfrentamiento sin fin. Las obras de historia y de política le sirvieron para entablar discusiones con su abuelo Pedro, radical fervoroso, así como también para pulir sus argumentaciones como "defensora de pobres y ausentes", como la acusaba su madre.

A Mecha, sin embargo, le preocupaba la opción agnóstica que había tomado su hija. ¿Por qué justo a ella, que los domingos recibía en su casa al padre Gómez y lo agasajaba con sus mejores platos? Graciela iba a misa y seguía la liturgia, pero cuando en la pubertad aparecieron los "pensamientos pecaminosos" —advierte— ni por asomo pensó en develarlos. Entonces, empezó a comulgar sin pasar por el confesionario.

Mecha decidió jugar una última carta: a través del padre Gómez, logró que el obispo de Buenos Aires recibiera a su hija en el Arzobispado de La Plata. Graciela viajó sola. Cuando llegó, el obispo la estaba esperando. Entró y se sentó a su lado. Estaba nerviosa. No era lo mismo que en las sobremesas de los domingos cuando, por diversión, incomodaba al padre preguntándole sobre los Misterios: "¿Cómo es que hay tres personas en una: Padre, Hijo y Espíritu Santo? ¿Adónde fue a parar la Virgen después de que murió? ¿Cómo ascendió Jesús a los Cielos?". Pero estar con una jerarquía era otra situación. Ya se había soltado a explicar su posición cuando notó un largo silencio; fue la antesala de un primer ronquido, seguido por otro. Ella tomó su tapadito, su cartera y se fue en puntas de pie. A este pastor esta oveja no le interesa, se convenció para sus adentros.

Para esa altura, hacía rato que fumaba frente a sus amigas. Fue a los 12 años cuando comenzó a robarle algunas pitadas a su primo Meneco. Ellas estaban desconcertadas y, a la vez, fascinadas. Chicha admite que, para no ser menos, en una ocasión le pidió que le convidara una pitada. Del blanco su cara pasó al verde, sudó y tosió, todo en una fracción de segundo. Nunca más intentó hacerlo.

Graciela era una médium de un universo aún desconocido para

ellas, que incluía nuevas diversiones, entre ellas, las cartas: poker, canasta, truco, veintiuno, siete y medio, escoba de quince, monte. Ella, asimismo, aprendía las enseñanzas de su otro primo, Coco.

Pero fue quizás en el colegio donde su liderazgo terminó de despuntar. En el Normal 5, de Barracas, los padres disputaban un cupo para sus hijas. En sus aulas se agrupaban de a treinta chicas, aproximadamente. Las normas eran estrictas, sobre todo con el uniforme: medias de algodón ajustadas, zapatos negros abotinados y el guardapolvo igualador a 45 centímetros del piso.

"¡Tenía un pi-ri-pi-pi...! ¡Mucho pico!", la deschava Pirucha Della Busca, una de sus mejores amigas del secundario, mientras le da un sorbo final al café en un bar de Recoleta. Cuenta que, por su personalidad, era elegida año tras año como adalid del curso, promovida por esa suerte de cofradía que conformaban junto a Susana Messano y a Clelia Ferrario.

Graciela decía lo que pensaba, sin vueltas, como el día en que las autoridades quisieron enviarla a un acto fuera de la escuela. Hacía mucho frío, como para ponerle la piel de gallina a un esquimal. Ella no quería ir; estaba descompuesta y de pésimo humor. La hora de la partida se acercaba. Podía inventar una excusa, pero se sentía cómoda con la verdad, como hasta hoy. Golpeó la puerta de la vicedirectora y pasó: "Disculpe, no me siento bien, por lo cual no iré al acto". "Pero, bueno, vos tenés que...', atinó a convencerla. Tarde: para esa altura, ya estaba cerca de la puerta. "Lograba sorprender con una actitud soberbia e inmadura. Para colmo, no me encajaban amonestaciones. Y, de última, yo tenía razón", sentencia, con una sonrisa.

Tenía buenas notas, aunque no llegaban al 10; quizás porque no buscaba memorizar, sino razonar y argumentar. Por ese motivo, disfrutaba las clases de Lengua y Literatura, de la profesora Delia Echeverri, a quien admiraba. En Dibujo, copiaba las técnicas del profesor Lino Palacios, que realizaba las tapas de la revista *Billiken*. También le gustaba Manualidades, con una profesora de apellido Proietto, esposa del director del Museo Nacional de Bellas Artes, con quien se quedaba conversando sobre arte y cultura después del timbre.

En las horas libres, junto a sus amigas, se escapaba al salón de actos.

Pirucha, histriónica, imitaba a Eva Perón, mientras Clelia ensayaba en el piano los únicos acordes que conocía de la ópera *Carmen,* que ejecutaba como coartada cuando escuchaban los pasos de la directora. En un momento del diálogo, Pirucha se ríe al recordar a Graciela representando una comedia en francés para la que se disfrazó de hombre: "¡Con canas y bigotes pintados! ¡Era caradura!", festeja. Confiesa que muchas veces le pedían que les diera charla a las profesoras para que pasara la hora y no les tomaran examen. Ella se acercaba y les preguntaba por sus novios. "Era muy psicóloga para interpretar por dónde ir, la muy sinvergüenza", dice Pirucha.

Cuando estaba en primer año del secundario, llegó Juana María. Graciela no hacía más que hablar de su hermanita. Arístides y Mecha ya habían superado los 40 años. Juana remarca que sus padres eran acartonados y que ya no tenían paciencia para tratar con una niña. Por ese motivo, reconoce a su hermana mayor como una "madre postiza", que la estimulaba a conocer un mundo nuevo. Cine, teatro o conciertos de música clásica o de obras como *Pedro y el Lobo*. Graciela se desvivía por la pequeña Juana.

Mechita también valora el rol protector de Graciela, que desplegaba, por ejemplo, cuando caminaban cerca del puerto en dirección a Dock Sud. "Los chicos salían a piropearnos, pero, a veces, subían de tono. Entonces, ella se daba media vuelta y los increpaba; más de uno ligó una cacheteada. Me daban vergüenza sus reacciones, aunque también sentía que a su lado nada me podía pasar", dice.

Los primeros amores

"El primer amor es solo un poco de locura y mucha curiosidad". La frase, de William Shakespeare, sirve para enmarcar la adolescencia de Graciela. Tuvo muchos y lindos novios, según confían sus amigas, pero se aburría tan rápido como se enamoraba. A los 14 años, ella misma se recuerda como una adolescente encorsetada en un cuerpo de mujer. Le encantaba bailar y salir con sus amigas. En los "asaltos", los pretendientes se desafiaban con la mirada, aunque solo unos pocos se

animaban a cortejarla.

El Bebe, primo de Chicha, fue uno de los primeros chicos que le gustó. Sus ojos verdes arrancaban suspiros. Sin embargo, aquel 1 de Mayo de 1943, la suerte quedó del lado de Graciela. El papá de Chicha tenía un aserradero, en cuyo fondo había un médano de aserrín. Escalarlo era un desafío y, juntas, esa tarde lo habían logrado. Tras jugar un rato, Graciela se cansó y quiso llegar de un salto al piso, pero al apoyar se torció un tobillo. Ya recostada en la cama de Chicha, con las lágrimas contenidas, vio al Bebe, tres años mayor, traspasar la puerta hasta sentarse a sus pies para consolarla. Por primera vez, sintió una electricidad que le recorría el cuerpo. No sería la última.

Ya en el secundario, debía hacer malabares para escapar de la mirada de su padre, que todos los días la pasaba a buscar en su auto. Pocas chances existían para "afilar" con alguno de los chicos del colegio de varones cercano, pero las encontraba.

Más crecía, mayor libertad reclamaba. Mecha se comía los codos. Sentía que se le escapaba de las manos. Por eso, a cada baile en el Club Regatas, enviaba a su mejor lugarteniente: Nélida, su prima menor que vivía con ellos, y a quien Graciela y sus hermanas llamaban "tía". Tenían que ingeniárselas para no llevarla de chaperona, con la consecuente pérdida de reputación. Su amiga Tita, que se había ganado la confianza de Mecha a pura amabilidad, resultaba la coartada perfecta. Graciela partía de su casa a cara limpia y con ropa de todos los días para quedarse en la casa de su amiga. Sin embargo, ya frente al espejo, desplegaba lápiz labial, rubor, delineador, se empolvaba las mejillas y salían a festejar la vida.

Otra de sus cómplices era Mechita, quien cuenta que ambas debían llevar aparatos para mejorar su dentadura. Tenían una chapita sujetada con un alambre que se ajustaba según lo requería el tratamiento. "¡Hablábamos como el Pato Donald, era un desastre! No podíamos aparecer así por el club —se alborota—. Pero mi hermana no se quedaba de brazos cruzados: tomaba la pinza y me tironeaba los alambres hasta sacarme los aparatos".

Esas artimañas le permitieron a Graciela conocer muchos chicos y tener flechazos. Sin embargo, aclara, solía cortar rápido las relaciones.

Por lo general, eran mayores que ella. De hecho, no recuerda haber salido con un chico de su edad. “Me resultaban aburridos, al punto que llegué a plantearle a mi mamá si yo realmente tenía esa edad, porque ya a los 14 tenía un físico grandote y delgado”, cuenta.

Enrique Fernández Meijide

En medio de aquella revolución de sentidos, atravesó desilusionada el quinto año de la secundaria: le habían roto el corazón. Pero el futuro es cambiante, como lo supo el 5 de diciembre de 1948, cuando conoció al joven con quien se casaría: Enrique Fernández Meijide, cinco años mayor que ella.

Cuatro fueron los encuentros que mantuve con Enrique para este libro. En cada uno de ellos, desplegó una memoria milimétrica, a sus 91 años. Por ejemplo, para recordar cómo se conocieron.

Ese sábado había comenzado caluroso. Como todos los fines de semana, Enrique preparó el bolso deportivo y salió de su casa en Barrio Norte, donde vivía con sus padres, para buscar a una chica, Delia, con quien solía jugar al tenis en el club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, del que era socio. Pero esa mañana estaba cerrado, ya que al día siguiente habría elecciones en el país. Fueron, entonces, al club de ella, el Regatas de Avellaneda, atendido por sus socios.

Tras finalizar el partido, Delia le avisó que iría sola a la pileta —él era invitado—. A cambio, lo dejó con un grupo de amigos. Enrique se ofendió, pero el enojo le duró hasta que vio a Graciela en la explanada de la piscina. Confiesa que se enamoró al instante. Ella lo invitó a sentarse a su lado, mientras ponía un disco en la vitrola.

Las horas pasaban y ellos seguían conversando. Cuando Delia se acercó para continuar la jornada, Enrique le dijo que no se movería de allí. En realidad, sabía que siempre se quedaría junto a Graciela. Al menos, eso intentaría.

Le resultó difícil lograr un *sí,* pero a esa edad se sabía con el tiempo a favor. Al sábado siguiente, apareció de improviso en su fiesta de egresadas, en el Sirio Libanés. Ella había invitado a otro candidato, un

jugador de polo, a quien Graciela recuerda como muy buen mozo. Por eso, se sorprendió al verlo; sin embargo, le concedió bailar el tango *Cambalache*.

Para mediados de diciembre, Enrique ya había perdido la cabeza. Se asoció al Regatas y comenzó a ir todos los fines de semana. Se hicieron amigos. Bajo ese título, durante los últimos días de 1948, ella lo visitó en el Hospital Argerich, donde permanecía internado tras fracturarse un brazo. Lo interpretó como un gesto auspicioso; sus esperanzas crecían.

El verano llegó. Mecha y sus tres hijas marcharon hacia Mar de Ajó, donde se alojaron, como siempre que iban, en el Hotel Las Margaritas, cercano a la casa de sus amigos Chiozza, papás de Chicha. Arístides había decidido quedarse trabajando, aunque hacía algunas escapadas. Entre las dunas y el mar, Graciela, Mechita y Chicha disfrutaban de los días infinitos.

Mientras tanto, y luego de otro trabajo de inteligencia, Enrique compró un pasaje en micro y partió junto a otro compañero de la barra del Regatas. Seis horas después se apareció frente a ella, con una mochila al hombro y una sonrisa. "¡¿Qué hacés acá? ¿Estás loco?!", le dijo ella. Ese fin de semana se bañaron en el mar, anduvieron a caballo entre las dunas, salieron a bailar... fueron felices. Enrique jamás olvidará esos días, sobre todo porque se dieron el primer beso.

A su regreso, Graciela lo invitó a cenar a su casa. Su madre ya sabía que el joven había sido seminarista. Sin dudas, era el mejor candidato de todos los que había conocido.

Ocho meses pasaron hasta que el 14 de agosto de 1949 logró que ella aceptase formalmente ser su novia. Juntos comenzaban así una historia que duraría cuarenta y ocho años.

La apasionante aventura de crecer

Al terminar el colegio, Graciela sintió que el futuro se le abría de par en par. Tenía que elegir una carrera: maestra, profesora de Educación Física, de idiomas, abogada, médica. Mecha insistía por la primera.

Pero su hija optó por la segunda. Desde pequeña había practicado vóley, remo, tenis, incluso equitación. Se anotó y cursó durante todo un año. Llegaba a su casa extenuada. Al final, se dio cuenta de que no era lo que se había imaginado y abandonó.

Otra vez, en la situación de elegir. Siempre había barajado la posibilidad de estudiar Derecho. Era una carrera en la que sentía poder combatir las injusticias y que, además, tenía prestigio, buen sueldo y largas vacaciones. Nunca supo por qué la descartó. Distinto ocurrió con Medicina, la profesión de su padre. Cuando averiguó para inscribirse, se enteró de que debía rendir Física, Química y Matemática como equivalencias, las tres materias que más había detestado en el secundario. Al mismo tiempo, Mecha había vuelto a la carga para que estuviese al frente de un aula. Graciela reconoce que su madre acompañó su "costado perezoso". Se anotó en el Instituto Superior del Profesorado en Lenguas Vivas para enseñar francés.

Durante esos tres años, fue todos los días desde Avellaneda hasta Esmeralda y Sarmiento, en el Centro, donde estaba la sede del instituto. Para que el viaje pasara más rápido, siempre llevaba un libro debajo de la axila, que le ganó el apodo de "sobaco ilustrado" por parte de su madre.

Atravesar el Riachuelo no era solo una suspensión en el tiempo, un trámite rutinario, sino un acto de curiosidad y libertad. En el Centro, en Barrio Norte, en Retiro o Recoleta, la política, el arte y la cultura se corporizaban en decenas de eventos, debates y espectáculos. Tenía 19 años y un hambre voraz por salir al mundo. Quería vivir allí, donde todo sucedía. Pero tardaría algunos años en dejar la casa de sus padres.

Logró recibirse y comenzó a trabajar dando clases en distintos colegios secundarios de la ciudad. Con 24 años, era una de los tantos "profesores taxi" que recorrían las calles para alcanzar un sueldo digno. Además, enseñaba en la Embajada de Yugoslavia, donde exguerrilleros del mariscal Tito, ahora convertidos en disciplinados alumnos de castellano, le contaban historias espeluznantes.

La plata que ganaba la ahorraba para poder casarse con Enrique y comprar un departamento. Pudieron hacerlo con un crédito

hipotecario y la ayuda de papá Arístides: un dos ambientes en la calle Bernardo de Irigoyen 230. Era cómodo para ser el puntapié inicial. Pintaron sus paredes con colores fuertes, como estaba de moda. Los muebles los mandaron a hacer a medida. Todo debía ser felicidad. Pero una casa no necesariamente es un hogar. Una noche en la que Enrique estaba cursando en la Facultad de Arquitectura la arrebató una sensación de extrañamiento. ¿Qué estoy haciendo acá? Esta no es mi casa. Yo me voy, se dijo. Bajó la valija del armario y comenzó a doblar la ropa. Luego, se sentó al borde de la cama y lloró por un largo rato.

El casamiento se concretó en la iglesia San Martín de Tours, en Palermo Chico. “Tía, tengo hambre”, fue lo primero que le señaló a Nélida tras dar el sí. Después del festejo, los recién casados partieron de luna de miel hacia Bariloche, en un avioncito que le puso los pelos de punta con solo imaginar que minutos después se suspendería en el aire. Era la primera vez que se subía a uno. Jamás hubiese sospechado la cantidad de veces que la escena se repetiría.

CAPÍTULO 2

Un arquetipo de los años 60

Graciela fue un arquetipo de la burguesía intelectual y cultural del país en los 60, aquella que se abrió a nuevas corrientes de pensamiento, que incorporó el psicoanálisis para derribar muros, y que disfrutó y debatió las expresiones artísticas más disruptivas. A su vez, fue un arquetipo de aquellas mujeres que decidieron seguir con su vida profesional más allá de la crianza de los chicos.

Durante los primeros años de casada, acomodó su vida lo mejor que pudo entre el trabajo y la organización de la casa que decidió asumir. En 1956, la llegada de María Alejandra le cambió la vida: jamás hubiese imaginado que se podía querer tanto a otra persona. Por eso, cuando la paseaba en cochecito, le resultaba inexplicable que el mundo no se detuviera a festejar ese milagro.

Pablo nació un año y medio después, con todas las novedades y el encandilamiento por el primer hijo varón. En 1961, llegó Martín.

Durante los primeros años de los chicos se recibió de mujer-orquesta: ajustaba sus clases en los colegios para llegar a darles de almorzar, corría de nuevo a cubrir los turnos tarde y volvía apurada para bañarlos. Pronto, el departamento les quedó chico, por lo que se mudaron a uno más amplio, sobre la calle Arenales, en Barrio Norte.

Ese nuevo hogar, que su hijo Martín hoy describe como "muy sesentista", albergó reuniones imborrables junto a parejas amigas, con quienes Graciela y Enrique comentaban desde la última película de Jean-Luc Godard, o *Z*, de Costa Gavras, o *Queimada*, con Marlon Brando, hasta el concierto de algún jazzero en el club de moda.

Cuenta Martín que a su mamá le gustaba la cultura francesa. Y que, por eso, en su casa había mucha música, libros y películas en ese idioma; aún recuerda muchas canciones bonitas de Georges Brassens,

Jacques Brel o Charles Aznavour, en una lista que completaban "algunos extranjeros" como Ella Fitzgerald, Frank Sinatra o Joan Baez. Enrique prefería el tango o la música clásica.

Obras existencialistas como las de Jean-Paul Sartre, Albert Camus o su admirada Simone de Beauvoir aterrizaban y despegaban de las repisas de la biblioteca, al igual que otros libros comprometidos como *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon.

Ella admite que se sentía conmovida y estimulada por aquellos escritores y directores de cine, cuyas obras críticas la llevaban a tomar posición. Al cine iban en parejas, después cenaban y continuaban hasta la madrugada en alguna casa hablando de política, de religión, de arte, de la vida. Recuerda también los *happenings* y otros eventos artísticos en el Instituto Di Tella, o cuando el compositor Jorge Schussheim presentó su primer disco *No todo va mejor con ShusSheim*, con una tapa y una estética que imitaba en forma de crítica el logo de Coca-Cola. "Era una época apasionante", señala.

Un nuevo credo: el psicoanálisis

Cuando Pablo nació, Graciela tuvo una fuerte depresión. Se sentía agobiada, con dos hijos pequeños y tan seguidos. Por otro lado, debía trabajar para sostener el nivel de vida. "Vos estás suspirando mucho; es el suspiro de la angustia", le remarcó con ojo atento su madre, y le sugirió que pidiera ayuda profesional.

Graciela consultó a un psicólogo, pero, tras algunas sesiones, no le sirvió. Años después fue Enrique quien comenzó a analizarse. Lo siguieron sus chicos. "Ocurre que éramos una pareja que acomodábamos como podíamos y, muchas veces, lo hacíamos bastante mal", reconoce. Necesitaba respuestas y decidió darle una segunda oportunidad a la terapia. Esta vez cayó en buenas manos. A partir de allí, la psicología estuvo presente en su vida.

Martín resalta la transformación de su madre: "Ella era una versión de mi abuela, la señora que organiza y manda en la casa. Mi abuela era súper católica e intentó inculcárselo a toda su familia. Pero mi

vieja hizo un corte, aunque reemplazó un credo por otro: el psicoanálisis".

Graciela admite que era muy rígida y estructurada. Sin embargo, a partir de ese movimiento pendular que fueron los 60 logró romper muchas barreras. A través del psicoanálisis, ella supo quién era: "Se me abrió todo un campo de sentidos, con cuestiones que no registraba porque venía con marcas en el orillo de mi vieja. Me daba miedo enfrentarlas, como siempre que uno se mete con los aspectos más íntimos. Porque hacer terapia es como asomarse a un aljibe, en cuyo fondo no sabés qué hay. Poco a poco, comencé a aflojarme y a permitirme sentir cosas que las tenía prohibidas", detalla.

En esa transformación, existe un nombre clave: el médico Alberto Fontana. Discípulo de Enrique Pichon Rivière, había roto con la ortodoxia psicoanalítica para formar su propia escuela. Fue quien la guió en el psicodrama. Ella remarca que atravesar ese proceso "fue como ablandar una naranja tirándola contra la pared antes de chuparla", a la vez que recuerda a Fontana como "un seductor, un chiflado, muy inteligente".

En la terapia grupal, Fontana proponía a los participantes dejarse ir como quien va en bote al centro de un lago. De pronto, clavaba los remos y regresaba para pasar a interpretar lo que el grupo había expresado. El uso de ácido lisérgico (LSD) y otros alucinógenos era parte del tratamiento, acompañando el clima de época. La hipótesis era que el LSD, al disminuir la represión del paciente, permitía un acercamiento directo a sus defensas y, al ser interpretadas, podían modificarse. Así, una vez al año, en sesiones prolongadas que podían durar toda la noche, ofrecía a sus pacientes, vía oral, dosis de LSD, mezcalina o psilocibina. "Los más flojos volaban, imaginaban, qué sé yo. Pero yo era controladora al mango, por lo que no tuve ninguna experiencia reveladora", confía Graciela.

Luego, rememora una sesión junto a varios conocidos artistas plásticos. Los muchachos, acostados boca abajo en el suelo, movían las manos como si estuviesen dibujando hasta que un dentista, desde un rincón, les preguntó qué estaban haciendo. "¿No ves? Estamos pintando una alfombra", le respondieron con naturalidad. "Mirá, acá

hice una flor naranja", dijo uno. "Pero le faltan estas hojas verdes", agregó otro, que empezó a "colorearlas" a su lado. Mientras el terapeuta interpretaba e interpretaba, el dentista miraba y miraba. Hasta que se cansó y comenzó a gritarles: "¡Es mentira, es mentira, no pintan nada, nada!", a la vez que aplastaba las flores a puro zapatazo.

Graciela apenas si termina el relato antes de romper en risas.

Los barbudos de Cuba

Ese mar de nuevas ideas también invadió su visión política sobre aquel mundo de posguerra, en el que Estados Unidos y la Unión Soviética se disputaban la hegemonía en cada rincón del planeta. Las luchas independentistas en el Tercer Mundo eran otra consecuencia de ese nuevo orden. Ella seguía atenta las noticias y tomaba partido por distintas causas, como la resistencia de argelinos y vietnamitas ante los invasores franceses y estadounidenses, respectivamente.

Pero el acontecimiento que más la conmocionó fue la revolución cubana. "*A l'assaut de Cuba. Les barbus de Fidel*", leyó la mañana del 14 de abril de 1958, sentada en el sofá de su departamento. Graciela ya tenía noticias de los movimientos en la isla; sin embargo, ese título de *Paris Match*, una revista conservadora que ella compraba para practicar francés, le hizo entender que hasta varios sectores de derecha apoyaban la revuelta. En unos minutos, engulló el cuerpo de la nota en la que se contaban las vivencias de Fidel Castro, el líder de los guerrilleros, desde la clandestinidad de la Sierra Maestra. Dentro del grupo de barbudos se destacaba un joven médico rosarino llamado Ernesto Guevara de la Serna. Siguió la saga hasta mucho tiempo después de que aquellos treintañeros llegasen al poder el 1 de enero de 1959, tras derrocar a Fulgencio Batista.

En la sección de política nacional del diario *La Razón*, las noticias eran también estremecedoras. Así se informó del golpe contra Arturo Frondizi en 1962, que desaprobó con el mismo énfasis que lo hizo cuatro años después cuando el general Juan Carlos Onganía derrocó a Arturo Illia. Aún recuerda el día después de aquel 28 de junio de 1966

cuando alertó a sus alumnos: “No se equivoquen. Esto es una dictadura”.

Para 1969, las protestas contra Onganía escalaban. Las calles eran una caldera. Se sucedieron el Cordobazo y el Rosariazo. La Confederación General del Trabajo no solo reclamaba derechos laborales y mejoras económicas, sino que exigía el fin de la proscripción del peronismo y la vuelta de su líder, exiliado desde 1955.

A principios de los 70, en la casa de los Fernández Meijide ya no solo los mayores discutían de política: María Alejandra y Pablo exponían un abanico de ideas y, sobre todo, de sentencias acerca de la situación del país y del mundo. Graciela los escuchaba con atención, como su abuelo Pedro lo había hecho con ella en las sobremesas de los domingos cuando debatían de todo, desde los beneficios de la inmigración inglesa o la conveniencia o no de la estatización de los ferrocarriles durante el peronismo. Acordaba con sus hijos en que los militares debían dejar el poder, pero rechazaba que fuese por las armas. Las Fuerzas Armadas y Perón debían sentarse a negociar, ceder, hacer más política.

Sin embargo, reconoce: “También ingresé en cierta condescendencia que se instaló en la clase media con aquellos muchachos y chicas que se levantaban contra las dictaduras, por ejemplo con el Cordobazo. Había una suerte de justificación porque elegías a Frondizi y ¡pumba!, te lo tumbaban; elegías a Illia y ¡pumba!, otra vez”.

No obstante, lo ocurrido el 1 de junio de 1970 la dejó perpleja: ese lunes el teniente general Pedro Aramburu, quien había ordenado los fusilamientos de peronistas en 1955, apareció asesinado en la localidad de Timote. Días antes, había sido secuestrado por un comando de una organización liderada por un grupo de jóvenes del nacionalismo católico que se presentó como “Montoneros”.

“¿Qué dejamos de hacer los padres para que nuestros hijos lleguen a esto?”, se lamentó Graciela frente a su terapeuta.

Se abría un nuevo baño de sangre y ella lo intuía.

CAPÍTULO 3

Pablo

—Pablo, ¿andás en algo?
—No, mamá.

Esas fueron las últimas palabras que intercambió con su hijo aquella trágica noche de 1976, según recordaría años después ante los jueces, en el Juicio a las Juntas. Y era cierto, según pudo reconstruir, en cuanto a que no militaba en una organización guerrillera, sino que solo participaba en el centro de estudiantes del Colegio Nacional de Vicente López.

Pero a la dictadura le bastaba con que una persona tuviera una simple disposición hacia el otro para quedar en la mira. Y Pablo, con sus 17 años, la tenía, como recordaba su hermana María Alejandra, en *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*:

> Vivía todo con mucha pasión. Se manejaba en blanco o negro, y defendía con convicción cada uno de sus actos. No solo cuando era adolescente, sino que era un rasgo que lo caracterizaba de pequeño. Durante unas vacaciones en Sierra de la Ventana, lo vi llegar apesadumbrado, con los ojos llenos de lágrimas. Me dijo: "Mataron a un sapo y no pude pararlos". Él había intentado impedirlo, incluso a los golpes, pero eran muchos y no había podido detener la matanza.

Esa sensibilidad social, que había mamado de sus padres, desembocó en su militancia estudiantil en los colegios por los que transitó.

Al ingresar a primer año, en 1972, Pablo comenzó a participar del

centro de estudiantes del Bartolomé Mitre, de Balvanera. Según su hermano Martín, ese año se afilió también a la Federación Juvenil Comunista. En esa época, los colegios secundarios y las universidades funcionaban como un vergel de donde bebían las organizaciones armadas, principalmente Montoneros, peronista, y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de extracción marxista. Los primeros crearon la Unión de Estudiantes Secundarios, mientras que los segundos lanzaron la Juventud Guevarista.

En cuarto año, Graciela y Enrique decidieron cambiarlo al Colegio Nacional de Vicente López, al que ya iba Martín. En el centro de estudiantes, conoció y se puso de novio con María Zimmermann, de acuerdo al relato de Martín. María, junto a su hermana menor, Leonora, y otros alumnos del colegio se habían sumado a la Juventud Guevarista. Pablo compartía con ellos una visión del mundo, con la lucha contra el capitalismo como bandera. Sin embargo, cuenta Graciela, les criticaba su rigidez para pensar y actuar.

Martín, por su parte, señala que su hermano "era quilombero, reaccionaba ante los límites, era un provocador. Tenía una actitud muy inmadura, se llevaba muchísimas materias, muchísimas, que después rendía. Pero no estaba haciendo la revolución".

Ya en 1975 los secundarios estaban bajo la mirada de organizaciones paramilitares como la Alianza Anticomunista Argentina, más conocida como Triple A. Graciela nunca había podido olvidar a aquellas dos alumnas suyas, militantes de Montoneros, que le habían preguntado si podían hablar con ella. Querían desvincularse y no sabían cómo. Tenían miedo. Ella las tranquilizó, pero les dijo que se apartasen cuanto antes. Las clases finalizaron y dejó de verlas. Tiempo después, supo que ambas habían desaparecido.

Pero, durante aquel año, Pablo quería seguir militando en el colegio. "Cuando le contó a mi papá que estaba en el centro de estudiantes en ese momento tan difícil en el que la Triple A ya había matado a varios chicos, mi viejo le dijo: 'Sos un idiota, estás arriesgando tu vida'. Lo empezó a retar. Mi hermano se hizo el canchero y mi viejo le dio una cachetada. Pablo, con sus 17 años, se puso a llorar. Y sí, era un chico. Yo me puse en el medio de ellos y

amenacé a mi papá con volarle los anteojos si le volvía a pegar. Pero mi viejo tenía razón", admite Martín.

El tiempo pasó y los ánimos en la familia se calmaron. De hecho, en 1976, en un nuevo colegio, el Bernardino Rivadavia, Pablo se transformó. Según su hermano, "empezó a hacer un cambio mental grande, estaba como más... no sé, no gastaba pólvora en chimangos. Estaba encarrilado, centrado, no estaba en la pelea estúpida, ni en reivindicaciones tontas o fuera de la realidad. Empezó a sacarse buenas notas porque ya estudiaba con la expectativa de entrar a alguna carrera, creo que en Medicina, aunque mi viejo piensa que habría estudiado Arquitectura".

Una de las tantas dudas que su familia nunca podrá responder.

Dos hipótesis

A vos te tocó y te cegó
pibe de 15 años
yo no sé por qué no lloro
pero peleo a mi manera.
¡Chau, Gerardo! ¡Gracias!
Tus amigos, tu pueblo.

Conmovido, Pablo escribió estos versos a Gerardo Szerzon. Graciela encontró la hoja entre sus papeles tras su desaparición. Gerardo tenía 15 años cuando una patota llegó a su casa en Carapachay. Junto a él estaba su hermana Lía, de 19 años. Tras ser secuestrados, aparecieron asesinados el 13 de abril de 1976 en un descampado cercano. Estaban maniatados con alambre y tenían signos de haber sido torturados. Fueron los primeros alumnos del Nacional de Vicente López muertos.

Unas semanas antes, el 24 de marzo, un nuevo golpe de Estado había sacudido al país. Muchos argentinos recibieron la noticia con alivio frente al descontrol protagonizado por las organizaciones guerrilleras y la Triple A. No fue el caso de Graciela, que estaba al tanto de la sangrienta dictadura de Augusto Pinochet inaugurada en

1973. Aún recordaba a Pablo y a María Alejandra marchando junto a otros compañeros, hasta la embajada de ese país en Buenos Aires, en señal de apoyo al presidente Salvador Allende. Tres años después, el terror estremecía a todos al otro lado de la Cordillera. ¿Por qué no podría ocurrir lo mismo aquí?

Durante los primeros meses de 1976, varios alumnos desaparecieron en el Nacional de Vicente López hasta llegar a contabilizar otros quince chicos. Uno de ellos fue Pablo. ¿Por qué ese ensañamiento? ¿Por qué contra él?

Son dos las hipótesis más fuertes, aunque nunca terminaron de esclarecerse. La primera, abonada también por exalumnos de la escuela en una nota de *La Nación*, se remonta a 1973, cuando un grupo de estudiantes llevó adelante una protesta contra el rector de la escuela, un capitán de la Armada acusado por sus ideas y disposiciones autoritarias. De ella participó un chico de nombre Pablo, que cursaba el segundo año del colegio. Claro que no podía ser Fernández Meijide, ya que recién ingresaría en 1975. Tras resistir un tiempo, el capitán fue desplazado. Nunca lo olvidaría. Tres años después el exrector elaboró una lista negra, que entregó a las fuerzas de seguridad. Siguiendo su informe, un grupo de tareas comenzó a buscar datos sobre varios alumnos, entre ellos los de una tal María, novia de aquel Pablo. Pero María Zimmermann ahora salía con otro Pablo: Fernández Meijide.

La segunda versión menciona a una exalumna, a cargo de las charlas de concientización de la Juventud Guevarista en el colegio, que cayó secuestrada a mediados de 1976. En el interrogatorio se habría quebrado y dado una serie de nombres, entre ellos los de María y Leonora Zimmermann y de Eduardo Muñiz, aunque sin sus apellidos. Además, habría agregado que María tenía un novio de nombre Pablo. La misma confusión.

Lo cierto es que, como figura en un informe del Centro de Estudios Legales y Sociales, el 18 de octubre de 1976

> un grupo de personas que se identificaron ante la rectora del colegio como pertenecientes a fuerzas de seguridad, aseveración que ella

comprobó mediante llamadas a dos números telefónicos que le proporcionaron, le preguntaron antecedentes de algunos alumnos, entre ellos, María y Leonora Zimmermann. Las visitas se repitieron durante la semana y, en su transcurso, los hombres interrogaron a algunos alumnos sobre la "toma de colegio en 1973". Uno de los interrogados fue Eduardo Muñiz. Advertidos por sus hijos sobre estos interrogatorios, los padres se presentaron ante las autoridades para aclarar la situación. Se les aseguró que nada había contra estos 105 muchachos (sic). Estos siguieron concurriendo normalmente al colegio y viviendo en sus respectivos domicilios.

Sin embargo, pocos días después, Pablo, las hermanas Zimmermann y Eduardo Muñiz fueron secuestrados en un viaje terrorífico. Los miembros de la patota primero fueron a la casa de Eduardo, donde, a medianoche, entraron de manera muy violenta rompiendo muebles y su equipo de percusión. Se lo llevaron encapuchado. Quince minutos después llegaron a la casa del matrimonio Zimmermann, donde capturaron a sus dos hijas. Ambos operativos se realizaron en el partido de Vicente López.

Unas horas después llegaron a la casa de los Fernández Meijide, en Belgrano. A diferencia de los otros procedimientos, no hubo violencia, por lo que Graciela estima que Pablo estaba en una situación de "secuestro por izquierda", expresión usada por los represores para los casos en que lo hacían por las dudas, sin saber si esa persona estaba relacionada o no con "grupos subversivos". La patota pudo demorarse en la provincia a la espera del permiso de "zona liberada" para actuar en la Capital, tal el *modus operandi* que supo después.

A ninguno de los cuatro se los volvió a ver.

UNA BÚSQUEDA DESENFRENADA

Graciela y Enrique se lanzaron a su búsqueda apenas los secuestradores se perdieron con los autos en la noche. Lo primero que hicieron fue trasladarse hasta el estudio que Enrique tenía a la vuelta

de su casa donde había un teléfono. Llamaron a su abogado, Carlos Kreimer, quien, entredormido, escuchó lo sucedido. Agarró la "renoleta" y cubrió las cuarenta cuadras que lo separaban desde Billinghurst y Soler. "Cuando llegué los vi realmente sacados, terriblemente angustiados. Enrique estaba más sereno, pero ella estaba quebrada. 'El miedo que debe tener, pobrecito', repetía. Lo recuerdo perfectamente. Me detallaron lo que había sucedido, cómo se lo habían llevado; me decían que Pablo no tenía nada que ver con ninguna situación", rememora Kreimer, quien les recomendó presentar un *habeas corpus* para blanquear su detención.

Tras despedirlo, Graciela se comunicó con Mechita, quien le ofreció que fueran a su casa. Necesitaba que la ayudaran a entender; por eso, cruzaron toda la Capital hasta Montes de Oca y Olavarría, en Barracas. Mechita y su esposo, Osvaldo, se quedaron en vela con ellos. Cuando se hicieron las ocho de la mañana, fueron a la comisaría 19ª, sobre Charcas, en Palermo, tal como los supuestos policías les habían indicado.

Allí Graciela narró lo sucedido y ofreció precisiones, por ejemplo, que dos de los secuestradores tendrían alrededor de 28 años y que los otros dos, cerca de 40. Además, los describió físicamente y dijo que, pese a identificarse como policías, estaban de civil. Con cinismo, le respondieron que no podía ser porque los policías iban siempre uniformados, y en ese instante entraron tres de ellos, de civil, con las armas a la vista, seguramente de regreso de un "procedimiento". Al volver a su casa, encontró a los amigos de Pablo que acompañaban a María Alejandra y a Martín. Sentados en el living, le repetían que Pablo no tenía nada que ver. Ella les agradeció, pero les pidió que, por su seguridad, retornaran a sus hogares. Luego, llamaron a las familias Zimmermann y Muñiz y se enteraron de que estaban viviendo el mismo horror. Decidieron reunirse para iniciar las primeras gestiones.

El lunes llegó, pero Graciela y su familia habían quedado detenidos cuarenta y ocho horas atrás. Ella tenía que dar clases en su propio instituto de idiomas y en otras escuelas. Suspendió todo: tenía que encontrar a su hijo. Debían presentar el *habeas corpus*, tal como Kreimer les había aconsejado. No obstante, la situación era extrema:

algunos conocidos de Enrique le decían que desistiera de presentarlo para evitar señalar a Pablo como un militante de izquierda. Ella quería hacerlo a toda costa.

Un mes había transcurrido sin ponerse de acuerdo cuando entró en contacto con un alumno de su instituto de idiomas, que militaba en un partido político y que la alentó a realizar el trámite. “Piensen que con eso, tal vez, le salvan la vida”, le dijo. Ella volvió rápido a casa y le comentó el diálogo a Enrique. Nunca se olvidará de esa conversación: “Estábamos en el living, era de noche; esas horas eran horribles, pesaban, dolían; esperar al día siguiente para poder seguir con nuestros trámites... Se hacía interminable. Enrique me decía que no, que ya nos habían dicho que no convenía hacer el *habeas corpus*; yo le decía que sí. Tuvimos una discusión espantosa. Después nos dimos cuenta de que discutíamos así porque en realidad estábamos desesperados, que como no podíamos pelear para afuera nos peleábamos entre nosotros, como si fuéramos enemigos. Entonces decidimos que sí, que íbamos a hacerlo”, contaba en *Orígenes de una lucha. Diálogo con Graciela Fernández Meijide*, de 1986.

Esa noche se durmieron pegados, llorando. A la mañana siguiente presentaron el escrito con la ayuda de Kreimer y sus firmas. Días después, llegó la respuesta oficial: nadie lo había detenido; ninguna fuerza de seguridad lo mantenía apresado. Fue un impacto muy grande, pero decidieron seguir adelante, con nuevas presentaciones, golpeando puertas para obtener alguna noticia: no sabían que, para esa altura, el estado de derecho ya estaba pulverizado en la Argentina.

En aquellas primeras semanas costaba tomar dimensión de lo acontecido. Juana María señala que, cuando se lo llevaron, su sobrino tenía una infección —no recuerda si en un ojo o en una muela— y que Graciela se preguntaba cómo estaría en la cárcel o donde estuviese. Pese a que han pasado cuarenta y tres años, apenas si logra terminar la frase antes de romper en sollozos.

La búsqueda nunca se detuvo. Por su pasado como seminarista, Enrique logró hablar con monseñor Adolfo Arana, quien a su vez lo contactó con el general Carlos Suárez Mason, uno de los amos y señores de la vida y de la muerte durante la dictadura. Un hombre

muy serio lo hizo pasar al despacho de Suárez Mason. Después de unos minutos, el general entró y se le quedó mirando fijamente, en silencio; se dio media vuelta y se fue; nunca le dijo una palabra.

También se reunió con el rector de la Catedral metropolitana, monseñor Daniel Keegan, quien le recomendó hablar con el obispo Emilio Graselli, secretario del vicario castrense, el poderoso monseñor Adolfo Tortolo. Enrique y Graciela confiaban en que, al ser miembro de la Iglesia y tener injerencia en las Fuerzas Armadas, podría aportarles información. Se encontraron con un hombre joven, alto y rubio, de aspecto bonachón. A Graselli le gustó saber que Pablo criaba peces de colores al igual que él. En un momento, hablando de sus viajes en tren desde su casa en San Isidro hasta Retiro, señaló: "Esta mañana cuando llegué al andén, vi a un grupo de jovencitos del secundario y pensé cuántos de estos van a desaparecer". Graciela tenía las manos puestas sobre el escritorio y Graselli le extendió la suya en señal amistosa. Se las retiró casi involuntariamente y, como un mecanismo de resorte, se levantó para irse. El cura les aseguró que trataría de averiguar sobre el caso y los acompañó a la salida. Intentó otro gesto de consuelo al pasarle un brazo por el hombro, pero volvió a ponerse rígida y se apartó.

—¡¿Por qué hiciste eso?! —le preguntó Enrique, ya en la calle.

—No pude evitarlo; siento que este tipo es parte de todo este aparato que secuestró a Pablo —le contestó.

Enrique fue a verlo otras dos veces. Nunca aportó información. De aquel encuentro, Graciela nunca olvidará la escabrosa sensación de recorrer el predio de la Marina, en el barrio de Retiro, para llegar a la capilla Stella Maris, donde oficiaba Graselli. "Mientras esperábamos, vi las mismas caras desencajadas, de espanto, de estupor, las mismas ojeras que uno se veía en el espejo las pocas veces que tenía tiempo y ganas de mirarse. Me daba cuenta, aunque no se hablaba por el temor, de que estábamos todos por lo mismo", le contó a Emilio Crenzel para su libro *La historia política del Nunca más*.

Unos meses después, ya formando parte de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, volvió a ver esos mismos rostros y, lamentablemente, muchos otros más.

Los días pasaban; la angustia se acrecentaba. Decidieron escribirle una carta al propio dictador Jorge Videla, a través de una sobrina suya, compañera de Enrique en la cátedra de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires. Videla recibió la carta y amonestó a la mujer, advirtiéndole que nunca más le mencionara el tema.

Siempre sucedía así: si se lograba una respuesta, era negativa. En contadas oportunidades, las autoridades militares concedieron una entrevista. En ellas, los familiares debían soportar diversas sospechas perversas sobre la desaparición de la persona.

A Graciela le sucedió en el Ministerio del Interior, con un militar que se presentó como "capitán Fernández". Fue a verlo junto a su socio del instituto y amigo Hugo Simone. Los hizo pasar a su despacho. Apenas entró, vio un arma sobre la mesa. Luego de algún intercambio de palabras, el militar, en voz alta, le preguntó en forma provocadora si su hijo no se habría ido con alguna muchacha. Simone tuvo que sacarla de un brazo porque ya lo había medido para pegarle.

Para reconstruir las sensaciones de Graciela en estos primeros momentos, vale la pena tomar algunos pasajes de *Después de la noche. Diálogo con Graciela Fernández Meijide*, de Noemí Ulloa y Fernando Echave, de 1986, dada su proximidad temporal:

> Toda esa primera época fue para mí de tanta confusión, tanto estupor, con ese sentimiento básico de angustia... pero también tenía la impresión de que en algún momento me iba a despertar de una pesadilla. Vivía muy pendiente de cualquier palabra que se me dijera, de cualquier noticia, de cualquier rumor, de una llamada telefónica, del sonido del portero eléctrico. A veces me parecía oír la voz de Pablo. Vivía como alucinada. Cuando no estaba haciendo algo, algún trámite o diligencia por él mantenía aun más ese contacto de pensamiento y le hablaba pensando. Le decía "¡Aguantá, Pablo; mantenete con vida!". Yo no sabía muy bien qué era lo que tenía que aguantar, pero me imaginaba que el horror de estar solo, la angustia, la impotencia... Porque pensaba que Pablito, como sus hermanos, siempre había recurrido a nosotros ante cualquier situación difícil y siempre habíamos estado listos para

encontrar la solución.

Me acuerdo que Pablo era muy chico, ceceaba, y cuando algo se rompía decía “no te preocupez, papá lo arregla” porque Enrique es muy habilidoso con las manos. La imagen del papá era “papá arregla cualquier cosa”. Una vez a mi madre se le había desprendido algo de un colgante: “No te preocupez, abuela, papá lo arregla”. Ante esos recuerdos, yo pensaba: “Pablo debe estar confiado en nosotros; sabe que vamos a llegar a él…”, y… no pudimos ¡Todavía me molesta tanto…!

De estafadores, tarotistas y amigos perdidos

Agotó todas las chances. Hasta cayó en manos de alguien que jugó con su desesperación vendiendo supuesta información. Se trataba de un familiar de su cuñado Osvaldo, que les pidió una gran cantidad de plata para darles a sus contactos militares que facilitarían la liberación de su hijo. Era tal la suma que debieron pedirla prestada. Estuvieron semanas a la espera de una noticia, mientras que el personaje les solicitaba paciencia y que trataran de estar en la casa atentos al timbre. Con el correr de las semanas, la esperanza se desvaneció al igual que ese siniestro personaje.

En su testimonio en el Juicio a las Juntas, en 1985, Graciela recordó otra situación similar. En un restaurante de la calle Virrey Cevallos y Brasil se reunió con un señor, de apellido Gerfel, al que le decían “el juez”. Le dio su número de teléfono para que lo llamara y así lo hizo varias veces. Les dijo que les conseguiría datos de Pablo, a cambio de dinero. Ellos estaban dispuestos a dárselo. En uno de esos encuentros, les manifestó que buscaría información “al menos para saber el lugar donde llevarle flores”. Nunca logró nada.

Atormentada, estaba dispuesta a todo, incluso a visitar a una tarotista sin importar si estaba por fuera de su universo racional.

En esa situación límite, algunos amigos y familiares se corrieron a un costado. Explica que así ocurrió con una parte de la familia de Enrique y algunas amigas suyas de toda la vida. Quedó herida, y

recién pudo perdonar muchos años después cuando pudo comprender que el miedo los había paralizado. Por otro lado, considera que el discurso de la dictadura estaba bien estructurado, sobre todo para aquellos que tenían el oído y el ánimo dispuestos a escuchar un mensaje que interpelaba: "¿Usted sabe dónde está su hijo?". Está convencida de que muchos padres y madres se respondían que sí lo sabían a la vez que señalaban a quienes los buscaban por no haberlos cuidado.

Por ese motivo, no le sorprendió cuando en el Mundial de 1978, en medio de las denuncias que llegaban desde el exterior, la dictadura mandó a hacer miles y miles de obleas con la frase "Los argentinos somos derechos y humanos", sobre el dibujo de la bandera celeste y blanca, que los ciudadanos pegaban en los parabrisas de sus autos o en las vidrieras de los negocios.

"¡NO ME LLAMA NUNCA!"

Sin embargo, algunos de sus seres queridos permanecieron firmes a su lado. Uno de ellos fue su hermana Juana, quien recuerda que a la desaparición de Pablo le siguieron meses de angustia, impotencia, miedo y hasta amenazas. Por ese motivo, asegura que varias veces llevaron a sus hijos a dormir a su departamento en Villa Devoto. "Nosotros también teníamos miedo; ¡claro que lo teníamos!, pero mi marido Ángel y yo los bancábamos incondicionalmente", dice.

Otra de las que la acompañaron fue su mamá Mecha cuando supo la verdad más de dos meses después. Graciela había buscado preservarla de una angustia que, esperaba, se terminara pronto. Mechita, su hermana, dice que el problema se precipitó durante el cumpleaños de su mamá de 1976, cuando la tía Nélida, que adoraba a Pablo, trajo un pedazo de torta y le pidió a Graciela que se lo llevara. Mecha agregó que sin embargo su nieto no se lo merecía porque ni se acordaba de que tenía una abuela. "Nadie que no haya estado allí puede imaginar la entereza que necesitó Graciela para soportar semejante dolor. Nos miramos en silencio y nos fuimos", completa Mechita.

Las semanas pasaban y la molestia de su mamá crecía. “¡Qué ingrato Pablo! ¡No me llama nunca!”, volvió a recriminarle por teléfono.

La Navidad de 1976 se aproximaba. Era un festejo que solían celebrar todos juntos y sería muy difícil justificar su ausencia. Pero le inventaron una historia para que se fuera a Diamante, en Entre Ríos, donde vivía su hermana. Mientras tanto, Graciela mantenía la esperanza de que Pablo volviera. Al final, habló con sus hermanas y acordaron que no decirle era muy cruel. Por eso, cuando regresó, en enero del 77, fue a hablar con ella. “Y como pude, le dije lo que había sucedido...”, susurra hasta sumergirse en el silencio.

Mecha reaccionó con una carta a Videla. Una carta de una abuela rogando por la vida de su nieto. Tampoco se la respondieron.

Caminar sin certezas

Hasta la desaparición de su hijo, la vida junto a Enrique la encontraba con un buen pasar económico y con una familia ya constituida. En el campo profesional, junto a su amigo Hugo Simone, había fundado un instituto de idiomas llamado Orly (como el aeropuerto parisino), pionero en el método audiovisual de aprendizaje. Orly era una extensión del redescubrimiento personal. Por eso, de haberse quitado del calendario aquel 23 de octubre, es probable que hubiese continuado con la educación, el psicodrama y la familia como máximas prioridades. Pero aquella noche de 1976 existió y todas las certezas quedaron hechas trizas.

Entonces debió mudar de piel, endurecerla, para sobrevivir. Una sensación de extrañamiento se adueñó de ella respecto de todo lo que había hecho hasta entonces, incluyendo la enseñanza, su gran pasión: “Estar entre adolescentes y no poder contestarme dónde se encontraba mi hijo me volvía loca. Estaba quebrada. Dejé la enseñanza secundaria. A medias, semiausente, seguí con el instituto. Mi socio se ocupaba de casi todo y no me exigía casi nada. De hecho, me insistía para que redujese mis obligaciones. Nunca lo olvidaré”.

Describe también que de aquella época tiene algunos recuerdos sumidos en una neblina aunque otros son muy nítidos; que no tenía sensación de hambre, ni de sueño, ni de dolor, “porque era como si no hubiera tenido cuerpo, como si no lo sintiera”.

Durante todos esos meses lo único que hizo fue buscar y esperar a su hijo. A veces volvía corriendo a casa desde donde estuviese porque creía que al llegar abriría la puerta y allí estaría. Recuerda que Pablo, al regresar de la escuela, entraba, tiraba la valija y daba “vueltas carnero”, todo con mucha alegría. Y trae una anécdota:

> Ese último verano, del año en que se lo llevaron, él había ido con un compañero, de campamento al sur. En Bariloche, se quedaron sin plata y Pablo le dio la que quedaba al amigo para que pudiera volver a Buenos Aires, mientras él, que era muy seductor, consiguió que una familia de allá lo alojara por un par de días. Cuando el amigo de Pablo llegó y me contó todo eso, ¡me enojé tanto! Y yo decía: “¡Pucha, y ni habla por teléfono! ¡Ni siquiera sé dónde está!”. Lo extrañaba mucho. A los dos días apareció, con su mochila, sucio. Me acuerdo que había llevado un pantalón blanco y lo trajo... bueno, de cualquier color. Abrió la puerta, y lo primero que dijo fue “*Me voilà*!” —“aquí estoy”— payasesco... siempre; con lo cual uno ¿cómo podía retarlo?, lo único que podía hacer era abrazarlo, porque había vuelto.

Para sobrevivir, debió cambiar. No fue la única. Cada uno en la familia exteriorizó el dolor como pudo. Graciela detalla que Martín reaccionó fortaleciendo su cuerpo, con pesas y remo. En cambio, dice que María Alejandra fue como si se hubiera metido presa a sí misma: dejó de ir a la Facultad de Medicina, donde cursaba primer año, y no quería salir de casa.

Cantar y silbar tangos era uno de los entretenimientos que más le gustaban a Enrique. Sin embargo, desde entonces no lo hizo nunca más como tampoco puede llorar. “Con Pablo nos martirizaron. Lo terrible es la razón tan estúpida por lo que hicieron eso; fue tan macabro”, se apaga. Graciela también se desligó de cualquier situación

de placer, aunque fuese pequeña, como jugar al tenis, tomar sol o comer un helado.

Mechita, que acompañó a su hermana mayor en esta etapa, señala que su sobrino era un chico muy simpático, deportista y decidido. Recuerda que en una ocasión se fue de vacaciones a Puerto Madryn, se quedó y lo emplearon como instructor de buceo porque era muy sociable, con muchos amigos. Agrega que era rebelde, al punto de que sus padres tenían que ir cada dos por tres a la escuela citados por la directora. Señala también que, tras su desaparición, su hermana lloró, se desesperó, pero jamás se quedó quieta.

Martín coincide en recordar a su mamá como "una especie de leona" en la búsqueda. Los peores momentos eran a la tardecita, cuando ya no podía seguir con los trámites y se enfrentaba con la noche terrible. En una oportunidad, estaba ordenando los papeles del tablero de trabajo de Martín cuando se topó con la foto de Pablo que ella siempre tenía sobre su mesa de luz. "Por suerte, estaba sola, porque no podía reconocer mi propia voz; no era un llanto ni un sollozo, ni nada, era un aullido, algo que salía de la barriga. Era un desdoblamiento, porque me escuchaba pero no me reconocía. Después, abracé la foto y la llevé a su lugar", rememoraba en *Después de la noche. Diálogo con Graciela Fernández Meijide*.

Cuando finalmente caía rendida por el cansancio, se acostaba con un pulóver de Pablo que guardaba su olor. Solo así lograba conciliar el sueño.

¿Cuántos familiares de desaparecidos vieron su vida derrumbarse? ¿Cuántos no pudieron seguir adelante? ¿Por qué algunos sí lo lograron? Ella considera que no se puede medir cómo vivió cada persona una situación así; algunos incluso se dejaron morir, se suicidaron. Después, cuando comenzó a tomar testimonios, muchos familiares le confesaban que en su casa nunca más se había vuelto a festejar un cumpleaños o que no habían podido hacer una torta o que no irían al casamiento de otro hijo. Por eso, está segura de que no existe un dolor peor que la pérdida de un hijo y que, de hecho, no tiene nomenclatura, porque hay viudos, viudas, huérfanos... sin embargo, esa pérdida no tiene nombre.

Pero quería seguir viviendo: por ella, por Enrique, por sus otros hijos y, sobre todo, para buscar a Pablo hasta el final. Así fue que, desde un tormento indecible, renació para moldear una nueva vida que, hasta ese momento, jamás hubiese imaginado.

Montreal: la aceptación de su muerte

Los meses pasaron hasta que llegó la primavera de 1977. Se cumplía un año. Sin embargo, aún mantenía las esperanzas. Por eso, preparó el terreno ante un posible retorno. Quería que Pablo pudiera rearmar su vida en otro país, lejos del horror que seguramente estaría viviendo. Pensaba que cada vez que escuchase una sirena policial o viera un policía, se perturbaría.

El destino elegido fue Montreal, en Canadá, bien lejos del horror. Surgió luego de una conversación con una cuñada que se lamentaba de que su hija estuviera en ese país, a tantos kilómetros, por cuestiones de trabajo. Cuando colgó, Graciela se quedó pensando en Montreal. Allí tenía algunos conocidos, además de hablar francés, la lengua madre de esa ciudad. Con esfuerzo y un poco de suerte, hasta podría ejercer como docente. Lanzó la idea a su familia. Enrique estuvo de acuerdo; los chicos, no. Por lo pronto, decidieron hacer la presentación formal en la embajada. Llegado el momento, sabrían qué hacer.

El momento llegó en abril de 1978: habían sido aceptados para emigrar como grupo familiar. Les informaron que, para abrir el trámite, al menos un integrante debía asentarse allí. La disyuntiva era desgarradora: si Graciela viajaba para preparar la reconstrucción de la familia, dejaba de buscar a Pablo; si se quedaba, clausuraba la posibilidad de un futuro mejor para su hijo, un eufemismo antes que admitir que nunca volvería.

Una película de suspenso

El Ministerio de Inmigración de Canadá concedía puntos si el postulante coincidía con una profesión u oficio que el país necesitaba. No buscaban profesores, por eso se anotó como fabricante de flores artificiales y vidrierista, luego de que su socio en el instituto de idiomas le consiguiese una certificación. Sabía que una vez allí podría ejercer la docencia. Un primo de su cuñado Ángel que trabajaba en la embajada intentaba acelerar el trámite.

Este es el punto de partida de un pasaje de esta historia, que es propio de una película de suspenso. Debían tramitar los pasaportes en el Departamento de la Policía Federal y así lo hicieron. A las pocas semanas, un agente los llamó para que se presentaran a retirar la documentación. Fue Enrique, a quien solo le otorgaron su pasaporte y los de sus hijos. El de Graciela, le avisaron, tendría que pasar a buscarlo otro día. Ella ya había comenzado a trabajar en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, más conocida por sus siglas APDH o simplemente como la Asamblea, donde había escuchado cuatro casos en los que, ante un supuesto error en el número de pasaporte, cuando se habían acercado a corregirlo habían quedado detenidos.

Finalmente, volvieron a contactarlos para que pasaran a retirarlo. Enrique fue otra vez. Antes habían acordado que, si notaba alguna anormalidad, tomaría el pasaporte y regresaría sin hacer ningún reclamo. La llamó por teléfono y le dijo que uno de los números perforados no coincidía con los escritos a mano. La dictadura la tenía marcada.

De allí en más todo sucedió en cámara rápida. Primero, sacó el pasaje a Canadá, pero desde Río de Janeiro, por la aerolínea Canadian Pacific. Junto a Enrique volaría a Iguazú con su cédula de identidad para después intentar cruzar la frontera con el Brasil. Por seguridad, las dos últimas noches en Buenos Aires durmió en la casa de unos amigos. Recuerda que la despedida en Aeroparque rodeada de su madre, sus hermanas, su familia, fue muy angustiante. Atravesaron el control y se subieron al avión. El primer paso estaba dado, pero el viaje recién comenzaba. En Misiones, cruzaron en una lancha-colectivo hasta Foz de Iguazú, del lado del Brasil. Después, tardaron

casi un día para recorrer los 1485 kilómetros que los separaban de Río de Janeiro. Los esperaba Hugo Simone, que se había radicado años atrás. Se despidió de Enrique. Ahora sí, estaba tan sola como no recordaba en mucho tiempo.

Días después, partió a Montreal con escala en Nueva York. Llegó muy temprano al aeropuerto John Fitzgerald Kennedy. Hizo la cola de migraciones y presentó el pasaporte. Los minutos pasaban y no se lo devolvían. Preguntó por qué se lo estaban reteniendo. Nadie le contestaba hasta que, de repente, apareció un hombre gordito, que caminaba como un pato, con su pasaporte y sus valijas. Le hizo un gesto para que lo siguiera. No sabía qué hacer, pero no tenía otra opción más que acompañarlo. Salieron fuera del hall central y se detuvieron. Le preguntó a quién esperaban. "*My car*", le respondió, seco. Ella no podía creer que después de todo lo que había atravesado durante ese año y medio la fuesen a secuestrar justo allí.

La frenada de un auto negro interrumpió sus pensamientos. El hombre abrió la puerta de atrás y tiró su valija, mientras le señalaba que se sentase. Ella obedeció. Lo primero que buscó fue la manija de la puerta. Llegado el caso, la abriría y se tiraría en pleno movimiento. El coche arrancó. Ya estaba preparada para saltar cuando, de repente, se dio cuenta de que estaban llegando al sector de embarque de Canadian Pacific. ¡La estaban alcanzando para no perder el vuelo! El gordito le dio el pasaporte y le explicó que había lugar en el avión anterior. Ella le agradeció y subió rápidamente.

La recibió una azafata que le sonrió y le habló en francés. Ella dice que por poco la abraza. Por primera vez en días, logró aflojarse. Entró y se desplomó en el asiento hasta quedarse dormida. Solo supo que sirvieron la comida porque, entredormida, escuchó el ruido del carrito. Recién se despertó cuando se le taparon los oídos cerca de aterrizar. A través de la ventanilla, se regocijó con la exuberancia del río San Lorenzo, que separa Estados Unidos de Canadá.

Lo había logrado.

En Montreal, se quedó en casa de Estela Portes, quien había sido profesora en su instituto y vivía allí hacía unos años. Días después, se acercó al Consulado argentino y denunció la pérdida de su pasaporte para que le otorgasen uno nuevo. Tras asentarse, comenzó a buscar trabajo como profesora, pero no resultó. Fue muchas semanas después cuando ingresó en una academia privada y luego en la Universidad de Montreal.

Son 9040 kilómetros los que separan a Buenos Aires de Montreal. No existían correo electrónico, ni redes sociales, ni fotos para actualizar en forma cotidiana las caras de los seres queridos. Solo las llamadas telefónicas, muy costosas, y las cartas lograban acortar la distancia. Ella se preocupaba y alegraba en partes iguales por las noticias que llegaban de su familia pequeña, como también del resto de los Castagnola-Fernández Meijide.

Con Juana María, siempre había mantenido un vínculo especial, quizás por los catorce años de diferencia que la convertían en la hermana mayor. Graciela la había cuidado, incentivado, le había mos-tra-do-el-mun-do, como remarca Juana. “Aún guardo sus cartas y, cada vez que las releo, es una congoja... Esa angustia, esa distancia, esa soledad...”.

A Pablo lo mataron

La estadía en Montreal duró algo más de seis meses. Al principio, le costó adaptarse al frío tanto del clima, como de las relaciones sociales. Pero, poco a poco, volvió a sentirse animada como no le sucedía desde hacía mucho tiempo. Así lo recuerdan sus hijos, que fueron a visitarla durante las vacaciones de invierno de la Argentina en 1978. Martín la veía relajada, el día y la noche de su mamá de Buenos Aires: “Por fin, ella encontraba un lugar confortable donde había derechos y en el que, además, ejercería su profesión. En definitiva, sintió que se podía armar una vida que acá no por el nivel de crueldad y de opresión. Incluso creo que se imaginó viviendo allá”.

En el libro *Compasión con poder*, Graciela reconocía que el hecho de

haber conseguido trabajo, de no haberse vuelto loca ni morirse, de hacer amistades, le demostró que seguía viviendo, no solo por Pablo, por sus hijos o por Enrique, sino también por ella. Que estar en Montreal la ayudó a darse cuenta de que se quería.

Sin embargo, la ausencia de Pablo la atravesaba a cada paso. Creía que aún podía estar con vida, aunque su razón le indicaba lo contrario. Era tanto el deseo de que estuviera a su lado que en algunas ocasiones llegó a personificarlo en otros. Recuerda una tarde cuando fue con sus hijos a ver una película árabe. Dice que apenas comenzada Pablo se le vino encima desde la pantalla. ¡El actor era él físicamente! Le agarró un ataque de llanto tan fuerte que se corrió a un costado para que sus hijos no la vieran. Pero ellos ya lo habían percibido y fueron a consolarla.

Meses después, ya en Buenos Aires, le ocurrió una situación similar en un supermercado. Con Enrique recorrían el local hasta que, de pronto, se quedaron estupefactos: su cuerpo desgarbado, la melena negra y desordenada. Ella se detuvo en sus manos. El parecido entre Pablo y ese joven repositor era notable. Pagaron y salieron raudos para su casa. No podían dejar de hablar del parecido hasta caérseles las lágrimas.

En ese tránsito de asumir la muerte de su hijo, marca un momento bisagra en Montreal, cuando una persona que nada tenía que ver con las asociaciones de familiares, observó en voz alta, delante de ella: “Pensar que estos tipos (por los militares) obligaron a los padres a matar a sus hijos”. Le resonó muy hondo, porque hasta ese entonces ella nunca se había dicho que no podría seguir buscando a su hijo con vida porque lo habían matado. Sin embargo, fue un proceso duro y cruel porque los sueños le decían lo contrario a su razón. “Hasta que tuve que aceptarlo”, se conmueve.

Emprendió la vuelta: ya no tenía nada que hacer en Canadá. Quería retomar cuanto antes su trabajo en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), a la que había ingresado en abril de 1977, aunque esta vez sería distinto, ya que su tragedia personal se unía para siempre a la de miles de familias. Nacía así una dirigente trascendental en la lucha de los organismos de derechos humanos

contra la dictadura, que luego se convertiría en referente de la vida pública del país de los siguientes cuarenta años. Nacía Graciela Fernández Meijide.

CAPÍTULO 4

Una líder de los Derechos Humanos

La Asamblea Permanente por los Derechos Humanos es un capítulo clave en esta historia. Allí encontró sosiego luego de muchos meses de bronca y consternación. Pero también fue el ámbito en el que germinó su nueva vocación: la política.

La primera vez que escuchó sobre el organismo fue a través de Miriam, la mamá de María Zimmermann, quien le pasó la información como otra puerta posible de las muchas que golpeaba. Cuando llamó aquella mañana de marzo de 1977 la atendió el cura Enzo Giustozzi, quien fue a verla al instituto de idiomas, junto a otra integrante, Eugenia Manzanelli. Graciela les contó su drama y la magnitud de lo ocurrido en el Nacional de Vicente López. Le sugirieron que recolectara toda la documentación y la acercara a la APDH.

Días después, estaba tocando el timbre del departamento de Paraguay 1484. Lo primero que la sorprendió fue la distancia entre el pomposo nombre del organismo y ese monoambiente, donde sobresalía una *kichinette* dentro de un placard y dos mesas grandes que intentaban separar espacios. Dos o tres personas atendían; una de ellas era Bella Friszman, que también tenía una hija desaparecida. Friszman escuchó su caso y tomó las copias de los *habeas corpus* de Pablo y de los demás chicos. Antes de retirarse, Graciela se ofreció a colaborar. No podía quedarse esperando en su casa. Comenzaba así un vínculo virtuoso, porque su presencia en la APDH fue creciendo mes a mes, a medida que ella desplegaba su personalidad y su capacidad de trabajo. Lo hizo sin un horizonte claro y aprendiendo sobre la marcha.

La primera tarea que le encomendaron fue recortar noticias de los diarios sobre personas asesinadas, muertas en enfrentamientos o desaparecidas por la represión. Desde su casa, comparaba fechas,

datos, nombres y los contrastaba con la lista de las personas que buscaban. Mientras tanto, en la APDH investigaban si se trataba de una persona de confianza. Superada esa instancia, la invitaron a participar dos veces por semana. Ella sobresalió por su disposición a escuchar, su temple, su inteligencia y su organización. Así fue que le ofrecieron sumarse en la toma de denuncias.

El 8 de septiembre quedó a cargo de su primera tarea institucional: ese día una patota arrancó al maestro Alfredo Bravo de la escuela donde daba clases. Además de dirigente del Partido Socialista, Bravo era uno de los presidentes de la APDH, por lo cual, su secuestro significaba el primer golpe directo de la dictadura contra el organismo. Graciela, que había conocido a Bravo diez años antes cuando dirigía la gremial docente, donde ella también participaba, se ocupó de acompañar a su esposa, Marta, a pedir la firma a diversos dirigentes políticos para exigir por su vida y su libertad. Luego de trece días, y a raíz de la fuerte presión nacional e internacional, Bravo fue trasladado a la Unidad 9, de La Plata. Durante su secuestro, fue torturado de tal modo que algunas secuelas físicas le quedaron para el resto de su vida.

Aquellos meses de fines de 1977 fueron los más duros de la represión. En cualquier esquina, Graciela podría engrosar la lista de secuestrados, pero avanzó: “No puedo decir que estaba aterrorizada, aunque claro que todos teníamos miedo. Pero nos lo ocultábamos a nosotros mismos para seguir adelante”.

Ese desdoblamiento le permitía afrontar los relatos de los familiares, relatos que la rozaban, en una experiencia desgarradora. Para evitar falsas declaraciones de los servicios de inteligencia, pedían el documento de identidad del denunciante y constancia de alguna presentación ante la justicia o la policía. Por lo general, se acercaban las madres. Graciela y sus compañeras tomaban nota de toda la información que pudiera servir. Con esos datos fueron elaborando los llamados “ficheros de la verdad”, que serían, años más tarde, la piedra angular para la labor de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep).

Cuenta que al principio trabajaban con un formulario muy

elemental. Con el correr del tiempo, le agregaron nuevas preguntas para obtener más datos; cada hojita con sus testimonios. Luego, trasladaron todo aquel cúmulo de información a una ficha. Si una de ellas se caía al piso todos quedaban congelados en el lugar para evitar pisarla.

Construyeron así un sólido sistema de investigación. Estaban convencidos de que había que activarlo, organizarlo, contrastarlo, por si alguna vez se hiciera justicia, pese a que muchos creían que nunca ocurriría. "Esto es así porque la metodología de la desaparición hace que el cuerpo se evapore. Y si se evapora, no hay cuerpo del delito para que un juez avance. Todo estaba pensado para que no se intercediera ni hubiera condena posterior. Por suerte, las cosas fueron diferentes", dice.

A principios de 1977 ya existían unas 400 fichas, cada una con su drama personal y familiar. Al poco tiempo fueron miles, por lo cual, se dispuso una organización mayor. A partir de 1980, los datos básicos de estos ficheros comenzaron a editarse en un folleto impreso en la pequeña imprenta de la APDH, que permitía actualizar su contenido.

Gracias a esta suerte de contrainteligencia, como describe Graciela, fue que, ya en democracia, se pudo develar el *modus operandi* de la dictadura, con su secuencia de secuestro-tortura-desaparición de los cuerpos. Constituyó el pilar probatorio para la acusación de la Fiscalía en el histórico Juicio a las Juntas de 1985.

Madre de Plaza de Mayo

Hace muchos años que emprendió un camino distinto del de Madres de Plaza de Mayo. Y, sin embargo, pocos saben que fue una de las que, en 1977, rodeó la Pirámide de la Plaza con su pañuelo blanco.

Todo comenzó al inicio de ese año sangriento, cuando un grupo de mujeres se reunió por primera vez en la casa del abogado y vicepresidente de la APDH, Emilio Mignone, quien junto a su esposa, Angélica *Chela* Sosa, rastreaba desesperadamente a su hija Mónica. Entre otras, estaban Marta Vázquez, Carmen Lapacó, Agustina Paz,

Tita Maratea, Otilia Renou, María Eugenia García Irureta Goyena y María Adela Gard de Antokoletz.

En forma paralela, otro grupo de madres y familiares se reunía en la iglesia San Ignacio, en Alsina y Defensa. Se habían visto en la vicaría de la Marina mientras aguardaban a ser recibidas por el obispo Graselli, tal como Graciela lo había hecho. Muchas de ellas se reencontraban en las colas que hacían desde las cinco de la mañana frente al Ministerio del Interior.

De ese conjunto, sobresalía una mujer maciza y enérgica llamada Azucena Villaflor. Graciela recuerda haber ido dos veces a Tribunales junto a aquellas mujeres para hacer alguna presentación. En una de ellas estaba Azucena, a quien Graciela reconstruía en *La historia política del Nunca más*:

> Ese día seríamos a lo sumo diez madres las que fuimos. A una le hice el *habeas* en un papel de cuaderno, apoyada contra la pared, mientras percibíamos que había más hombres de civil que nos vigilaban que el grupo que nosotras mismas constituíamos. Azucena era muy vehemente y demostraba tener alguna experiencia mayor que el resto. Era notorio su liderazgo. Ese día me acerqué y le pregunté si no se exponía demasiado ya que siempre tomaba la iniciativa. Le sugerí que dejara que otras propusieran cosas. Me miró, no me contestó y la cuestión se terminó ahí. Poco después la secuestraron al igual que a otras madres, a las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet y a algún militante político con quien se reunían.

Para abril de 1977, ambos grupos se fusionaron. Cansada de las evasivas, Villaflor propuso reunirse en medio de la Plaza de Mayo, “porque, si somos miles, nos van a tener que atender”.

Así fue que el sábado 30 de abril de 1977, a las cuatro y media de la tarde, catorce mujeres, con su angustia y su miedo a cuestas, se reunieron cerca de la Pirámide y marcharon a su alrededor, luego de la orden policial de circular. Fue el acto fundacional de las Madres de Plaza de Mayo.

Con el correr de los meses, el grupo se incrementó y logró repercusión internacional. Parecía ser su lugar natural, pero Graciela prefirió permanecer en la APDH. ¿Por qué? ¿Qué había de distinto allí?

Ella explica que necesitaba estar en una institución que le permitiera observar el problema desde distintos ángulos, tal como se lo pedía su carácter organizado. “No podía quedarme en lo testimonial, no me alcanzaba con dar la vuelta a la Pirámide de la Plaza de Mayo una vez por semana”, especifica. En la APDH, su presencia fue creciendo, aunque continuaba yendo a la Plaza.

Fue también en la APDH donde afloró la líder política. Ella señala que, a pesar de no pertenecer a una organización política, percibía que lo que enfrentaban era un proyecto político, y que había que involucrar a muchos más sectores que a un grupo de madres de desaparecidos. Por ese motivo, no se sentía tan cómoda en que fueran solo madres y solo de desaparecidos.

De ese modo, aprendió “a hacer política”, al entender cómo los organismos se relacionaban entre sí, cómo se alcanzaban los consensos necesarios, aunque las discusiones fuesen muy duras. Es que, incluso en la propia Asamblea, convivían distintos dirigentes políticos, sindicales, militantes sociales, de las distintas iglesias, más allá de los familiares directamente afectados. Esa diversidad de pensamiento le exigía razonar, argumentar y accionar en clave política para lograr comunes denominadores, ya que, a su vez, cada actor representaba los intereses de su grupo original. Por eso, considera que la APDH era el organismo más político de todos.

“En cambio en Madres yo no podía aprender política, porque lo testimonial es consignista y exigente sin límites: expresás lo que sos y verbalizás lo que querés que sea. Pero sos una voz única. Yo hubiera insultado igual que las Madres porque me sonaban muy bien las palabras más duras. Pero, de ese modo, no hubiese conseguido más que bajar línea”, aclara.

Durante 1976 y 1977, la dictadura arreció. Eran pocos los que se animaban a salir a las calles. Graciela, Estela de Carlotto y Hebe de Bonafini estuvieron entre ellas. Las unía una tragedia, aunque cada

una emprendió distintos caminos en su lucha política, como queda demostrado al día de hoy. Vale recorrer su historia en común.

Idas y vueltas con Estela

Sus vidas pueden verse como un juego de espejos, con sus coincidencias y contrapuntos. Se llevan tan solo cuatro meses de diferencia de edad. En sus juventudes miraron con desconfianza al peronismo y eligieron la docencia como profesión. En sociedad, se conocen a partir de sus segundos nombres y sus apellidos de casadas. Pero a Rosa Graciela Castagnola de Fernández Meijide y a Enriqueta Estela Barnes de Carlotto las une algo más que esos datos enciclopédicos, pese a que el presente las encuentre con distintos razonamientos. “Pero, ojo, el cariño y el respeto por ese pasado en común siempre está”, aclara Estela, en una entrevista para este libro. Graciela le corresponde con su respeto, como deja en claro en cada entrevista en la que la consultan por su relación.

> Nos conocimos durante los últimos años de la década del 70, años durísimos —rememora Estela—. Yo ingresé a Abuelas en 1978, después de su fundación. De ella me acuerdo de su personalidad, muy fuerte, casi de dirigente. Parecía que quería, o pretendía, indicarnos qué y cómo hacer las cosas. A algunas abuelas les gustaba, a otras no. Su marido, Enrique, que la acompañaba mucho, era un encanto de persona; mucho más sencillo, más afectivo. Sin embargo, era una mujer que tenía un drama igual que el nuestro, con la misma lucha y el mismo compromiso. Por eso, el afecto mutuo, ¿no? Graciela estaba en la Asamblea, donde para nosotras las puertas siempre estuvieron abiertas. Nos ayudaron mucho y nos acompañaron.

¿Pero cuándo comenzaron, para Estela, las verdaderas diferencias? Detalla que fue en la Conadep, momentos en que, para algunos organismos, Graciela empezó a ser vista con un perfil independiente:

“Allí delineó su vocación, su faceta política. Porque entró en la política de un gobierno, a ser funcionaria de un gobierno. Antes, no. Ella era profesora. En la Conadep, era muy activa, era una mujer preparada y de carácter, porque, más que preguntar, siempre quería mandar; era su condición. Después, bueno... inició ya su carrera política”.

Lo cierto es que Graciela solo ingresó a un partido recién en 1990 y que ejerció su primer cargo público como diputada en 1993. No obstante, el testimonio de Carlotto sirve para comprender el principal cuestionamiento con el que carga al día de hoy por su osadía de construir una voz propia sobre los derechos humanos desde las orillas de los organismos. Sobre todo, cuando su reclamo por aquellos derechos excedió la mirada sobre los 70.

Los cruces con Hebe

También se conocen desde hace muchos años, exactamente cuarenta y dos. Graciela aún recuerda aquella tarde de 1977 cuando Hebe se acercó a la APDH para hacer la denuncia de la desaparición de sus hijos porque fue ella misma quien se la tomó. “Tenía un dolor inmenso, que intentaba sobrellevar, al igual que yo”, señala.

Durante ese tiempo, marcharon juntas cuadras y cuadras porque tenían un enemigo claro. Además, Graciela confiesa: “En muchas ocasiones, lloramos y nos contuvimos entre nosotras, en una sociedad que nos trataba como leprosos y nos decía: ‘Por algo habrá sido’”.

No obstante, reconoció de entrada un fuerte personalismo por parte de Hebe, que impedía en algunas ocasiones llegar a consensos entre los organismos. Por caso, rememora un encuentro en 1979 en la APDH para concertar el documento que le presentarían a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos:

> Estábamos dialogando cuando, de repente, Hebe irrumpió: “Quiero decirles que de estas reuniones no puede participar ningún integrante de partidos políticos”. Todos nos quedamos callados,

mirándonos sin entender. En eso, Hebe lo encara a un hombre llamado Miguel, que representaba a la Liga por los Derechos Humanos. “¿Y vos, que sos comunista, ¡qué hacés acá!?”. Miguel, que era un tipo bonachón, calmo, se la quedó mirando. Alguno de los presentes le explicó que buena parte de los que trabajaban en la Liga y en la APDH pertenecían a algún partido que, por otro lado, estaban disueltos. Pero que, y por sobre todo, no estaban allí bajo esa condición; de hecho, nadie se preguntaba de qué partido era o dónde había militado, sino que éramos integrantes de organismos de derechos humanos, con un objetivo completamente diferente como era luchar contra una dictadura.

Por otro lado, Hebe se negaba a recurrir a la Justicia porque consideraba que los jueces nunca serían imparciales, ni siquiera en democracia.

Años después, cuando Graciela ya era secretaria de la Conadep, Hebe quiso prohibir al resto de las madres que declarasen ante la comisión, con el argumento de que iba en contra de aquella premisa de “Aparición con vida”. “Le dije que estaba haciendo una gansada, que las otras madres la iban a pasar por encima con las denuncias —dice Graciela—. Le señalé, además, que Madres no era un partido político ni una secta, sino personas que se habían reunido por una desgracia, que irían a cualquier lugar donde le ofrecieran un dato o pudieran hacer una denuncia”.

Así ocurrió: no solo la mayoría de ellas se presentó ante la Conadep, sino que la intransigencia de Bonafini fue uno de los motivos por el cual, meses después, algunas integrantes se fueron y crearon Madres Línea Fundadora. “Siempre me llevé mal con Hebe, porque no había forma de discutir: siempre tiene la razón, la suya pretende ser la voz del pueblo”, sostiene.

Hebe tampoco guarda recuerdos gratos ni de Graciela, ni de la dinámica en la APDH para consensuar posiciones. En una entrevista que puede encontrarse en el sitio web de las Madres, se observa una referencia al reclamo de “Aparición con vida” de los hijos, reivindicación que Graciela entendía como justa pero de imposible

cumplimiento.

Dice Hebe:

> Un día me llaman de la Asamblea para hacer una charla. Siempre nos ganaban ellos. Y yo les decía a las Madres: "Cómo van tan armados". Nosotras éramos gilas, en esa época no nos dábamos cuenta de que teníamos que ir cuatro o cinco; íbamos siempre dos. Pero me dije: "Yo hoy, antes de que empiecen, voy a pedir la palabra". Estaban (el obispo Jorge) Novak, Graciela Fernández Meijide, (Simón) Lázara, (Jaime) Schmirgeld, todos. "Pido la palabra primero porque me tengo que ir", dije. Entonces Graciela, con esa cara de asco con la que siempre me miró, dice: "Bueno, tiene la palabra" (porque nunca decían Madres, la palabra Madres a ellos les cae como comerse un sable afilado). "Yo voy a hacerle una pregunta a cada uno y quiero, por favor, que la contesten. Y voy a empezar por monseñor Novak, que preside la mesa. ¿Usted quiere que mis hijos aparezcan vivos o muertos?". "Vivos", dice Novak. Sigo con Lázara: "Vos ¿querés que mis hijos aparezcan vivos o reventados en una zanja?". "¡Y cómo me preguntás eso!". Todo el mundo dijo "vivos". "Entonces, díganme una cosa, ¿por qué no quieren poner aparición con vida?". ¡Vos no sabés!, se armó un lío...

También recuerda:

> ... Siempre, cuando se hacían las reuniones, ¡ahhh, lo que decía la Asamblea era lo mejor...! ¡Qué bien, Graciela (Fernández Meijide), es tan política!, ¡cómo habla, es un lenguaje...!, ¡nada que ver con el nuestro! Eso fue para mí... ¡Era difícil! ¡Te digo que yo sufrí! Muchas cosas... ¡Ustedes no se imaginan! ¡Porque me desautorizaban delante de la gente de la Asamblea.

Graciela reconstruye aquellas reuniones, pero desde otra perspectiva, ya que considera que Bonafini no tenía el imprescindible margen para negociar entre las distintas posturas.

Trae otro episodio, esta vez tras la Guerra de Malvinas, cuando se

sucedían las marchas para exigir el retiro de la dictadura. “Hebe no quería poner en los documentos el reclamo por los presos políticos; solo por los desaparecidos —relata—. ‘Si están presos es por algo’, decía. Se empacaba; siempre era para restar; apostaba a quedarse sola, no quería armar con ningún sector. Por eso, yo la encaraba fiero, porque a mí no me llevaba por delante”.

En esa reunión, Graciela se acercó a un pizarrón que había en la sala, hizo una cruz en el centro con un marcador y le dijo:

—A ver, Hebe, vos estás acá. Acá al lado están los sindicatos, mientras marcaba otra cruz.

—No, con los sindicatos no porque son traidores —dijo.

—Bueno, acá, los presos políticos.

—No, porque algo habrán hecho.

—Por otro lado, decís que con los partidos políticos tampoco. Y que el pueblo fue cobarde. De tanto expulsar, ¡vas a armar con los militares!

Los entredichos entre ambas crecieron. En una ocasión, casi pasan a mayores:

> A mí no se animaba a decirme nada. Por eso solía traer a otras dos madres sometidas al mango que chumbaban por ella. Una vez le dije: “Hebe, ¿qué querés hacer? Decilo vos. No las mandes a hablar por vos”. Esa vez casi nos agarramos: se levantó como para irse y cuando pasó cerca creí que me pegaba. Estábamos separadas por la mesa, así que me preparé. Pero tomó la cartera y fue hacia la puerta. “Mirá, Hebe, si ustedes no están firmando el documento, que quede claro que es por tu intransigencia. Todos van a saberlo”, le avisé. Al final, se sentó.

Pero estas diferencias solo despuntaron con el correr de los años. Al comienzo de esta historia de lucha contra la dictadura avanzaron unidas en el plano interno y, sobre todo, con sus denuncias en el exterior.

Su rol clave en la visita de la CIDH

Hasta 1976, había viajado contadas veces a algunos países limítrofes. Pero, en esta nueva etapa de su vida, Graciela debería aprender los códigos y protocolos de las relaciones internacionales para lograr influir en los foros donde se discutía la violación de los derechos humanos en la Argentina. Así fue que se convirtió en una suerte de embajadora de los organismos en representación de la APDH.

La campaña de denuncias en los foros internacionales comenzó apenas iniciada la dictadura. Sin embargo, el escenario cambió por completo con la llegada, en enero de 1977, del nuevo presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, quien, a diferencia de sus antecesores —Richard Nixon y Gerald Ford—, dispuso un rol más activo en materia de derechos humanos en la región. En la Argentina, Videla, estimulado por el éxito del Mundial 78 y para mostrar una imagen democrática al mundo, invitó a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) a inspeccionar la situación en el país. Su visita se convirtió así en el gran objetivo de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.

Graciela cierra con fuerza sus ojos al recordar el esfuerzo que significó sistematizar la información para presentarla ante la CIDH. Dice que, entre enero y febrero de 1979, leyó hasta doce horas diarias para reorganizar alrededor de cuatro mil documentos que habían acumulado en la sede de la APDH. Fueron Mignone y Conte Mac Donell quienes volaron a Washington para entregar el material ya procesado. El fallecido dirigente socialista y compañero en la APDH, Simón Lázara, afirmaba en 1999 a *Página/12*: “Graciela había clasificado las denuncias y los testimonios según las características salientes de cada caso. De esa forma, simplificaba mucho el trabajo de la comisión”.

Cada relato con el que había entrado en contacto significaba reabrir la herida. Fueron imprescindibles sus años previos de psicoanálisis, así como también la fortaleza de su personalidad para seguir adelante, porque cuando tomaba testimonios siempre tenía enfrente a una persona tan angustiada como estaba ella cuando se llevaron a Pablo;

aunque, por un momento, se olvidaba de su propia tragedia.

Sus hijos también notaban cómo su madre se convertía, poco a poco, en la de muchos. María Alejandra, que en ese momento tenía algo más de 20 años, observaba en el libro *Compasión con poder*: "Cuando volvía a casa, mamá contaba muchos de los casos que recibía en la APDH. Y lo hacía tranquila. Estaba claro que se la bancaba. No solo atendía a los familiares de los desaparecidos, sino que, además, los escuchaba, los apoyaba, trataba de entenderlos. Yo la admiraba y pensaba: puede escuchar y ayudar a los que tienen un hijo secuestrado, cuando a ella le pasa lo mismo. ¡Qué ovarios!".

Por su parte, Martín destaca su valentía: "A mi vieja la pudieron haber reventado miles de veces. Cuando lo secuestraron a Alfredo Bravo se armó tal revuelo internacional que lo tuvieron que devolver porque era un conocido dirigente sindical de los docentes. ¿Pero quién era ella? No era nadie. La pudieron haber secuestrado y matado tranquilamente como le pasó a Azucena Villaflor o a tantos otros. En casa, por ejemplo, se recibían amenazas de muerte todo el tiempo. Era difícil". Por eso, se enorgullece al señalar: "No fueron muchos los que se expusieron, los que arriesgaron su vida en los peores momentos. Y ella estuvo siempre al pie del cañón".

Otilia Renou, madre de una desaparecida, recordaba también en aquel libro la primera vez que la vio en casa de Mignone en la reunión original de Madres: "No me voy a olvidar. Ella venía de hacer las compras como un ama de casa más. Pero me impactó su personalidad. Dije para mí: '¡Qué fuerte!'. Era evidente que se tenía una gran confianza y buscaba tomar el mando para dirigir la lucha (...). Graciela lo abandonó todo para buscar a Pablo. A pesar de sus altibajos, porque los tenía, demostraba una personalidad fuerte, una voluntad inquebrantable, una salud de hierro y un gran poder de convocatoria. En la Asamblea, se encontró a sí misma".

La CIDH llegó el 6 septiembre de 1979. Sus integrantes viajaron a Córdoba, Tucumán, Rosario, La Plata, Trelew y Resistencia, en cuyas cárceles permanecían detenidos decenas de presos políticos. También inspeccionaron los centros clandestinos de detención La Ribera y La Perla, en Córdoba, y El Olimpo y la ESMA, en Buenos Aires.

Durante dos semanas, la comisión fue vigilada a cada paso. Mientras tanto, los familiares se acercaron a la sede de la OEA, en Avenida de Mayo 760, para hacer sus denuncias.

Graciela recuerda que, el día en que la selección juvenil de fútbol, aquella de Maradona y Ramón Díaz, salió campeona, el relator José María Muñoz, quien apoyaba en forma indisimulada a la dictadura, alentó a los oyentes a salir a festejar y concentrarse, entre otros puntos, sobre la Avenida de Mayo, en una abierta provocación. Sin embargo, afirma que, más allá de algún grito, no pasó a mayores, porque no era fácil atacar a un grupo de mujeres con sus caras marcadas por la desesperación.

Pese a todas las agresiones, la visita significó un antes y un después. Recibieron 5580 denuncias de secuestros y desapariciones, muchas de ellas, hechas por primera vez. Cuando vio que la cola frente a la OEA era de dos o tres cuadras, Graciela supo que el esfuerzo había valido la pena.

Dos meses después, la CIDH les presentó a las autoridades de la Junta Militar un informe preliminar, en el que cuestionaba el “Estado de excepción” y denunciaba miles de desapariciones. Fue el primer impacto de trascendencia, y Graciela había tenido mucho que ver.

Habían transcurrido apenas dos años desde su ingreso en la APDH.

La Redonda, las listas de Feeney y una cita en París

Asimilar el destino de Pablo fue un proceso con marchas y contramarchas.

Una mañana de ese invierno de 1979, en plena recopilación de documentos para la CIDH, se acercó hasta la APDH un tambero de Tandil, llamado Juan Carlos Ghezán, que pidió hablar con Graciela. Le contó que su hijo Enrique y su nuera Isabel, secuestrados en julio de 1978, habían sido liberados meses atrás. Era la primera vez que Graciela escuchaba un caso así. Ghezán le transmitió, además, que una joven llamada Elsa Lombardo, quien había sido liberada junto a ellos, quería hablar con ella aunque, por temor, se rehusaba a ir a la APDH.

Graciela le dio su número de teléfono para que pudiera llamarla.

La joven se comunicó a los pocos días. Le dijo que tenía algunos nombres de personas que aún permanecían en el "chupadero". Entre ellas, un muchacho con doble apellido. Graciela confiesa que el corazón le dio un vuelco. No podía evitar la esperanza pese a que el razonamiento le decía lo contrario. Acordaron encontrarse al día siguiente en la misa de las 7.30 de la iglesia de la Inmaculada Concepción, más conocida como La Redonda, en el barrio de Belgrano. Le avisó a Lombardo que llevaría un ramo de rosas rojas para que pudiera identificarla.

A la mañana siguiente, recorrió junto a Enrique el corto trayecto desde su casa hasta la iglesia. ¿Por qué no había querido ir hasta la APDH? ¿La estarían siguiendo durante esa mañana? O, peor, ¿estaría colaborando con los represores? ¿Por qué había tardado casi un año en entrar en contacto tras ser liberada? Quizás habría llegado el momento en que sería cortada a la mitad por una metralla como había imaginado en varias ocasiones. El miedo la invadía, pero siguió caminando. Llegó, subió las escalinatas de mármol y se ubicó en el primer banco de madera. Enrique vigilaba desde afuera.

La nave principal de la iglesia estaba casi vacía; solo había algunas mujeres mayores rezando avemarías. La luz apenas se insinuaba a través de los ventanales. Cada tanto, ella movía el ramo de rosas para que se escuchara el papel celofán y llamar así la atención de su cita. Pero su contacto no se descubría. A punto de retirarse, una joven se sentó a su lado. Elsa Lombardo se lanzó a hablar. Le contó que había sido secuestrada en su casa en Munro y que la habían llevado al centro de detención conocido como El Banco, en La Matanza. Le detalló los tormentos sufridos y luego comenzó a dar algunos nombres y apellidos de personas que había conocido. Graciela mantuvo la respiración hasta que la joven dijo: "Guillermo Pagés Larraya". Su esperanza sucumbía. El muchacho había sido secuestrado en diciembre de 1977 y su madre se había acercado varias veces a la APDH para denunciar su desaparición. Al día siguiente, la llamaron para ofrecerle la información. Guillermo, su hermana Beatriz y su marido, Mario Tempone, los dos últimos secuestrados en septiembre de 1977,

continúan desaparecidos.

Apenas dos meses transcurrieron hasta que una nueva situación la puso en alerta. Fue cuando viajó junto a Enrique a Londres, donde fue recibida por Tricia Feeney, secretaria de Amnesty International, a cargo de una misión que había visitado Buenos Aires en 1976.

Feeney le entregó una copia de los testimonios de personas, la mayoría exmontoneros, alojadas en diversos centros clandestinos y luego liberadas y trasladadas, con documentos entregados por la propia Junta, a México, Venezuela o Francia. Algunos de estos hombres y mujeres habían decidido romper el silencio exigido por los militares y, ante la Asamblea Nacional de Francia, habían denunciado los atropellos y torturas sufridos. Entre otras cuestiones, habían dado los nombres, apellidos y apodos de varios represores y de otros secuestrados. ¿Figuraría Pablo en esos papeles que Feeney sostenía en su mano? Leyó cada nombre temiendo encontrar el de Pablo. No estaba, pero sí los de los hijos de varios padres y madres a los que les había tomado las denuncias en la APDH o que directamente trabajaban con ella. Dudaba si era conveniente darles esa información. Sabía que les rompería el corazón, pero merecían conocer la verdad.

Al llegar a Buenos Aires, y tras hablar con el padre Giustozzi, el mismo que le había abierto las puertas de la Asamblea, decidió que al menos los padres que militaban con ellos en los organismos debían saberlo, porque, en todo caso, podrían llorar juntos.

Cada una de estas noticias la estremecía. Quería saber qué había ocurrido para intentar comprender. Por eso, en una escala previa a Londres, había estado unos días junto a Enrique en París, donde se había reunido con Pablo Nemirovsky, compañero de colegio de su hijo, que había logrado huir tras el secuestro de su novia Leonora Zimmermann.

El joven llegó al hotel, se lo veía apesadumbrado. Les contó que, al principio, no hacía otra cosa que pensar en volver para entregarse a cambio de la libertad de Leonora. Por otro lado, les confirmó que Pablo no formaba parte de la Juventud Guevarista en la que María, Leonora, Eduardo y él habían militado, aunque, en la época de los secuestros, hacía tiempo que estaban totalmente desvinculados.

Cuando se fue, tras un largo abrazo, ella decidió perderse sin rumbo por las calles de París: “Solo vi jóvenes. Jóvenes paseando, riendo, besándose, tocando música. No podía parar de llorar”.

Bronca y angustia por Malvinas

Durante los primeros años de la década de 1980, la presión internacional por los desaparecidos había surtido efecto. La dictadura, poco a poco, perdía vitalidad. A comienzos de 1982, los organismos de derechos humanos tomaron una decisión estratégica al sumarse a las movilizaciones cada vez mayores del movimiento obrero, en la medida en que la situación económica empeoraba.

El 30 de marzo de 1982 acompañaron la marcha por “Paz, Pan y Trabajo”, de la CGT-Brasil. Esa mañana Graciela partió temprano hacia la APDH, junto a su hijo Martín. Le había pedido que fuese vestido de traje y corbata, sin zapatillas, para simular que la protesta lo había sorprendido a la salida de la oficina, si es que se producían detenciones. Caminaron por Callao hasta la avenida Corrientes, en dirección a la Plaza. Sin embargo, unos metros antes de la 9 de Julio, los sorprendió una trinchera de cascos, bastones y carros hidrantes. Intentaron llegar por distintos caminos. Fue imposible. Los manifestantes se contaban de a miles. La represión llegó en cuestión de minutos. Graciela y Martín regresaron como pudieron a la APDH para asistir a los abogados que ya aprontaban los *habeas corpus* por los detenidos. La protesta terminó cerca de la medianoche, con decenas de heridos y más de 2000 detenidos. Había sido la mayor movilización en años y un primer golpe para la dictadura.

Nadie podía pensar lo que ocurriría setenta y dos horas después. El 2 de abril de 1982, Galtieri ordenó el desembarco argentino en las islas Malvinas. La jugada de la dictadura para relegitimarse ante la sociedad salió como pretendía, ya que decenas de miles de personas volvieron a la Plaza, pero esta vez para apoyar “la gesta patriótica”.

En la APDH, Graciela debió controlarse antes de responderles a varios miembros, cuadros del Partido Comunista (PC) y de otras

agrupaciones de izquierda, que evaluaban la ocupación de Malvinas como "un aporte a la revolución internacional y a la lucha antiimperialista". ¡Le daba tanta bronca que no se midiera la gravedad de que la guerra la declarara uno de los que habían ordenado el asesinato de miles de personas!

Por eso, días después de que el conflicto se desatara y para no discutir en la APDH, se encerró en su casa. Por televisión, veía cómo desfilaban los chicos a quienes embarcaban para mandarlos a morir. Relata que le agarró tanta angustia que se le "congeló" el hombro izquierdo, como se dice cuando se pone rígida la articulación. Estuvo dos semanas sin levantar el brazo. "Aquella época la recuerdo en gris; no puedo ponerle una gota de color", dice.

Recién regresó a la APDH los primeros días de mayo, porque no se corría de su objetivo: ayudar a encarcelar a los militares y colaborar con la salida a la democracia.

El tiempo pareció suspenderse mientras duró el conflicto. La gente se volvió especialista en estrategia militar y más solidaria con los soldados y sus familiares. Recuerda también "la paranoia colectiva", que, en algunos casos, terminaba en verdaderos pasos de comedia, como aquel señor que se acercó a la APDH para que lo ayudaran porque estaba seguro de que lo meterían preso, ya que de chico había trabajado como *caddy* en el Ranelagh Golf Club.

El 14 de junio, miles de argentinos volvieron a la Plaza, con su decepción a cuestas, a exigir explicaciones a Galtieri, luego de que las tropas argentinas depusieron las armas. Habían sido setenta y cuatro días de estremecimiento, con un saldo de 649 argentinos y 255 ingleses muertos, además de 1063 heridos. Ahora sí, la dictadura se había dado el tiro de gracia.

Como explica Graciela, la sociedad reaccionó y pensó que quizás era cierto lo que decían los organismos sobre el terrorismo de Estado.

De topos, micrófonos y dioses comunistas

La Junta estaba en retroceso, pero sus servicios de inteligencia

seguían operativos. En la APDH, los habían sufrido en varias ocasiones; sin embargo, esta vez quedaron azorados.

En *La historia íntima…*, Graciela reconstruye la ocasión en que Susana Caride, quien había permanecido secuestrada hasta fines de 1979 en El Atlético, El Olimpo y El Banco, se acercó a la APDH para aportar información. En medio de su relato, Caride se detuvo en *Rebeca*, una compañera de uno de los "chupaderos" donde había estado: su contextura robusta, su piel blanca, casi transparente, su voz chillona.

Rebeca le había contado que había militado en el Movimiento de Integración y Desarrollo y que los militares la habían acusado, además, de mantener relaciones con Montoneros. También le había confiado que tenía un hijo montonero desaparecido en 1977. *Rebeca*, continuó Caride, había aceptado colaborar con sus captores, a cambio de poder visitar esporádicamente su hogar, acompañada por uno de los guardianes. Cuando volvía al centro clandestino, lo hacía provista de jabón, cigarrillos negros Parisiennes y Lexotanil, un sedante muy utilizado en esa época.

Graciela seguía el relato con atención. Cada pincelada sobre *Rebeca* le hacía recordar a D. G., una compañera que trabajaba con ellos en la Asamblea. Pero no podía ser, debía estar equivocada. Sin embargo, no pudo sacárselo de la cabeza y decidió intervenir. Los detalles sobre *Rebeca*, que intercambiaba con Caride, coincidían uno por uno. Se quedaron con la boca abierta. Caride se ofreció a enfrentarla directamente, pero Graciela no podía aceptarlo, ya que D. G. nunca había dicho que había sido secuestrada. Además, de confirmarse la sospecha, Caride correría peligro. La despidió con el compromiso de responderle rápidamente qué pasos seguirían.

Junto a Alfredo Bravo, convocó a D. G. para hablar. Primero, le preguntaron si había estado secuestrada. Ella lo negó y dio una explicación incomprensible. La conversación se había transformado en un callejón sin salida. Bravo seguía haciendo preguntas cuando Graciela se levantó para caminar por la sala. Necesitaba abstraerse y pensar. En ese instante, D. G. sacó un atado de Parisiennes y tomó una pastilla de un pastillero. Le preguntó qué tomaba. Lexotanil, le

respondió. No había dudas: era *Rebeca*.

Graciela recordó un episodio que le había relatado Caride mientras estaban secuestradas, al que denominó "la noche de las cadenas", porque un guardia desencajado les había dado cadenazos a varios confinados. Esa noche, *Rebeca* terminó en la enfermería con varios traumatismos. Le pidió que le contara sobre la "noche de las cadenas". Sabía que estaba siendo dura, pero había que llegar a la verdad. *Rebeca* se derrumbó y reconoció todo, aunque les juró que estaba allí de buena fe. Graciela y Bravo temblaban. No encontraban las palabras hasta que se recompusieron y le indicaron que no la juzgaban por haber salido del cautiverio, pero que debió haberlo dicho para que ellos pudiesen elegir trabajar o no con ella. Le exigieron que se fuera de la APDH. Lo aceptó, aunque al día siguiente pidió una reconsideración ante el Secretariado. No hubo marcha atrás. Mucho tiempo después, Graciela sabría por otros detenidos que *Rebeca* había estado bajo las órdenes de un oficial del Ejército, de apellido Peña.

Por esos días, otro hecho los dejó pasmados.

La APDH contaba con un taller de impresión. Los muchachos que trabajaban ahí mataban el tiempo escuchando una radio, cuya antena ataban a una estantería de metal para sintonizar mejor. Una tarde oyeron la voz de Delia Blanco, integrante de la Asamblea. Instantes después, la vieron salir de una oficina contigua donde no había teléfono. Algo extraño sucedía.

Les avisaron a Graciela y a Bravo, quienes, asombrados, comprobaron lo que les informaban. Graciela propuso un plan: les pidió que dejaran la radio en la misma frecuencia mientras ella hablaría en voz alta en la oficina donde había estado Delia. Segundos después, los muchachos escucharon sus voces nítidas por los parlantes. ¡Alguien había plantado micrófonos! ¿Pero dónde estaba el transmisor? Movieron sillas y mesas; dieron vuelta carpetas y biblioratos. Ningún rastro. Hasta que tuvo una idea: leería un texto, con igual tono, desde los cuatro ángulos de la oficina y desde tres posiciones distintas: abajo, en el medio y arriba. Comenzó. "¡Espere, no se mueva! ¡Ahí!". La orden la encontró subida a una silla, cerca de la luz de tubo fluorescente. Uno de los compañeros del taller se trepó

a una escalera y palpó la caja metálica donde se encastraban los tubos. No había nada. Solo cabía la posibilidad de que el transmisor estuviera dentro de la base. Cuando la desatornilló, un cubo negro, de cinco centímetros por lado, asomó entre los cables. Todos se quedaron en silencio, petrificados.

Al día siguiente, un técnico especializado encontró otros seis transmisores en distintos lugares de todo el piso. ¿Quién lo habría podido hacer? Todos recordaron a *Rebeca*, quien tenía un juego de llaves de la sede.

CAPÍTULO 5

El motor de la Conadep

Durante la primera parte de 1983, se inauguraron cientos de locales partidarios alrededor del país, mientras que las fichas de afiliación a los partidos políticos se completaban tan rápido como se cubrían de pintadas las paredes de las calles. En colegios y universidades, diezmados de militantes durante esos años, el miedo dio paso al debate. Donde la invitaran, ella iba con un objetivo: fortalecer la discusión sobre los derechos humanos.

En una entrevista en la revista *Humor*, Graciela precisaba:

> Hace dos años, cuando mi hijo menor estaba tratando de organizar el Centro de Estudiantes en Arquitectura, me dijo que lo primero que habían formado era la Comisión de Libertades "para saber defendernos, para saber qué cosas nos corresponden legalmente y cuáles no". Hoy, todos los centros de estudiantes y los partidos políticos tienen una Comisión de Derechos Humanos. Vos me dirás, ¿qué profundidad tiene eso? ¿Cuánto convencimiento hay? Pero bueno, ya le han puesto un título... Soy una optimista nata; si no, no estaría aquí. Cuando uno emprende una lucha es porque cree en ella... A la larga, se nos ha dado la posibilidad de que la gente tome conciencia de la agresión que hemos sufrido individualmente y como cuerpo social, y va a pelear por el respeto a los derechos humanos.

En ese entonces conoció a muchos de quienes luego serían compañeros en su carrera política. Entre ellos, al titular del Sistema Federal de Medios y Contenidos Públicos, Hernán Lombardi, en aquel momento un joven presidente de Franja Morada en la Facultad de

Ingeniería de la UBA. Entrevistado para este libro, rememora: "Organizamos una charla en el Colegio Nacional Buenos Aires, donde había sido alumno, y la invitamos. Cuando vino, ¡sentí un honor de estar a su lado! ¡Hablaba con tanto coraje, con tanta valentía! Tenía una energía cívica que te emocionaba, te contagiaba. Y le hablaba a chicos de un colegio secundario, con toda la connotación que eso tenía para ella".

También acrecentó su participación en la APDH, que ya había crecido de tal modo que debieron abrir varias filiales en el interior para recibir denuncias. Ella coordinaba su funcionamiento a través de viajes constantes. "Iba y venía en micro, alta como es, durmiendo encorvada en un asiento. Regresaba y, a la mañana siguiente, estaba en la Asamblea como si nada: fresca como una lechuga, inventando actividades", recordaba Otilia Renou.

Apuntes para organizar una movilización

Las marchas ya eran multitudinarias. Había que unificar criterios sobre las demandas entre los organismos, disponer la logística y la seguridad para evitar infiltrados, concertar con los partidos políticos y sindicatos. ¿Cómo era preparar una movilización?

Explica que primero trabajaban un documento base para la convocatoria y, desde la APDH, se apuraban a pasárselo a los otros organismos porque, admite, siempre el que hace el primer borrador marca el terreno. Luego, armaban una reunión para negociar los últimos asuntos: de dónde a dónde marcharían, pulían el texto final, definían quiénes serían los oradores y la seguridad. Al no tener experiencia, reconoce que aprendió mucho de los miembros del Partido Comunista en la Asamblea.

Claro que no era fácil, la tensión los recorría a todos, en todo momento; sin embargo, a veces, se daban situaciones divertidas o extravagantes. Así ocurrió una tarde de abril en la que estaban en la Asamblea organizando una nueva marcha desde Corrientes y Callao hasta la Casa de Gobierno. En un instante, llegó un hombre y pidió

hablar con ella. Se presentó como el presidente de la Asociación de Ciclistas. Pensó que querría hacer una adhesión...

—¿Cómo le va, señora? Mucho gusto. Tenemos un problema, ¿ustedes están organizando una marcha sobre avenida Corrientes?

—Sí, así es —le respondió.

—Ah, pero mire que nosotros ese día tenemos una bicicleteada por Corrientes.

—¿Una bicicleteada?

—Sí, por Corrientes, ida y vuelta, hasta el Obelisco.

—Bueno, a ver, ¿de qué hora a qué hora piensan hacerla? Ajá, bueno, vamos a hacer un acuerdo. Nosotros arrancamos a tal hora, pero para entonces ustedes ya tienen que haber terminado con la bicicleteada...

LÁGRIMAS DE ESPERANZA

Con las elecciones del 30 de octubre de 1983, la democracia regresó a la Argentina, luego de 2780 días de dolor, muerte y locura.

Esa mañana, Graciela se levantó muy temprano para llegar antes de las 8 a la escuela del barrio de Belgrano, donde sería fiscal de la Democracia Cristiana para apoyar la candidatura de su amigo y compañero de la APDH, Augusto Conte Mac Donell. Como primer diputado nacional por Capital, Conte prometía llevar “los derechos humanos al Congreso”. Enrique, a su vez, había aceptado ir en la boleta como senador suplente.

Ya en la escuela, saludó a las autoridades de su mesa y a los fiscales de las otras fuerzas. La ansiedad se palpaba en el aire. Las puertas se abrieron y comenzó la votación. Nadie quería perderse un detalle. Para los más jóvenes, todo era excitante y novedoso, mientras que para los mayores significaba la satisfacción de reconquistar el derecho de votar. Durante la jornada, predominó el diálogo y la solidaridad. Los fiscales de todas las fuerzas se consultaban si tenían dudas y hasta compartieron los sándwiches que los partidos tradicionales les traían a los suyos.

Era tal la efervescencia que tuvo que bajar dos veces con la urna para que una mujer en silla de ruedas y un señor mayor, que llegó trasladado en ambulancia, lograran votar. Ella cortó boleta: Alfonsín para presidente y Conte Mac Donell para diputado nacional. Pasadas las 18, se oyó el ruido de la gran puerta de entrada que se cerraba y una voz que anunciaba: "¡Terminan los comicios!". Un silencio profundo recorrió todos los rincones hasta que estallaron los aplausos y las lágrimas: la democracia, por la cual ella y tantos otros habían luchado, era una realidad.

Raúl Alfonsín, por el radicalismo, ganó con el 51,7% de los votos contra el 40,1% del justicialista Ítalo Luder, quien de este modo pagaba caro su apoyo a la autoamnistía a los militares. En cambio, el líder del radicalismo, convencido de la importancia de los derechos humanos en la etapa que se abría, los había incorporado a su discurso y en su propuesta.

Sin embargo, los organismos tenían en claro que su triunfo no significaba en sí mismo un reaseguro en la búsqueda de condena a los represores. Las Fuerzas Armadas habían perdido el control institucional, pero contaban con el poder fáctico y lo hacían saber. El presidente lo tendría en cuenta en todas las medidas que dispusiera. Así lo dejaban trascender algunos cuadros del radicalismo, como Luis Gregorich, colaborador en la revista *Humor* y luego funcionario, en una nota titulada "La despedida del Proceso", en la que pedía la "liquidación de su pesado legado en forma drástica e inmediata, con la natural colaboración de las propias Fuerzas Armadas". En el párrafo siguiente, instaba: "Después, olvidémonos de este lamentable Proceso".

Graciela conocía a Gregorich; no dudaba de su honestidad, pero salió a responderle con una carta de lectores en la misma revista:

> No, Luis. No nos olvidemos tan pronto. O mejor, no nos olvidemos nunca. Este agujero que nos hicieron en nuestro cuerpo social debemos llenarlo con la denuncia, y no por afán de revancha o de venganza, sino de verdad y justicia. Tendrá que saberse todo lo que pasó hasta el hartazgo, hasta la náusea, para que el conocimiento

del horror nos haga reaccionar serenamente en un gran grito de repulsa. ¡Nunca más! Nunca más nadie dueño de la vida, de la libertad, del honor de otra persona. Conozcamos, nos tome el tiempo que nos tome, y no olvidemos.

Dentro del flamante elenco presidencial, había dos alas: una encabezada por los asesores jurídicos Carlos Nino y Jaime Malamud Goti, quienes aconsejaban enjuiciar a los militares, aunque en forma acotada, y otra, liderada por el ministro del Interior, Antonio Tróccoli, el de Justicia, Raúl Borrás, y su subsecretario, Horacio Jaunarena, quienes pugnaban por una autodepuración de las fuerzas. Fue el propio Alfonsín quien zanjó las diferencias horas después de asumir la presidencia, a través de una batería de decretos y proyectos de ley. Entre los proyectos, anuló la amnistía que los propios militares se habían otorgado y propuso que el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas se encargara de enjuiciar a los miembros de las tres juntas en un lapso de seis meses. Si no lo hacía, la Cámara Federal podría abocarse ella misma a su tratamiento. También firmó otro decreto para el procesamiento de las cúpulas de las organizaciones armadas.

Los organismos de derechos humanos criticaron esta disposición, a la que denominaron “Teoría de los dos demonios”, al considerar que igualaba la responsabilidad de la violencia política y que explicaba la represión estatal como resultado de la violencia guerrillera.

Conadep o bicameral

Este pasaje es clave en la vida de Graciela, porque fue en la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) donde llevó la tarea pública más trascendente que admite haber hecho. Como aseguran todos los entrevistados para este libro, ella fue quien logró destrabar el funcionamiento de un organismo vital para restañar las heridas de nuestro pasado reciente.

El nacimiento de la comisión ocurrió en la medida en que los organismos y varios sectores políticos descreían de que los propios

militares se autoinculparían. Por ese motivo, exigían la creación de una comisión bicameral parlamentaria, con amplias facultades para investigar. Augusto Conte Mac Donell llevaba la voz cantante, acompañado por sus pares del Partido Intransigente y de un PJ que buscaba retomar protagonismo. A varios legisladores radicales también les seducía la iniciativa, aunque generase tensión hacia adentro del oficialismo.

Para despolitizar la investigación, sus asesores jurídicos le propusieron crear una comisión de personalidades notables en distintas áreas para recabar información y elaborar un informe sobre la violación a los derechos humanos entre 1976 y 1983. Alfonsín debía decidir si dejaba avanzar el proyecto, aunque significara perder el control de la situación. Desde ya, eso era impensable.

Cuando los rumores comenzaron a crecer, Graciela, a favor de la bicameral, corrió hasta el despacho de Horacio Ravenna, nombrado como nuevo secretario de Derechos Humanos en la Cancillería. Al llegar, se encontró también con el joven Federico Storani, flamante diputado por la UCR, con fuerte ascendencia sobre el resto de su bloque. Los tres exploraban alternativas cuando, de pronto, sonó el teléfono. Ravenna comenzó a hablar. Cuando colgó, les comunicó: "Era Antonio (Tróccoli). Ya está. Es la Comisión de Notables y es inobjetable".

El jueves 15 de diciembre, apenas cinco días después de asumir, Alfonsín oficializó la creación de la Conadep. Según el texto, funcionaría durante seis meses, en los que debería recibir denuncias y toda documentación concerniente, comprobar su veracidad y enviarlas a la Justicia; averiguar el paradero de los desaparecidos; ubicar a los bebés y niños robados y emitir un informe final.

Sus miembros eran el escritor Ernesto Sabato, el filósofo Eduardo Rabossi, el epistemólogo Gregorio Klimovsky, el ingeniero Hilario Fernández Long, el jurista Ricardo Colombres, la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú, el cirujano René Favaloro, el obispo de Neuquén Jaime de Nevares, el rabino Marshall Meyer y el obispo metodista Carlos Gattinoni.

Para incorporar al Poder Legislativo, Alfonsín invitó a los titulares

de ambas cámaras a designar tres miembros cada uno. Solo se sumaron tres diputados por la UCR: Santiago López, Hugo Piucill y Horacio Huarte, ya que el PJ, Conte Mac Donell y el Partido Intransigente se negaron. Tampoco participó ningún senador nacional por la presión del presidente de la Cámara Alta, Vicente Leónidas Saadi.

Los miembros de la Conadep se vieron las caras por primera vez el 22 de diciembre de 1983, en el Centro Cultural General San Martín. Allí trabajarían día y noche durante 270 jornadas. Su director, Javier Torre, había destinado y acondicionado algunas oficinas del segundo piso, pero fue tal la cantidad de personas y el material acumulado que debió ampliar el número de habitaciones hasta asignar todo el segundo piso.

Los Notables se arremangaron para llevar adelante un trabajo del que no se olvidarían en su vida. Los seis meses dispuestos para su funcionamiento podían pasar muy rápido si no eran creativos y ejecutivos. El inicio fue dantesco: el Ministerio del Interior había enviado profesionales supuestamente capacitados para la toma de denuncias. Sin embargo, a la mayoría les temblaron las piernas al escuchar los primeros testimonios y renunciaron. Otros les preguntaron a los padres si sus hijos eran subversivos, lo que provocó mucho malestar. A su vez, los medios de comunicación competían por el titular más truculento ante la exhumación de cadáveres descubiertos en fosas comunes. Los servicios de inteligencia aprovechaban el desconcierto para infiltrar a denunciantes falsos. Los Notables estaban agobiados. Debían dar un golpe de timón urgente.

"Hay que llamarla a Graciela"

Graciela no estaba en los cálculos iniciales de Alfonsín; pero, tras asumir como secretaria de recepción de denuncias, fue quien destrabó una de sus principales apuestas presidenciales. Fue ella quien fijó la metodología de trabajo y logró la anuencia imprescindible de los organismos.

Sin embargo, su nombramiento no fue sencillo. Su figura generaba suspicacias entre los funcionarios del ala dura del gobierno, ya que conocían su desacuerdo con la autodepuración de las Fuerzas Armadas.

En entrevista para este libro, Ruiz Guiñazú cuenta que fue monseñor Jaime de Nevares quien le dijo: "Hay que llamarla a Graciela Fernández Meijide. Ella solita organizó todo el archivo de la APDH".

Así fue que se lo plantearon al resto de los Notables, quienes aceptaron. Confiaban en que, además de su capacidad de trabajo, convencería a los organismos para que presentasen su documentación, aportaran personal capacitado y estimularan a más familiares a declarar. Ahora había que convencerla.

Ese 26 de diciembre, De Nevares la llamó y le pidió reunirse al día siguiente, a su regreso de Neuquén. Graciela lo pasó a buscar por Aeroparque. Ya en el auto, el obispo le confió que si continuaban de ese modo no podrían avanzar y que, por ese motivo, le pedía que se sumara como secretaria de recepción de denuncias. Como un resorte, ella le respondió que no. Sentía que estaba traicionando a sus compañeros, quienes, como ella, seguían creyendo que la bicameral era la mejor opción. De Nevares insistió hasta que ella le pidió dos días para pensar. Lloró durante cuarenta y ocho horas seguidas hasta que definió en términos de posibilidades: entendió que no habría bicameral, que lo único que estaba planteado era esa comisión y que, entonces, habría que hacer lo mejor que se pudiera.

Al día siguiente, informó su decisión al secretariado de la APDH, donde escuchó algunas quejas. Les aclaró que no había marcha atrás y que se incorporaría a título personal, aunque esperaba su acompañamiento. El 29 de diciembre se sumó al conjunto de secretarios de la Conadep, que ya venían trabajando: Daniel Salvador, en Documentación; Leopoldo Silgueira, en el área Administrativa; Alberto Mansur, en Asuntos Legales, y Raúl Aragón, en Procedimientos.

Su lazo con los organismos fue decisivo. Rabossi, uno de los hombres nombrados por el ministro Tróccoli, señalaba en una entrevista para el Archivo de Historia Oral, del Instituto Gino

Germani: “Los organismos entendieron que el gobierno les daba un lugar que debían ocupar. Nosotros, sin su ayuda, sus archivos y su personal, no podíamos hacer nada. Graciela Fernández Meijide fue decisiva a la hora de volcar a la APDH a colaborar. El resto de los organismos se plegó, sobre todo, cuando fue designada como secretaria, porque, para ellos, era un reaseguro de que las denuncias se recibirían”.

En entrevistas realizadas en 2006 para *La historia íntima…*, Salvador y Mansur resaltaban el rol de Graciela frente a los organismos. Salvador comentaba: “Se necesitaba lograr la credibilidad de los organismos y ella fue determinante para convencerlos de que la comisión no era un apéndice del gobierno. A partir de allí, tuvimos un empuje muy importante”. En tanto, Mansur interpretaba su ingreso como “un pequeño gran éxito” involuntario de Alfonsín, porque “le dio un respiro con los organismos”. “Si no —sentenciaba—, la comisión hubiese fracasado”.

Para aceptar, ella había puesto dos condiciones: la primera era participar de todas las reuniones plenarias de la comisión, con voz, aunque sin voto, para poder influir en la toma de decisiones. Quería ir a fondo y, para eso, buscó distintos apoyos. Ocurre que dentro de la comisión se dio un delicado equilibrio: estaban quienes seguían la línea oficial de moderación, dada la frágil correlación de fuerzas con los militares; quienes estaban dispuestos a avanzar sin limitaciones; y quienes oscilaban de acuerdo con las circunstancias.

En el primer grupo, se apuntaba, además de Rabossi, el médico René Favaloro, quien, sin embargo, al cumplirse los seis meses del plazo inicial, renunciaría. En el segundo, estaba el rabino Marshall Meyer, a quien Klimovsky, en una entrevista con este autor en 2006, recordaba como “un tipo macanudo, pero de los más exaltados”. En el tercero, el resto de los miembros: Gattinoni, Colombres, Ruiz Guiñazú, De Nevares, Sabato, Hilario Fernández Long y Klimovsky.

Graciela necesitaba convencer a este último grupo.

“Ella era muy vigilante de lo que se hacía y se peleaba mucho con nosotros porque éramos un organismo algo cauto —admitía Klimovsky a este autor—. Es que el gobierno constitucional recién comenzaba,

había militares por todas partes y podíamos terminar mal si hacíamos alguna imprudencia. Pero ella nos empujaba mucho. En algunos casos fue muy bueno y en otros no seguimos su criterio".

Con su inercia, arrastró a los secretarios. También a los diputados López y Piucill, quienes sufrieron fuertes reproches de sus correligionarios.

Storani, resalta: "Ella fue la hacedora de gran parte de las cosas que se hicieron en la Conadep. Lo sé por mis amigos diputados que me informaban lo que sucedía, especialmente, Chiche López y Piucill".

También Horacio Ravenna ratificaba en la entrevista que le realicé para *La historia íntima...*: "Algunos amigos dentro de la Conadep me contaban el rol que tenía, por un lado, la gente allegada a Tróccoli y, por el otro, la gente de los organismos. Graciela era secretaria, es decir, no decidía, pero sí se hablaba de ella como una de las que más buscaba profundizar. En el gobierno, se sabía que ella tenía mucho empuje".

Pero no estaba sola: entre sus colaboradores, la acompañaba Noemí Fiorito de Labrune, amiga y mano derecha en la APDH, a quien Graciela le advirtió que varias personas querrían ponerles palos en la rueda y que debería ser dura con ella si notaba que cedía a las presiones.

La "D" de desaparecidos

La segunda condición para asumir había sido rearmar el equipo de recepción de denuncias, según su criterio. Para eso, se comunicó con la APDH, el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos, la Liga Argentina y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), que aportaron sus mejores cuadros. Madres, Abuelas y Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas se negaron, aunque después varios de sus miembros se incorporaron a título personal. También invitó a las juventudes de los partidos políticos, en una jugada de corte político, ya que, además de sumar eficacia, aplacaría eventuales críticas.

En los primeros encuentros, explicó la dinámica: el formulario que deberían llenar, el modo en que deberían preguntar, cómo responder ante determinadas situaciones. Varios de aquellos entonces jóvenes recuerdan que Graciela les advirtió que, a partir de ese momento, quedarían marcados a fuego con una D, de desaparecidos. Además, relatan que el clima que se respiraba era, en muchas ocasiones, de extrema tensión. Graciela entonces los apuntalaba, los contenía, con temple y cariño. Por eso, la reconocen como el combustible necesario para que la Conadep no se detuviera e incrementase su marcha.

Fue tal el dramatismo que se aceptó la ayuda de un psicoanalista, que organizó reuniones grupales.

La angustia invadió también a los llamados Notables. “Estábamos tan acongojados por lo que escuchábamos que Sabato, a cada rato, se sacaba los anteojos y los limpiaba, posiblemente por las lágrimas, mientras repetía ‘qué horror, qué horror’”, remarca Ruiz Guiñazú, a la vez que agrega: “Por eso, aun sin conocernos, siempre reinó entre nosotros una atmósfera de retiro espiritual”.

Quienes conocían a Graciela sabían de su capacidad de trabajo. Algunas jornadas se quedó hasta las cuatro de la mañana, e incluso hubo noches en que decidió dormir allí. Otra de las jóvenes que formaban parte del equipo señala que, a diferencia de algunos Notables que iban solo a los plenarios del martes, a ella se la veía todos los días en la toma de denuncias, en procedimientos específicos o en cualquier pasillo del Centro Cultural resolviendo problemas.

Buscaba acelerar los tiempos, pero la premura en que fue organizada la comisión todo lo dificultaba.

Leopoldo Silgueira, secretario de Administración, era responsable de proveer todo lo necesario para que la Conadep funcionase. En 2006, recordaba: “Además de recibir denuncias, hacer procedimientos y llevar adelante causas legales, trataba de organizar lo que se me había asignado: conseguir máquinas, presupuesto, papeles, local, coches para hacer los procedimientos. Por eso, algunas veces me peleé con ella, porque me decía que estaba demasiado lento en conseguir las cosas. ¡Pero tenía que hacer magia!”.

A la avalancha de testimonios, se sumaron las operaciones de los

servicios de inteligencia, con mensajes anónimos sobre noticias falsas, que indicaban la posibilidad de que los desaparecidos estuvieran en tal o cual lugar. Graciela intercedió rápidamente para pedirles a sus compañeros que no se desgastaran.

"Hubo algunos procedimientos frustrantes como búsquedas de desaparecidos en el Paraná —explicaba Mansur, secretario de Asuntos Legales—. Todo el tiempo nos llegaba 'mercadería podrida' y trabajos de dispersión. Así fue que, tras unos días, Raúl Aragón, secretario de Procedimientos, entendió que lo que ella decía tenía visos de realidad".

Los anónimos finalizaron apenas se detuvieron los operativos de la comisión. En simultáneo, se presentaron de modo espontáneo varios sobrevivientes. Con muchos de ellos, inspeccionaron unos 50 campos de concentración. Cuando empezaban a testimoniar, algunos de ellos no sabían dónde habían permanecido. Por eso, Graciela señala que les pedían que intentasen recordar olores, texturas, sonidos. O, por ejemplo, si al llegar al lugar donde habían estado secuestrados habían subido o bajado escalones, si el vehículo que los llevaban se había desviado y hacia qué dirección, cuánto tiempo había demandado cubrir el recorrido, a qué otras personas habían visto o escuchado o si habían oído otros nombres, ya que la mayoría de ellos había permanecido con los ojos cubiertos.

Su "sistema de imán" y la visita al Pozo de Quilmes

El caudal de testimonios y documentación crecía día a día. Quedarían desbordados si no se los organizaba siguiendo un criterio. Graciela explica que el primer paso era definir el objeto de la investigación. En ese sentido, estaba convencida de que había que buscar a los secuestradores y no a los desaparecidos. Se actuó según su criterio, el mismo que implementó en la APDH: investigar por centro clandestino de detención que detectasen, cruzando las denuncias y las declaraciones de familiares y sobrevivientes.

El sistema de búsqueda, al que habían denominado de "imán",

funcionaba así: se tomaba un centro clandestino que actuaba como polo de atracción de tres tipos de datos, que se encolumnaban en otras tantas listas. En la primera de ellas se asentaban los nombres, sobrenombres y la descripción física de todas las personas que, en las denuncias, aparecían citadas como detenidas en el centro. La completaba el relato de las circunstancias en las que se las había dejado de ver: liberado/a, "trasladado/a". En la segunda se registraban apellidos, nombres y rango de los miembros de las Fuerzas Armadas y de seguridad que habían sido vistos en el lugar. En la tercera, bajo el título "descripción", volcaban cualquier detalle que permitiera identificar el lugar. El entrecruzamiento de estos datos posibilitó procesar hasta 140 denuncias diarias.

En forma paralela, cuando se identificaba un centro clandestino, se llamaba a algunos de sus sobrevivientes y que habían testimoniado ante la comisión, para que ayudaran a los miembros de la Conadep en su reconocimiento. "¡Pero había que entrar, eh!", advierte Graciela. Porque varios de los oficiales habían sido carceleros en esos centros clandestinos.

El primer "chupadero" al que ingresaron algunos de los miembros de la Conadep fue la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA).

Luego, en mayo de 1984, junto al diputado Chiche López y los testigos Rubén Shell y Alfredo Maly, Graciela inspeccionó una dependencia de la Brigada de Investigaciones de la Policía Bonaerense, en Quilmes, conocida como el Pozo de Quilmes o Chupadero Malvinas. Cuando llegaron, se encontró con un chalet amplio, de dos plantas. En el ingreso, los esperaba el oficial a cargo, que, frente a las primeras preguntas, se excusó de responder, al argumentar que había sido asignado allí hacía poco. Sin embargo, Graciela logró que los llevara a la planta alta, donde habían estado los calabozos y las celdas.

En su libro *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*, describe la sorpresa que significó para los sobrevivientes encontrar sus iniciales grabadas en la pared, apenas ocultas por una nueva chapucera pintada.

Inmediatamente, pedí que nos mostraran la casa vecina, por cuyo portón, según los testimonios, ingresaban los coches con los secuestrados y donde estaba, entre otras dependencias, el "quirófano", el lugar donde se aplicaban las torturas —explicaba—. Me respondieron que no había comunicación directa entre ambos inmuebles y que el otro estaba bajo jurisdicción de Logística. Sugerí que se llamara por teléfono a la autoridad competente para habilitar el ingreso. Y les dije que si no regresaríamos nuevamente al día siguiente con los medios, inclusive la televisión, que se agolpaban afuera.

En definitiva, llegó el oficial responsable y entramos. Al poner un pie adentro, los testigos se estremecieron con el chirrido del portón sobre los rieles y se lanzaron a recorrer todo el recinto hasta que se plantaron ante una pared ciega: ahí estaba la escalera por la que, tras la tortura, los arrastraban arriba hasta los calabozos. El oficial negó su existencia, pero el arquitecto Ocampo, que no dejaba de cotejar la construcción actual con los planos que los testigos le habían dictado, saltó una ventana de un patio interno, espió por una abertura y descubrió la escalera que habían dejado tabicada tras la pared y que el fotógrafo Enrique Shore registró. El oficial a cargo firmó sin chistar el acta de comprobación del procedimiento y nos retiramos.

Psicópatas

Ella se mostraba impertérrita apenas pisaba el Centro Cultural cada mañana. Pero escuchar a los familiares y a los sobrevivientes era revivir un dolor conocido en cientos de rostros, de gestos, de palabras. Había días que llegaba a su casa tan impregnada de aquella atmósfera, una mezcla de olor a cigarrillo, a transpiración, a miedo, que hacía una torta para que hubiera aroma a vainilla o a naranja rallada.

En el libro *Graciela, esa mujer*, de Luis Pazos, su amiga y colaboradora Otilia Renou describía con admiración y dulzura aquellas fugas de su amiga: "Tenía una perrita que su hijo Martín

había encontrado en la calle. Era de lo más horrible. Pero la amaba tanto que hasta dormía con ella en la cama. Al verla, yo me preguntaba cómo era posible que una persona tan dura, tan luchadora, tan pragmática, sintiese tanta ternura".

Una de las jornadas que más templanza le demandó fue cuando acompañó al secretario de Procedimientos, Raúl Aragón, en la toma de testimonios a dos expolicías de la Bonaerense, de apellidos Vallejos y Valdés, quienes pedían declarar. Habían actuado juntos en un grupo de tareas. Luego, habían sido procesados por robo y encarcelados por la propia dictadura por distintos secuestros extorsivos.

En ese marco, Valdés detalló un allanamiento a un domicilio seguido de secuestro. Graciela conocía el caso, así como también a la familia de la persona desaparecida. Los datos que escuchaba coincidían con los que estaban en la primitiva denuncia.

Aquel hombre, que se jactaba de haber sido entrenado en la Escuela de Panamá para luchar contra el comunismo, se detuvo teatralmente en medio de una frase y mirándola fijo la interrogó: "¿Usted tiene un hijo desaparecido, no?". Como Graciela no le contestó, chasqueó los dedos apuntándole y siguió: "Desapareció... desapareció, ¿cuándo, en qué fecha?". Inexpresiva, siguió sin responder. Sabía que estaba ante un psicópata que pretendía recuperar el control de la situación ejerciendo sobre ella el poder que le daba saber algo sobre Pablo.

Estábamos sentados frente a frente con el escritorio de por medio y la tensión entre los dos aumentaba con cada segundo de silencio —relata Graciela—. "¿Qué trámites hizo? Seguro que pidió por él y por eso lo mataron". El miserable intentaba que me sintiera culpable de la muerte de Pablo y yo sentía cómo el odio me iba subiendo a la garganta. Apenas abrió la boca para descargarme la próxima pregunta, le clavé la mirada: "No se equivoque, usted ahora está del otro lado, los que preguntamos somos nosotros. Si quiere decir algo, hágalo ya", le ordené. Balbuceó, se enredó en promesas de tratar de averiguar algo sobre Pablo para decírmelo la próxima vez. Era patético y estaba agotada así que firmé su deposición y me fui estremecida porque, aunque en circunstancias

totalmente diferentes, había revivido la escena del allanamiento a nuestra casa. Sola en mi oficina lloré un largo rato antes de poder seguir con mi rutina.

El histórico documental en Canal 13

Tras lograr tres meses más de plazo para su funcionamiento, la Conadep decidió grabar un programa de televisión con los avances difundidos. Buscaba que la denuncia de la violación de los derechos humanos ocurrida en el país llegase a todos los hogares. El nombre sería *Nunca más,* como quedaría inmortalizado en el informe final.

La fecha elegida para su grabación fue el sábado 30 de junio de 1984. Esa tarde Graciela partió junto a Enrique hacia los estudios de Canal 13 en Constitución. Dispuestas en dos hileras, ocho sillas, sobre un fondo azul, esperaban a sus ocupantes, familiares y exdetenidos que darían su testimonio.

Acción. Con su pelo blanco y largo que le caía por detrás del saco y una tupida barba del mismo color, Enrique fue el primero en hablar. Detalló el secuestro de Pablo en el dúplex de Virrey del Pino. En el estudio, el silencio era total. Calificó de "facinerosos" a los secuestradores y, sobre el final, interpeló a la audiencia: "Quiero ayudar a que esto no vuelva a ocurrir. Yo sé del dolor de buscar a un hijo, de no saber dónde está: en realidad, de no saber si está. Y no quiero que eso que hicieron con mi hijo lo hagan con los hijos de mis amigos o con los amigos de mi hijo. Creo que no puedo hablar más".

Su mirada cayó hacia el suelo, tomó su rostro con la mano izquierda y se quedó replegado hacia uno de sus costados, hasta que las luces se bajaron y quedó en penumbras. Llegó a verse cómo su compañero de al lado le apoyaba la mano sobre su hombro. Al mismo tiempo, Graciela escuchó unos sollozos detrás. Al darse vuelta, vio a Hilario Fernández Long, quien siempre se había mostrado medido, llorando contra un bastidor. Ella se acercó; se abrazaron.

Al finalizar los relatos sucedió algo fuera de los planes: Enrique había avisado que, tras su testimonio, debía partir con urgencia a

Rosario. Por eso, se había levantado y dejado su silla vacía. Como la directora no ordenó nada en contrario, los siguientes hicieron lo mismo: declararon, se levantaron y se fueron. Así, la imagen final encontró a Isabel Chorobik de Mariani y a Estela de Carlotto, madres de desaparecidos, entre seis sillas vacías. Un impacto simbólico demoledor.

Alfonsín lo vio en silencio al día siguiente. Era duro, muy duro. Le informaron que estaba previsto que saliera al aire el miércoles 4 de julio, a las 22, en el programa "Televisión abierta", de Canal 13. Un horario central; sin dudas, lo vería mucha gente. Durante esos tres días, el presidente caviló entre prohibirlo y permitir su emisión. Un asesor tanteó a Sabato. La respuesta del escritor fue contundente: si se suprimía aunque fuese una parte, él renunciaría a la presidencia de la comisión, un costo político letal para Alfonsín. Sin embargo, la tensión con los militares se agravaba.

El 4 de julio llegó. Reunido con sus colaboradores más cercanos, el presidente logró un equilibrio: el programa saldría al aire, aunque con una introducción del ministro del Interior Tróccoli. Sabato aceptó. Ya por la noche, en el living de su casa, Graciela, Enrique y sus hijos, sentados en un sillón frente a la tele, se hicieron uno. Prendieron el aparato como seguramente lo estaban haciendo en miles de hogares. Escucharon a Tróccoli, quien contextualizó los sucesos y condenó tanto al terrorismo de Estado como al de las organizaciones guerrilleras. De ese modo, le daba carnadura a la denominada "Teoría de los dos demonios".

Cuando estaba por finalizar, sonó el teléfono. "No, no puede atender. Está ocupada", respondió Martín a su interlocutor. "¿Quién era?", le preguntó su madre. "No sé, preguntaron por vos, nombraron a un tal Larrabure y cortaron; no entendí". El coronel Argentino del Valle Larrabure había sido secuestrado por el Ejército Revolucionario del Pueblo el 11 de agosto de 1974 y apareció muerto tras un cautiverio de 372 días...

Pero no había vuelta atrás: a esa altura, el documental ya había sido visto por 1.640.000 personas, récord absoluto de encendido hasta entonces.

Varios miembros de la Conadep viajaron al exterior para entrevistar a sobrevivientes exiliados. A Graciela y al diputado radical Piucill les tocó partir el 20 de julio de 1984 hacia Madrid. Entre las decenas de testigos, se toparon con Juan Carlos *Cacho* Scarpatti, ex oficial mayor de Montoneros y sobreviviente de Campo de Mayo, donde había estado desde fines de abril de 1977.

Scarpatti relataba los sucesos cuando, en un momento dado, Graciela extendió sobre la mesa varias fotos de desaparecidos que presuntamente habían permanecido allí. El hombre se concentró en los rostros hasta que indicó la cara de una chica: era Sara Elba Grande. Le parecía haberla visto en El Campito, una de las edificaciones del predio, donde alojaban a secuestrados. Luego, reconoció otro rostro hasta que apoyó su dedo en una tercera foto. Era un primer plano de Pablo. Graciela se quedó petrificada. El tiempo se hizo eterno hasta que Piucill no soportó la tensión y ordenó: "Dígale a la señora todo lo que sabe. El de la foto es su hijo".

Scarpatti nadó en un mar de recuerdos incompletos. Le pidió disculpas, pero le dijo que durante los primeros días había agonizado en uno de los galpones de Campo de Mayo, en un estado semiinconsciente. Sin embargo, creía que aquel joven se le había acercado en algunas ocasiones y que, además, tenía la noción de que había un grupo de gente muy joven de ese lado del galpón donde estaban; que, incluso cuando las guardias eran buenas, a veces se los oía reír. Graciela le preguntó si sabía qué había pasado con aquel chico, si había logrado inferir la gravedad de la situación. Le respondió que tenía la impresión de que no. Scarpatti firmó su declaración y se ofreció a viajar a Buenos Aires como testigo si así lo precisaban. Se despidieron. Graciela, pese a su angustia, continuó con los testimonios que le restaban tomar.

Ya por la noche, mientras cenaban, le confesó a Piucill que le gustaría creerle a Scarpatti, pero que el sentido común le indicaba que era muy difícil que hubieran mantenido siete meses con vida a Pablo, María, Leonora y Eduardo. A lo sumo eran "perejiles", sin ninguna

incidencia ni información relevante, de los que Inteligencia del Ejército no podía extraer ningún dato valioso para detener e interrogar a miembros de un ERP que ya estaba aniquilado.

La incertidumbre sobre las últimas horas de sus seres queridos será una de las heridas que los familiares nunca terminarán de cerrar.

La redacción final y la entrega del informe

La opinión pública había quedado sensibilizada tras el documental. Muchas personas que tiempo atrás habían mirado de reojo a los familiares ahora reclamaban verdad y justicia. La recta final para la redacción y entrega del informe final quedaba allanada. Su organización surgió de la propia metodología de la investigación. Cada uno de los capítulos fue encomendado a los Notables, los secretarios, los diputados e incluso a algunos de los colaboradores que más se habían destacado. De ese esquema inicial nació el índice que Graciela preparó, junto a Noemí Labrune, tomando como base el informe que habían elaborado para la CIDH en 1979. Por otra parte, aceptó, junto con Mansur, Rabossi y Gattinoni, la coordinación general del trabajo. Según Rabossi, "Graciela y Tito Mansur jugaron una parte importante en la organización del material. Así, a marcha forzada, se fue componiendo el informe. La verdad es que hasta el día de hoy no sé cómo salió adelante".

En su capítulo, Graciela precisó dónde y de qué modo había funcionado cada centro clandestino, cómo habían sido tratados los detenidos (qué comían, cómo era su estado sanitario, cuáles eran sus rutinas, entre otros puntos), cómo habían sido torturados. Registró también la descripción edilicia, los planos verificados en los procedimientos y las fotografías obtenidas. En términos generales, habían consensuado que los capítulos debían ser escritos con un lenguaje austero, sin adjetivar ni interpretar, tal como había recomendado el propio Sabato. La edición final del documento correspondió a Gerardo Taratuto, abogado, dramaturgo y miembro de la secretaría de Asuntos Legales, bajo la supervisión del escritor.

Taratuto cumplió de tal modo las expectativas que, de acuerdo con lo asegurado por varios miembros de la Conadep en *La historia política del Nunca más*, se le confirió el privilegio de escribir el famoso prólogo, aunque, quizás por modestia, lo negase.

El proceso de producción sufrió tropezones, como la desaparición en dos oportunidades del informe de la represión en Mar del Plata por obra, una vez más, de infiltrados, por lo que tuvieron que rehacerlo a contra reloj. No era el único incidente que habían sufrido. Magdalena Ruiz Guiñazú aún recuerda "las 'visitas nocturnas' de los servicios que lograban entrar al Centro Cultural, donde revolvían carpetas y dejaban abiertos los cajones a propósito para que supiéramos que habían estado allí. Sentíamos que era un tercer ojo silencioso que nos vigilaba a todos".

Graciela remarca que entre la Conadep y la sociedad se estableció un diálogo de mucha confianza y apoyo y que, por ese motivo, pudieron ser menos lábiles a los ataques.

La noche anterior a la entrega decidió quedarse a dormir en el Centro Cultural, junto a otros colaboradores, para custodiar el material. Se sentó a un escritorio y se dejó vencer por el sueño abrazada a esa pila de hojas que ya era el *Nunca más*.

Al despertarse, se sintió agotada, pero con tanta adrenalina que el cansancio quedó atrás. Era el 20 de septiembre de 1984. Terminaron de fotocopiar y encarpetar todo el material mientras los Ford Falcon que los trasladarían hasta la Casa Rosada permanecían estacionados en la calle con los motores encendidos. En medio del frenesí, apenas si logró correr hasta el baño para higienizarse y cambiarse de ropa. Luego, partió rauda al acto con Alfonsín.

Después de atravesar el vallado, accedió al edificio de Balcarce 50. Se quedó en la puerta, junto al resto de los miembros de la Conadep, aguardando a Sabato. Adentro, ya los esperaba el presidente.

Los minutos pasaban y Sabato no llegaba. ¿Por qué la demora si solía ser puntual? ¿Acaso las amenazas que habían recibido iban en serio? Los malos pensamientos se esfumaron cuando lo vieron descender de otro Falcon: cientos de personas que caminaban hacia la plaza lo habían reconocido y se habían abalanzado hacia el coche, por

lo cual, debieron disminuir su marcha.

Graciela presenció en primera fila un momento que quedaría grabado en la historia del país: fue el instante en que Sabato le entregó en mano a Alfonsín el *Nunca más*, en cuyas páginas, aún calientes, figuraban el nombre y apellido de 8961 personas desaparecidas y la existencia de 340 centros clandestinos de detención, entre otros datos, que terminaron siendo pruebas inobjetables en el posterior Juicio a las Juntas. El presidente agradeció uno por uno a los miembros de la comisión.

Tras el acto, ella cruzó hasta la Plaza de Mayo del brazo de De Nevares, Colombres y Aragón. Los esperaban más de 70.000 personas, entre ellas, su familia y sus compañeros de militancia. Tembló; las lágrimas la invadieron: era un paso gigante en busca de verdad y justicia y el cierre del aporte público más importante de su vida.

Dos acontecimientos conmovedores

El último tramo de 1984 la encontró exhausta. En varias ocasiones había permanecido sin dormir más de veinticuatro horas seguidas en el Centro Cultural San Martín. Aún conserva un diario de aquella época, donde aparece una foto en la que dice no reconocerse: “Estaba flaca, escuálida, con unas ojeras enormes, el pelo corto, negro, aunque estaba muy contenta porque había logrado lo que me había jurado”.

A comienzos del año, dos hechos familiares, de fuerte contraste, la habían conmocionado: el casamiento de su hija, el 7 de marzo, y la muerte de su madre, poco más de dos semanas después.

María Alejandra, su pequeña, había crecido de golpe. Graciela se enteró muy poco tiempo antes de su casamiento. Hubiera querido ayudarla con los preparativos, acompañarla en lo que necesitara, pero apenas si llegó a comprarse un vestido para la boda.

La alegría mutó en profunda tristeza cuando, paradojas del destino, el 24 de marzo falleció su madre. Mecha había sido muy exigente. Graciela cuenta que al principio era grande el deslumbramiento que tenía con ella, pero que cuando creció empezó a rebelarse. “Ahí

comenzaron las peleas: ella me quería dominar y yo pateaba para cualquier lado. Me dejaban salir hasta las 21 y yo esperaba hasta las 21.15 en la esquina solo para molestarla. Me decía que no me pintara y yo me llevaba el lápiz de labio y me pintarrajeaba afuera de casa".

Recién cuando fue madre pudo comprender muchos aspectos de su vida y de la de su mamá. En una carta a Enrique, desde Canadá, en 1978, escribió: "La vieja es la vieja. No sé si necesito decirte cuánto la quiero. Cuánto me doy cuenta de que la quiero. Y, además, soy consciente de que no se lo dije bastante y de cuánto necesita que se lo digan".

A noviembre de 1984 llegó a duras penas, por eso, decidió tomarse los primeros días de descanso en nueve años. Aprovechó un congreso sobre derechos humanos al que había sido invitada en Zaragoza para recalar después en Madrid. Meses atrás, cuando estuvo por el trabajo en la Conadep, solo había podido sacar algunas diapositivas mentales de la ciudad. Esta vez la disfrutó, pese al frío y la lluvia.

Mientras caminaba una mañana por El Rastro, el tradicional mercado de artesanos de la capital española, en busca de unas cuerdas de guitarra para su hijo Martín, decidió llamar a Susana, una amiga de la infancia, que vivía en Tenerife. Susana le dijo que fuera cuanto antes. Fue a una tienda de El Corte Inglés, compró un vestido de verano, una malla, unas sandalias y partió rumbo al aeropuerto de Barajas.

Juntas, recorrieron Lanzarote, una isla volcánica de playas negras, sin un árbol en pie, que la deslumbró. También fueron al parque natural Los Volcanes, con cuevas de rocas calientes, donde la gente preparaba asados sobre parrillas que apoyaban directamente sobre las piedras. Ese día pasearon en camello por las laderas de los volcanes. Graciela guarda los mejores recuerdos de esos días, en los que volvió a tomar sol como no lo había hecho desde 1976.

Sin embargo, la estadía fue solo un recreo, porque ya se asomaba otra posta difícil: el denominado Juicio a las Juntas Militares.

El Juicio a las Juntas

Un cruce de temporalidades la atravesaba desde la desaparición de Pablo. Ocho años interminables de búsqueda, primero; de aceptar su muerte, después. Por otro lado, el tiempo mayor de la política se había precipitado luego de Malvinas. Para ella, tras su paso por la Conadep, ambas temporalidades se fundieron para siempre: fue su pasaje definitivo a la escena pública.

El 22 de abril de 1985 se inició el juicio oral y público a las tres primeras Juntas Militares. Allí estaban Jorge Videla, Emilio Massera y Orlando Agosti (primera Junta Militar); Roberto Viola, Armando Lambruschini y Omar Graffigna (segunda) y Leopoldo Galtieri, Jorge Anaya y Basilio Lami Dozo (tercera). Por su parte, el jurado estuvo compuesto por Jorge Torlasco, Ricardo Gil Lavedra, León Arslanian, Jorge Valerga Aráoz, Guillermo Ledesma y Andrés D'Alessio.

Se trataba de la primera vez en la historia mundial que un grupo de dictadores comparecería ante tribunales de su propio país. Ni en los días más esperanzados, Graciela había soñado con esta instancia.

Como el *Nunca más* había dejado en carne viva a los argentinos, se decidió que las transmisiones de televisión de las jornadas fuesen sin sonido para evitar que los testimonios exacerbaran el estado de conmoción. El 30 de mayo fue el turno de Graciela, Enrique y sus hijos. Almorzaron y salieron juntos hacia la zona de Tribunales. La audiencia comenzó a las 15.27, con el testimonio de Enrique, quien describió la noche del secuestro. Luego ella amplió la información. En un momento dado, esa mujer que parecía tener siempre el control de las situaciones se permitió soltar su dolor. "Si quiere interrumpir…", le ofrecieron. "No, ya va. Perdóneme", le pidió al juez Torlasco, quien presidía la sesión. Una vez más, se rearmó y siguió adelante.

Los testimonios se sucedieron, entre ellos, los de Claudio Waintrub y Eduardo Piñeiro, los amigos de Pablo que habían estado aquella noche. Las palabras de Claudio, ya entonces de 27 años, la enternecieron. Contó que se quedaban mucho en su casa porque se sentían muy bien allí. Que con Pablo estudiaban durante la semana y que los fines de semana salían, sacaban fotografías, jugaban, criaban peces de colores, escuchaban música. Por último, cuando le preguntaron si Pablo militaba en alguna agrupación estudiantil ligada

a la guerrilla, respondió: “Cuando uno es tan amigo, que es más que si fuera hermano, sabe todo del otro, y nosotros sabíamos que Pablo no militaba”.

Durante esos casi ocho meses que duró el proceso, el Tribunal analizó 280 casos y escuchó las declaraciones de 833 personas. Del 11 al 18 de septiembre comenzó la recta final, con el estudio de las pruebas y el pedido de condenas por parte de Strassera.

Ese miércoles 18, en la Sala de Audiencias, con sus enormes *vitraux* y sus bancos de catedral, Graciela se sentó en una de las gradas para seguir el alegato final de Strassera. El fiscal, acompañado por Luis Moreno Ocampo, hilvanó un discurso, de forma y contenido que quedaría en la historia:

> A partir de este juicio y de la condena que propugno, nos cabe la responsabilidad de fundar una paz basada, no en el olvido, sino en la memoria; no en la violencia sino en la justicia. Esta es nuestra oportunidad: quizá sea la última (...). Señores jueces: quiero renunciar expresamente a toda pretensión de originalidad para cerrar esta requisitoria. Quiero utilizar una frase que no me pertenece, porque pertenece ya a todo el pueblo argentino. Señores jueces: *Nunca más*.

El auditorio explotó en aplausos y lágrimas. También hubo insultos contra los acusados. Videla, desafiante, recorría con su mirada las gradas. “¡Silencio en la sala!”, exclamó Arslanian, a cargo de la audiencia. Pero su orden se perdió en el océano estridente. “¡Personal policial, desaloje la sala!”, vociferó una vez más. Graciela no salía de su emoción.

El 9 de diciembre de 1985, Arslanian leyó las históricas sentencias: reclusión perpetua para Videla y prisión perpetua para Massera. Viola fue condenado a diecisiete años; Lambruschini, a ocho años, y Agosti, a cuatro años y medio. Graffigna, Galtieri, Anaya y Lami Dozo, absueltos.

Graciela destaca a la Conadep y al Juicio a las Juntas como dos escalones fundantes de la nueva democracia iniciada en el 83, a la vez

que pondera la figura de Alfonsín por el coraje de plantar la visión de la democracia desde el respeto por los derechos humanos denunciando el mayor ataque a ellos como lo fue el terrorismo de Estado.

CAPÍTULO 6

Su salto a la política

Las denominadas leyes de Punto Final y Obediencia Debida, impulsadas por Alfonsín, resultaron para los organismos la antítesis de la Conadep y el Juicio. Como una de sus máximas referentes, Graciela caminó los pasillos de los canales de televisión para influir en contra de aquellas iniciativas. Incluso llegó a aceptar la invitación a "Tiempo nuevo", el programa conducido por Bernardo Neustadt, que medía cifras de audiencia astronómicas para finales de los 80. Siempre le había dicho que no y de mal modo, porque, asegura Graciela, había estado a favor de la dictadura. Pero si quería convencer a mucha gente, no podía ir solo a programas complacientes a hablarles a los ya convencidos.

Sin embargo, Alfonsín se mantuvo firme en su decisión. Fue un impacto fuerte, sobre todo, cuando el fiscal Strassera, presionado, dictaminó a favor de la medida y renunció. Lázara recordaba en *Compasión con poder* cómo le impactó esa decisión a Graciela: "Estábamos en la Asamblea y se puso muy mal porque era una derrota moral. Fue el momento en que la vi más débil, desprotegida y angustiada y eso que tiene una gran fortaleza personal. La primera vez que la vi llorar. Lo hizo sobre mi hombro unos minutos".

Graciela y Enrique apelaron la inconstitucionalidad de la ley ante la Corte Suprema. Pero el máximo tribunal falló a favor. Entonces, asegura que sintió que se acababa el camino de la Justicia, que había llegado hasta donde había podido porque habían quedado cortados los caminos. Confiesa que estuvo muy enojada con Alfonsín. Solo mucho después, pudo distinguir que se había manejado desde la responsabilidad, porque había defendido la democracia por sobre sus creencias personales.

Si su militancia inicial en la defensa de los derechos humanos apuntaba a lograr verdad y justicia para su hijo y para todas las víctimas del terrorismo de Estado, ¿por qué no se apartó satisfecha después del Juicio a las Juntas? Tras decidir continuar, ¿por qué no se retiró cuando la Corte le dio la espalda?

"Vos nunca planificás un camino, sino que te lanzás a andar hasta que al final te das cuenta de que habías hecho todo para llegar hasta allí". Esa fue la frase que le dijo un psicoanalista al cerrar una sesión. Es que, pese a que su reclamo original seguía siendo su principal combustible, sus intereses se habían ampliado al campo social, sobre todo, en un final de década en el que la hiperinflación acrecentaba la fábrica de pobres.[1] Entendió que el cambio debía ser estructural y que solo podía hacerse desde la política. Pero había más.

Así lo explica ella misma, en el prólogo de su libro *La ilusión*: "Si bien el secuestro de mi hijo fue el motivo desencadenante de mi ingreso en la política, no es suficiente para explicarlo en su totalidad. Sin duda, había algo más en mí que me llevó a ocupar con el tiempo situaciones de liderazgo ante la opinión pública. Me impulsaban sentimientos de justicia y solidaridad, pero también inevitables vanidades: el deseo de destacarme, de administrar alguna forma del poder aunque esta no fuera más que mi propia opinión".

Sabía que estaba ante un nuevo y gran desafío. Pero su pasaje a la política partidaria distó de ser precipitado, porque, desde el fallo de la Corte en 1988 hasta su incorporación a su primer partido, la Democracia Popular, transcurrieron más de dos años.

Hasta ese momento, en sus 58 años, nunca había aceptado cargo, ni candidatura alguna; tampoco se había afiliado a ningún partido. En 1983, había desistido de la propuesta de Conte Mac Donell para ser candidata a diputada por la Democracia Cristiana. También le había dicho que no a otras agrupaciones de izquierda. Luego, rehusó dos veces sumarse al gobierno de Alfonsín: primero, rechazó la propuesta de Ravenna para acompañarlo como asesora en la Cancillería, mientras que después la negativa se la llevó el entonces ministro del Interior, Enrique *Coti* Nosiglia, quien le había ofrecido integrarse al Consejo para la Consolidación de la Democracia.

Sin embargo, esta vez era diferente. Para esta nueva aventura contaba con un rasgo clave: liderazgo. ¿Se nace o se hace?

Su paso por la APDH la ayudó a forjar esa condición, aunque admite un componente innato. Para explicarlo, se asoma a una historia familiar: la de las mujeres de su familia.

Matriarcado

Graciela pone como ejemplo las historias de fortaleza y resiliencia de su bisabuela, su abuela y su madre, a quienes describe como "mujeres de pelo en pecho y mucha polenta", a las que se les iba la vida en decisiones diarias.

Para mediados del siglo XIX, en Barracas al Sur —hoy Avellaneda— la bisabuela, de apellido Elizaga, dirigía un almacén de ramos generales, una pulpería, donde ocurrieron anécdotas desopilantes que Graciela narra con una gran sonrisa.

Pedro, su abuelo, solía contarle que muchas veces los parroquianos se emborrachaban hasta ponerse irascibles. Buscar a la policía no era una opción, ya que nunca cruzaban de aquel lado del Riachuelo por temor. Por ese motivo, era la bisabuela de Graciela quien tenía que poner los límites. Cuando los muchachos manoteaban sus cuchillos, enviaba a su pequeño Pedro a que fuera por detrás del almacén para espantar sus caballos atados al palenque. Los borrachos salían a perseguirlos. Ella trancaba las puertas, mientras tiraba una perdigonada al aire con su trabuco. Al otro día, los parroquianos volvían a sus puestos.

Juana Macchellari, su abuela materna, es otra de las mujeres en la que se detiene. Después de enviudar, decidió criar sola a sus hijos. No quiso separarse de ninguno de ellos, pese al ofrecimiento de algunos familiares de su finado esposo para cuidarlos. Por eso, trabajaba noche y día: cosía, lavaba, planchaba. Pero no se conformó, sino que, tiempo después, realizó un curso de partera en la facultad. Con los años, se transformó en una de las más requeridas de Avellaneda, por lo que pudo comprar una casa y armar su consultorio. Graciela la recuerda

como el alma de las fiestas familiares, cantando y tocando la guitarra o haciendo disfraces de papel crepé para los más chicos. “Al mismo tiempo, tenía un carácter muy difícil. Y no me digas que es genético, porque me vas a hacer decir que sí”, dice entre risas.

En ese recorrido, le toca el turno a su madre, a quien describe como potente y tenaz, como cuando acompañó a su papá la vez que tuvo la septicemia. Graciela confiesa, además, que, desde chica, siempre la estimuló mucho para que fuera exitosa en todo lo que hiciera. “Entonces, por un lado, tenía la fantasía de esta abuela heroica, por el otro, la de mi bisabuela, ‘Pepita, la pistolera’, que corría a todos a trabucazos, y de una madre todopoderosa”, señala.

¿Y por el lado de los varones? Sus figuras aparecen borradas, “salvo la de mi viejo, con muchas ganas de vivir, con una capacidad de laburo infernal y muy consentidor, y la de Pedro, quien nos hacía adivinanzas y con el que discutía de historia argentina cuando era una adolescente”, evoca Graciela. Por eso, puntualiza: “Las mujeres son las que asoman con mucha fuerza. Me crie en un matriarcado, y siempre me ligué a estas historias a la hora de pensar quién y cómo soy”.

Sus amigas de la infancia son las primeras en destacar su voz de mando. Tita afirma que era muy segura de sí misma y que tenía una inteligencia polifacética. “Era alta para su edad, con una postura erguida que la hacía distinta. Además, era la rebelde de la familia y esa misma rebeldía la afianzó como líder. Tenía pasta de referente”, observa.

Quizás donde más relucía esa personalidad era en los juegos. La recuerdan como una gran deportista: hizo vóley, equitación y remo. Susana, otra de sus grandes amigas, apunta: “Estábamos con un grupo de amigos, en una isla del Tigre, y empezaba: ‘¿Y ahora qué hacemos?’. Ella decía a qué jugábamos y cómo se organizaba el juego. ‘¿Tienen ganas de remar, tienen ganas de no sé qué, tienen ganas de no sé cuánto?’. Esa fue siempre su energía”.

Graciela explica que, aunque participase de otro juego del que quería, lo hacía con tanta intensidad que lo terminaba liderando. “Es lo que se llama la prepotencia del trabajo”, confía. Si andaban en bicicleta, ella tenía que hacerlo más rápido y más lejos que nadie.

Luego, elige una comparación futbolera: “En el potrero, si al gordito cabrón que pone la pelota le va mal, la agarra, dice ‘esta pelota es mía’ y se va. Pero yo ni loca. Me enfrentaba a las situaciones con mucha inconsciencia e irresponsabilidad porque creía que todo lo podía. Luego, por suerte, me enseñaron que no era así”.

Siempre defendía a los suyos, primero a través de la palabra y, si no alcanzaba, de otros métodos. Como ocurrió en un partido de vóley en el colegio: una de las rivales saltó y golpeó con tanta fuerza la pelota que le dio de lleno a una de sus compañeras. No solo evitó disculparse, sino que se burló de su baja estatura. Todas miraron de reojo a Graciela, capitana del equipo; sabían lo que vendría. Sin embargo, lograron frenarla antes de que pasara del otro lado de la red.

En el libro *Graciela, esa mujer*, su hermana Mecha aportaba otra postal: “En el Normal 5 las alumnas votábamos para elegir a su propia adalid, que era una mezcla de referente y delegada. ¡Ella ganaba todas las elecciones! Recuerdo que llevaba una banda con una C. La querían sus compañeras y hasta la directora, Rosita Quiroga”.

En el barrio, en la escuela, en el club, asomaba la líder.

Desde mediados de 1988, los reagrupamientos en los partidos de cara a las elecciones del año entrante se aceleraron. Ella mantuvo charlas informales con algunos dirigentes con los que había trabado relación durante su paso por la Asamblea. Recuerda una reunión en la casa de Lázara, de pasado socialista y, en ese entonces, alfonsinista, en la que eran tan pocos que cabían en el living. Cuenta que Lázara quería armar un partido, pero que ni siquiera llegaron a ponerle nombre. Sin embargo, fue la primera vez que se reunió con personas que sabían de política.

Hasta que Carlos Auyero se cruzó en su vida. A mediados de ese año, el secretario general de la Democracia Cristiana había renunciado al cargo debido a la alianza que el sector opositor había sellado con el PJ para las presidenciales de 1989. Partió para crear una nueva fuerza de centroizquierda, transversal, en la que confluyeran dirigentes del radicalismo, del PJ, socialistas e intransigentes, contrarios al proyecto de Menem. A aquellas reuniones hizo invitar a Graciela. Pronto

vislumbró en ella todo lo necesario para convertirse en una referente política. A ella la propuesta de Auyero le pareció distinta de las que había escuchado. “Aunque también me interesaba la posibilidad de poner yo misma las reglas, ¿para qué nos vamos a engañar…?”, confiesa. Sin embargo, admite que jamás pensó que tendría el protagonismo que al final tuvo, sino que consideraba que ese rol sería, primero, para Auyero y, después, para Chacho.

Con el correr de los meses, el vínculo entre Graciela y Auyero se robusteció de tal modo que en 1990 lanzaron, junto a varios intelectuales, el partido Democracia Popular, en el que, reconoce, eran “cuatro gatos locos”.

Uno de los pensadores que decidieron salir de la comodidad para transformar la realidad desde la política partidaria fue Beatriz Sarlo. En una entrevista para este libro, en su estudio de Montserrat, Sarlo asegura que conocía el trabajo de Graciela en la Asamblea y en la Conadep. Y que, años después, intercambiaron algunas opiniones en el Club Socialista. Por otro lado, señala que Graciela y su pareja, Rafael Filipelli, se conocían hacía muchos años, ya que habían sido compañeros de psicodrama. Sin embargo, resalta que la primera vez que hablaron en clave de construcción política “fue en una reunión en un bolichito miserable que Auyero tenía cerca de la Facultad de Sociales, del que solo colgaba una bombita de luz. De ella, me sorprendió la solidez y la seguridad con la que habló. Pero, sobre todo, su gran cabeza política y su capacidad de liderazgo”.

Adiós a la APDH

Fue su segunda casa, la que la cobijó en los momentos más duros de su vida. Tras encabezar, desde el organismo, la lucha contra la dictadura, llegó su participación en la Conadep. Sin embargo, explica que, después del Juicio a las Juntas, ya veía más desdibujado su objetivo principal en la APDH, que era alcanzar justicia. Y que no le interesaba atornillarse a un cargo, que no se fijaba en cómo se iba conformando su estructura.

Su paso por la Asamblea le había dejado un sinnúmero de amistades, pero también su notoriedad había molestado a algunos miembros que estaban desde la fundación de la institución y que también querían oficiar como voceros ante los medios. Graciela siempre intentaba abrir el juego y les pasaba a los periodistas la lista con sus datos para que les consultaran. Sin embargo, su nombre ya estaba instalado.

Por otro lado, a esa altura ella manejaba una agenda robusta. Convocada por organizaciones, funcionarios y dirigentes políticos de América Latina, Estados Unidos y Europa, se trasladaba a diversos encuentros internacionales con total libertad de acción.

Asimismo, en la segunda parte de los 80, la APDH había establecido filiales en muchas provincias y pueblos del interior, por lo que viajó muchas veces para establecer relaciones institucionales, lo que le había permitido conocer a buena parte de la dirigencia política nacional.

Por eso, su salto a la política no fue inesperado: aun sin proponérselo, había abonado el terreno para que así sucediera.

Un amargo debut

Para mayo de 1991, Carlos *Chacho* Álvarez y el sindicalista Germán Abdala crearon el Movimiento por la Democracia y la Justicia Social (Modejuso), cuyo programa era complementario al de la Democracia Popular, de Auyero y Graciela. Sin embargo, la oposición al menemismo resultó el cemento más sólido entre ambos sectores.

Los tiempos para armar un frente común se acortaban, ya que en septiembre se celebrarían elecciones legislativas. Ella estaba encargada de entablar conversaciones con un socialismo dividido entre demócratas y populares. A las reuniones a veces se sumaba el sector del Partido Intransigente que no había cerrado con Menem.

Chacho siempre reconoció su rol en la construcción inicial. En su libro *Sin excusas,* sostiene: “La dupla Auyero y Graciela fue un aporte decisivo para consolidar un núcleo de racionalidad y sentido común

capaz de trascender las dificultades estructurales del universo político progresista. La militancia no partidaria de Graciela ya se insinuaba como un soplo de oxígeno para aquellos que veníamos de prácticas contaminadas por el internismo".

Las negociaciones fueron arduas y prolongadas, una característica que chocaba con el pragmatismo habitual de Graciela. Los discursos le resultaban interesantes, pero inconducentes. "Se hablaba del sexo de los ángeles", dice. Además, no entendía cómo, después de un supuesto avance, volvían a retroceder en discusiones que ya habían saldado. Se debía a la desconfianza entre los sectores, pero ella estaba convencida de que tenían que vencer las resistencias si querían llegar a la unidad. Por eso, salió de la impaciencia y comenzó a tejer puntos de encuentro. Sus años de psicoterapia con grupos le permitían percibir qué pasaba por debajo de lo evidente. Entonces, pedía la palabra, interpretaba y llegaba a una síntesis.

El acuerdo al final fue posible: la Democracia Popular, el Modejuso y el sector del PI disidente confluyeron en el Frente para la Democracia y la Justicia Social (Fredejuso). Ella fue elegida cabeza de la lista de diputados nacionales por Capital Federal, seguida por Eduardo Jozami.

La campaña fue artesanal, con solo un grupo de militantes traccionando para darle color y calor. Únicamente se hizo un afiche con los rostros de los candidatos. Graciela aún lo recuerda, pero por su fealdad. El resto fue caminar y caminar.

Una tarde de julio, con el sol cayendo sobre sus espaldas, fueron a pedir el voto a la tradicional Feria de Pájaros, detrás de la plaza Nueva Pompeya. Llegaron con algunos militantes, cientos de volantes y un megáfono aportado por los muchachos del PI. Los transeúntes pasaban frente a ellos, presurosos por dejar atrás un día arduo de trabajo. ¿De qué sirve todo esto?, se preguntó Graciela, en un lapso de abstracción mental. Jozami, en cambio, se mantenía estoico, a grito pelado, a través del cono de plástico. En un momento dado, varias personas se detuvieron, una detrás de la otra, paralelas al cordón de la calle. Ella comenzó a codear a Jozami, que, a esa altura, ya se jugaba la garganta. Minutos después un colectivo frenó, cargó a los votantes-

pasajeros y desapareció.

Otra tarde fueron con un grupo minúsculo a la avenida Corrientes. Llevaban apenas algunas banderas y volantes. De repente, pasaron los radicales en un camión con acoplado adornado y decenas de personas. Entre ellas, recuerda que estaba Jesús Rodríguez, que buscaba la reelección como diputado, quien la saludó con la mano, con cariño y sinceridad. “Yo, desde abajo, sentí que, literalmente, nos pasaban con un camión por encima”, se ríe.

Así sucedió: sacó apenas el 3% de los votos, la mitad de lo que precisaba para entrar. El Fredejuso solo colocó un concejal: un joven fiscal, a quien ella había convencido de su pase a la política, al pie de su cama, en la que se recuperaba de una hepatitis. Era Aníbal Ibarra.

Chacho-Graciela, una dupla que marcó los 90

Resulta imposible contar su paso por la política sin mencionar a Chacho, simplemente, porque juntos formaron una dupla memorable. Un peronista en la diáspora y una *outsider*, que pusieron patas arriba un sistema político bipartidista, al entusiasmar a miles de argentinos. Sarlo fue una de ellos: “Yo fui gracielista como nunca más volví a ser en ningún otro proyecto político. Gracielista y chachista. Porque pusimos en ellos todas nuestras esperanzas, con una gran intensidad. Estábamos colgados de ellos porque pensábamos que nos salvábamos, que esta vez, tras la dictadura, los muertos y los desaparecidos, sí se nos daría”.

Ambos saben las expectativas iniciales que generaron y la frustración desencadenada al final de esa historia, que arrasó incluso con su vínculo político y personal. Quizás sea por eso que en este libro no se contará con el testimonio de Chacho, quien se excusó de participar. La historia política de esta dupla, de todos modos, merece ser escrita.

En 1983, con 35 años, Chacho ya tenía un recorrido propio dentro del peronismo de la renovación. Profesor de Historia, desde joven deslumbró por su fino análisis político. Ya en el nuevo Congreso de la

democracia, fue una de las manos derechas del senador y presidente del peronismo Deolindo Bittel. Su pensamiento podía seguirse en forma paralela en *Unidos*, la revista que dirigió durante algún tiempo, un termómetro de los debates hacia adentro del partido.

Para 1988, Cafiero jugaba a ganador en la interna frente a Menem. Pero perdió en forma sorpresiva. El golpe fue grande. Muchos renovadores saltaron la verja y se colaron en las listas de diputados y senadores de 1989. Chacho fue uno de ellos. Sin embargo, un año después creó el Grupo de los Ocho.

Por historia, ¿podrían congeniar Graciela y Chacho?

Darío Alessandro, uno de los laderos de Chacho, explica: "Fue sencillo articularnos porque ella no tenía actitud gorila, para nada. Quizás hubo más conflictividad cuando se trataban algunas cuestiones del presente político, de cómo encararlo, que por una evaluación del peronismo. Porque él, aparte, estaba tratando de salir de la etiqueta peronista por convencimiento y porque también hacíamos política en la Ciudad, donde definirte como peronista no te hace ganar la elección".

En 1993, Chacho decidió cerrar sus dos últimos años en la Cámara Baja con alta exposición. En *La ilusión,* Graciela explicaba que iban juntos a cualquier protesta o conflicto, desde reclamos de presos en cárceles, como ocurrió en la vieja penitenciaría de la avenida Caseros, hasta demandas de exempleados estatales, despedidos tras la ola privatizadora del gobierno de Menem. En ese sentido, destaca la percepción de Chacho sobre la creciente importancia de los medios.

Poco a poco, comenzaron a ser los dos políticos opositores más requeridos por la prensa. "Eran atractivos porque decían cosas que nadie decía —explica Alessandro—; conectaban mucho con lo que la gente, sobre todo en la Capital y en las grandes ciudades, pensaba que estaba pasando con el menemismo y la corrupción. Además, ambos tenían un lenguaje distinto del del político medio. Salían del molde. Pero, ojo, también eran atractivos para el periodista que los entrevistaba porque le subían el *rating*. De Chacho les gustaba su *background* político-histórico. Y, con Graciela, porque decía lo que pensaba, con franqueza y claridad. Ella tocaba una fibra... Conectaba

muy bien con la gente".

El gobierno de Menem, pero también el radicalismo, con el que disputaron el mismo electorado, vieron con recelo sus progresivas apariciones. Los tildaron de "mediáticos", como a cada espacio político que parieron durante el resto de la década.

El peronismo, según Graciela

Cuando Perón llegó al poder, Graciela tenía 15 años. Por eso, sus opiniones se refuerzan en experiencias de primera mano. En esa línea, desmiente los artículos y comentarios que la consideran "antiperonista". Es que valora la integración que las clases populares lograron desde mediados de los 40. "En mi casa, mi madre, mi padre y algunos amigos sí eran antiperonistas. En realidad, mi padre lo era con matices; mi mamá, porque era apasionada y decía cualquier cosa; de hecho, a mí me acusaba de peronista, de defender a los pobres —dice —. Lo hacía porque yo sostenía que, en última instancia, los obreros tenían razón en sus reclamos. Tenían derecho a vivir mejor, a ser reconocidos".

Por otro lado, la pequeña Nenuca observaba que muchos de los obreros, a los cuales su padre cuidaba al punto de darles dinero para los medicamentos, eran peronistas. De hecho, sus amiguitos del barrio o de la escuela solían ser hijos de aquellos trabajadores.

Sin embargo, con el correr de los años, Graciela marcó fuertes matices con el pensamiento de Perón, como recordaba en *Derecho a la esperanza*: "Yo no me identificaba doctrinariamente con el peronismo porque presentía la levadura autoritaria que se desprendía de aquel discurso". Por ese motivo, repudiaba la persecución de opositores y el aleccionamiento de la sociedad desde la educación. Repasa una anécdota: en sus clases, hacia el final del segundo mandato de Perón, le exigían, por currícula, enseñar *La razón de mi vida* en francés. Ella no lo aceptaba. Solo una vez tradujo una frase del libro en el pizarrón; sus alumnos la copiaron en sus carpetas y dio por cerrado el asunto.

Pero el 16 de junio de 1955 su mirada empezó a cambiar. Ese día

pilotos de la Marina y de la Aeronáutica arrojaron toneladas de bombas sobre la Plaza de Mayo y sobre varios edificios públicos aledaños, desde aviones que llevaban escrita la leyenda “Cristo vence”. Graciela asegura que los bombardeos la atravesaron hasta las lágrimas y la rabia. Esa mañana no podía dejar de llorar. Todo eso le permitió entender mejor al peronismo, sobre todo, afirma, el de la resistencia.

Lo ocurrido esa jornada nadie se lo contó; lo vivió en persona. Aquella mañana, se había reservado el día para hacer un trámite en el Ministerio de Educación. Salió de su casa en Avellaneda y tomó el colectivo 75. Al llegar al Monumento al Trabajo, en el cruce de Paseo Colón e Independencia, el colectivo frenó de repente. Levantó la mirada y vio a decenas de personas que corrían de frente por el Bajo. De fondo, columnas de humo negro y espeso ascendían hacia el cielo. Intentó no perder la calma, mientras el chofer seguía adelante en forma lenta. A la altura del Ministerio de Guerra, el panorama se tornó escalofriante: autos carbonizados, un trolebús ardía a un costado, soldados que salían del edificio Libertador como hormigas despavoridas y, sobre todo, humo, mucho humo. Se bajó en Retiro y se sumó a los cientos de personas que se apiñaban junto a la Torre de los Ingleses. Los aviones continuaban volando rasantes. Decidió regresar. Logró llegar hasta plaza Constitución y, desde allí, cruzó el puente Avellaneda junto a miles de trabajadores, que horas atrás habían viajado a la Plaza a defender a Perón.

El presidente cayó exactamente tres meses después. Tomó el poder la Revolución Libertadora, con el general Eduardo Lonardi a la cabeza. Graciela lo lamentó. Aún le giraban en su cabeza aquellas fotos de la Plaza.

El 13 de junio de 1956 escuchó en la radio que el general Juan José Valle, quien se había levantado contra la Libertadora, había sido fusilado en la penitenciaría de la avenida Las Heras. “Me había parecido bien que se fuese Perón. Pero me acuerdo que le dije a Enrique: ‘Yo estoy mal... en algún lado estoy mal. Si son capaces de fusilar, vamos mal”, recuerda Graciela. Su indignación creció cuando supo de nuevos fusilamientos, inclusive de civiles, como los ocurridos

en los basurales de José León Suárez.

Sin ser peronista, su mirada se amplió durante los años siguientes hasta llegar a votar a Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima, la fórmula bendecida por el General, en marzo de 1973. Cuatro meses después, votó al propio Perón y a su esposa, María Estela *Isabelita* Martínez, al creer que era la única opción para frenar el choque entre la derecha peronista y Montoneros. Se sabe: fue solo una expresión de deseo.

Su llegada al Congreso

Habían pasado veinte años desde la última elección de Perón. Parecían siglos. Ahora, era Graciela quien comenzaba a escribir parte de la historia de la política.

Construir un espacio con Chacho y sus compañeros, atravesados por aquel pasado peronista, era un desafío distinto. En ese lote entraba también Pino Solanas, histórico cineasta de la resistencia peronista y ahora líder del Frente del Sur, con quien Chacho, en abril de 1993, selló la alianza Frente Grande, con los cargos por resolverse.

Las semanas transcurrían y la falta de definiciones entre los socios llegó a detener la campaña. Graciela volvió a fastidiarse; no podían dar esa ventaja frente al PJ o el radicalismo. Si bien estaba dispuesta a escuchar, a consensuar e incluso a ceder, no soportaba verse empantanada.

En una de esas tardes de cavilaciones, la llamó su amigo, el abogado Leandro Despouy, con quien se conocía desde los peores años de la dictadura y a quien ella había recomendado para ocupar un cargo en la Cancillería de Alfonsín. Estaba en Puerto Príncipe, Haití, junto al excanciller Dante Caputo, quien lideraba una misión auspiciada por las Naciones Unidas en aquella isla del Caribe eternamente castigada por catástrofes —naturales, pero también políticas—. Le ofreció sumarse a una fuerza civil de 300 funcionarios internacionalistas que ayudarían a fortalecer el experimento democrático. Por eso, exclamó frente a sus compañeros que estaba harta de los manoseos y que si no

encontraban una salida rápida, partiría a Haití. La jugada funcionó: la campaña se destrabó y ella quedó detrás de Chacho en la lista.

En las elecciones del 3 de octubre de 1993, Chacho y Graciela lograron un inesperado 13,6% en Capital frente al 32,5% del PJ y al 29,9% de la UCR.

Tras batallar para encontrar a Pablo y, después, para exigir verdad y justicia; tras arriesgar con su pase a la política, Graciela llegaba al Congreso de la Nación. Tenía 62 años. Una parábola inimaginable, salvo para Pirucha Della Busca, su amiga de la secundaria, quien, en la fiesta de egresadas, le escribió detrás de la foto grupal: "A la futura diputada de la Nación. Serás lo que debas ser o no serás nada".

Graciela le correspondía con este triunfo, apenas una señal de largada.

Carmen *La gallega* Blanco

Carmen Blanco fue otro de los regalos, en cuanto a amistades, que le dejó su paso por la Asamblea. Con La Gallega, como le decían, mantenía una relación especial. Miembro del Partido Comunista, no tenía ningún familiar afectado por la represión, pero participaba en la APDH con un compromiso ético que la llevaba incluso a arriesgar su vida.

Tenían la misma cantidad de hijos —dos varones y una mujer—, de edades similares. Augusto, uno de los hijos de Carmen, hoy psicólogo y amigo entrañable de Graciela, cuenta en una entrevista en un bar de cigarros de Palermo cómo la ayudó a desestructurar a su madre. "Mi vieja siempre hablaba sobre ella con mucha admiración —dice—. Apenas se conocieron, comenzó a ir a su casa y cuando volvía nos relataba cuestiones que nos dejaban sorprendidos. Por ejemplo, que los domingos, con su sufrimiento a cuestas, cocinaba para toda la semana, hacía porciones y las congelaba. Decía que era muy buena conversadora y que sus devoluciones eran siempre muy honestas y confrontativas, al punto de estremecerla".

Así sucedió cuando, en los 80, a Carmen le detectaron un cáncer de

mama. “Su carácter, ya de por sí áspero, se volvió aún peor —reconoce Augusto—. Por eso, Graciela una vez le dijo: ‘No hay quién te aguante. Si querés charlamos, vamos a tomar un café, venite a casa, pero estás muy irritable y debés cambiarlo; considerá empezar terapia’, le aconsejó. Y mi mamá, que la escuchaba, le hizo caso”.

A Carmen le extrajeron el tumor y siguió su vida. Sin embargo, tiempo después, una metástasis en la cadera la llevó a otra operación. En 1992, supo que perdería la batalla. Decidió viajar a España para morir cerca de sus hijos y de su exesposo, quienes la acompañaron hasta el final.

Falleció un día de 1993, cuando en la Argentina la campaña electoral estaba en un punto álgido, en el que los candidatos aprovechaban cada minuto para sacar ventaja. Graciela supo la noticia justo cuando daba un reportaje en una radio. Los colaboradores le hacían señas detrás del vidrio para salir rápido hacia el siguiente compromiso. Ella les pidió que la dejaran sola un instante y le solicitó al operador que le permitiera grabar un mensaje.

El casete viajó hasta Madrid. A Augusto se le llenan los ojos de lágrimas al recordar la voz grave y pausada, despegada del fondo silencioso, señalando quién había sido su madre. “Fue un gesto muy conmovedor de su parte, que nunca vamos a olvidar”, asegura Augusto.

Las reglas de la política

Su voto negativo a la reforma de la Constitución fue una de las primeras decisiones que tomó como diputada. Fue el 22 de diciembre, apenas doce días después de asumir, cuando se diferenció de la mayoría aplastante de 191 votos que avaló la iniciativa. Junto a Chacho, Alfredo Bravo y otros legisladores con los que conformarían el Frepaso sobresalieron por primera vez como una alternativa política.

Durante los seis años que se desempeñó como diputada y senadora nacional, Graciela funcionó como articuladora de voluntades políticas.

Sin embargo, tenía límites. Aquella noche del 22 de diciembre, dentro de esos 56 legisladores que le dijeron no a la reforma, se encontraba el coronel Aldo Rico, quien había llegado a la Cámara tras haber atentado contra el sistema democrático en los levantamientos carapintadas de 1987 y 1988. Fue una de las pocas iniciativas en la que coincidieron. Porque, luego, sus cruces terminaron, incluso, con una demanda judicial. A Graciela le costaba convivir con esos personajes.

El encuentro en los pasillos con el coronel José Ruiz Palacios la estremeció. Palacios había sido la mano derecha del ministro del Interior durante la dictadura, general Albano Harguindeguy. Fue luego gobernador de Chaco de 1981 a 1983 y, como Rico, creó su propio partido para camuflarse en democracia. Así escaló hasta el Congreso nacional. Era tal el desprecio que, una vez, al toparse en el ascensor de la Cámara, Ruiz Palacios le preguntó por qué se había negado a trabajar con él en una de las comisiones parlamentarias. Ella le recordó que había recibido, firmadas de su puño y letra, respuestas a sus *habeas corpus* pidiendo por el paradero de Pablo. Y que él ya sabía bien el contenido de esas respuestas.

Graciela asimiló rápidamente la labor legislativa. Alessandro la describe como aplicada y responsable. “Se tomó el trabajo en serio. Absorbió algunas leyes del juego político, de su funcionamiento, porque hay un punto donde ya no podés ser una *outsider* y estar siempre en la vereda de enfrente. Se adaptó muy bien”, señala.

Sorpresa: la elección a constituyentes

El Pacto de Olivos sellado entre Menem y Alfonsín, que le permitió al presidente su ansiada reelección y al radicalismo incorporar una serie de mejoras institucionales, disponía convocar a elecciones generales en abril de 1994 para definir los 305 constituyentes que reformarían la Carta Magna. El acuerdo fue recibido por la opinión pública con recelo. En sintonía, el Frente Grande se preparaba para rechazar la reelección.

La campaña fue corta e intensa. El Frente Grande carecía de dos elementos clave: desarrollo territorial y dinero. Con todo, en varios distritos del interior consiguieron buenos candidatos para encabezar sus listas. En Neuquén, monseñor Jaime de Nevares, ya emérito, fue uno de ellos. En la Capital, los candidatos aprovecharon hasta el último espacio en los medios.

El día de la elección llegó: Graciela se reunió con sus compañeros para seguir de cerca los resultados. Como los fondos eran escasos, habían hecho imprimir una cantidad de boletas acorde a sus expectativas. Pero, pasado el mediodía, los fiscales empezaron a llamar desesperados desde diversas escuelas para alertar que faltaban boletas.

Para media tarde, los viejos teléfonos Movicom alquilados por el comando de campaña ardían. "¡Robo de boletas!", explotaron los principales dirigentes al unísono. El apoderado del partido se apuró a presentar las denuncias a los medios. Pero en el búnker del Frente Grande se dieron cuenta de que no las estaban robando, sino que estaban entrando en las urnas. "¡Llamamos rápido al apoderado y le dijimos: 'Callate, nos están votando!'", admite Graciela.

Entonces se acordó del diálogo que había mantenido la noche anterior con el encuestador Julio Aurelio:

—¡Hola, Graciela! Soy Julio Aurelio. ¿Estás sentada?

—Estoy sentada.

—Recién envié mi última encuesta, embargada: ¡tienen el 40% de intención de voto!

Aurelio le erró solo por dos puntos. Pocos meses antes habían sacado el 14% en la Capital Federal. ¡Y ahora llegaban al 38%! Esa cifra significaba unos dos millones de votos en todo el país, un batacazo con el que el Frente Grande, con Chacho y Graciela como estandartes, quebraron el dominio del PJ y la UCR.

Esa noche, en la clásica confitería El Molino, todo era festejo enloquecido. Graciela, necesitada de un respiro, se retiró unos metros. De pronto, se sorprendió al encontrar a Chacho en el salón vacío y a oscuras, hundido en un sillón y meciéndose hacia atrás y hacia adelante.

—¿Qué hacés acá? ¿Estás bien?

—Son demasiados votos, Graciela, demasiados votos.

—¡¿Y qué hacemos? ¿Los devolvemos?! —le preguntó entre risas.

Chacho, a quien ella siempre reconoció su capacidad para adelantarse a los escenarios, ya pensaba cómo incidiría esa catarata de votos en el futuro de la fuerza, de cara a las presidenciales de 1995.

Los desharrapados

Menem abrió la Convención Nacional Constituyente, en la ciudad de Paraná, el 25 de mayo de 1994. Allí estaba Graciela protagonizando un capítulo importante de la historia reciente de la Argentina. Al finalizar el acto, fue a la ciudad de Santa Fe, donde, en el edificio de la Universidad del Litoral, los 305 convencionales sesionarían durante noventa días. Se le hinchó el pecho de orgullo cuando, en la primera sesión, se vio rodeada de sus 30 compañeros de bancada.

Durante esos meses, viajó todos los lunes por la mañana, a veces, en avión, otras, en su Peugeot 505. "Era celestito, ya medio destartalado. Graciela manejaba mucho y bien. Un día le dije: 'Si fuera usted, tendría un chofer'. '¿Vos estás loco? Mirá si voy a tener un chofer', me respondió con sencillez".

Quien relata la anécdota es Marcelo Stoll, su histórico secretario personal, que la conoció cuando era un joven colaborador en la APDH, y que la acompañó hasta el último día de su carrera política en 2001.

La vestimenta de Chacho era otro símbolo del ascetismo de la fuerza. En Santa Fe, se llevó un pulóver a rombos y un saco color mostaza que se lo ponía todos los días. "Hasta que un día le dije: '¡Dejate de joder con ese pulóver y andá al centro a comprarte uno nuevo!' —recuerda, Graciela, entre risas—. Por suerte, un sastre le regaló un saco. Éramos unos desharrapados".

Sin embargo, Chacho se destacaba por su discurso, como lo reflejan muchos de los entrevistados para este libro. Así también lo remarca Graciela en *La ilusión*: "Brillaba cuando tomaba el micrófono. Tenía una capacidad oratoria superlativa. Y, ojo, que no era fácil destacarse

entre pesos pesados como Cafiero, Alfonsín o Auyero. Pero él tenía una capacidad de persuasión impresionante".

En aquellas jornadas, también sobresalió una diputada radical del Chaco, con un discurso encendido en el que se animó a objetar a Alfonsín. Se llamaba Elisa Carrió, quien a partir de allí pasó a estar en el radar de dirigentes y periodistas.

Muchos, a su vez, rememoran las exposiciones de otros dos "rebeldes" del PJ, Néstor Kirchner y su esposa, Cristina Fernández, en contra de varias reformas reclamadas por Menem.

Graciela se destacó por su racionalidad en los debates, como ponderan diversos artículos de la época, sobre todo en la discusión para otorgar rango constitucional a la defensa de los derechos humanos.

Esas semanas transcurrieron a los saltos, incluso también fuera del recinto. Cuenta Stoll:

> Una vez volvíamos de Santa Fe en un pequeño avión. Ella iba en medio de un cura y de un rabino. De repente, ¡se largó una tormenta! ¡No te imaginás cómo llovía! Comenzó tal turbulencia que el avioncito bailaba en el aire. El piloto nos avisó que tenía que pegar la vuelta porque habían cerrado la pista y nos pidió que pusiéramos la cabeza entre las piernas para resguardarnos. Yo estaba blanco. Ella, que siempre buscaba mantener el control, también estaba asustada, así que imaginate... En un momento, miró al rabino y al cura y les dijo: "Hasta acá llegamos nosotros; ahora les toca a ustedes dos que tienen conexión con el de arriba" —Stoll rompe en una carcajada—. Ella siempre tenía esas salidas.

Menem y Alfonsín volvieron a verse las caras el 24 de agosto de 1994 en el Palacio de Urquiza, en Entre Ríos, para la firma de la nueva Constitución. El Frente Grande había luchado para que el apartado de la reelección no avanzara, aunque había acompañado otros artículos considerados de vanguardia.

Graciela había logrado aplacar la tensión y el desgaste de esas semanas detrás de decenas de paquetes de cigarrillos. La consecuencia

fue una bronquitis aguda que la dejó en cama durante varios días. Su salud había corrido peligro, por lo cual, tomó una decisión postergada infinidad de veces: dejó el cigarrillo después de cincuenta y dos años.

Su primer discurso público

La sesión inaugural de la Constituyente había concluido. Decenas de paranaenses se agolpaban frente a la puerta principal de la Universidad del Litoral para saludar a los congresales. Antes de subir a uno de los autos, Graciela vio cómo desde la multitud se recortaba la figura de un hombre, que iba directo hacia ella haciéndole ademanes, llamándola por su nombre. Parecía una escena en cámara lenta. ¿Un nuevo pedido? ¿Un agradecimiento?

El desconocido avanzó hasta quedar de frente. Estiró su mano y le dio una foto. Graciela la recorrió con detenimiento. Una joven alumna, de guardapolvo blanco, arriba de un estrado. Se la veía enérgica. Era ella, a sus 17 años, en el marco de los debates organizados en 1948 por el Ministerio de Educación, de cara a la reforma constitucional propuesta por Perón, con la reelección presidencial como una de las modificaciones más salientes.

Esa tarde, quien debía representar a su colegio, el Normal 5 de Barracas, era una compañera suya, que, minutos antes, huyó despavorida luego de que cambiaran de imprevisto el tema a exponer. Sin vacilar, recuerda Graciela, se subió al escenario e improvisó un discurso. “Ni sé qué dije. Pero estaba exultante, con mi ego satisfecho, tras el debate que se armó”, admite.

El romance con los porteños

En el Frente Grande debían consolidar el crecimiento y, a falta de desarrollo territorial y de dirigentes, decidieron explorar un acuerdo con sectores del radicalismo y del peronismo. Por el lado del PJ llegaron a un principio de entendimiento con el senador peronista

José Octavio *Pilo* Bordón, exgobernador de Mendoza entre 1987 y 1991, y recién distanciado de Menem porque su reelección le cortaba cualquier pretensión para su propia carrera presidencial dentro del peronismo.

Por su parte, intentaron hasta último momento sumar al diputado nacional Federico *Fredy* Storani, de fuerte influencia dentro de la Juventud Radical y en la UCR bonaerense. Pero rechazó el convite, ya que decidió participar de la vida política de su partido.

Finalmente, el 23 de noviembre de 1994, Chacho y Bordón presentaron el Frente País Solidario (Frepaso), como síntesis del acuerdo del Frente Grande y del partido PAIS. Ese día, ambos líderes fijaron para el 26 de febrero de 1995 la interna abierta —toda una novedad en la Argentina— para dirimir quién de los dos sería el candidato a presidente.

Al día siguiente, Menem se detuvo con preocupación en la foto de sus adversarios que vestía todas las tapas de los diarios. Por primera vez, veía una fuerza, por fuera de la UCR, con ambiciones reales de convertirse en una alternativa a su poder.

Las tareas para el nuevo partido eran múltiples. Una de ellas era definir una identidad. “En una discusión, apenas comenzamos con el Frepaso, uno preguntó en forma seria: ‘¿Qué somos? ¿Una socialdemocracia? No, no, ¡somos nacionales y populares!’. Ahí, salté y dije: ‘Esperen un poco, ¡yo no soy nacional y popular!’”. Sin embargo, teníamos disposición para construir”, agrega.

El sociólogo, historiador y doctor en Filosofía Marcos Novaro formó parte de los equipos de Graciela y Chacho desde 1994. Con ese bagaje, se anima a reconstruir esta mutación del espacio:

> El Frente Grande era una mezcla entre izquierda y peronismo, con un componente cristiano. El discurso de Auyero, que buscó calar en Chacho, era que peronistas y radicales eran el pasado y la reacción; por eso, tenían que hacer un nuevo movimiento nacional por fuera de la interna peronista, con un discurso económico antimenemista, antirreformas, anticapitalista y bien populista.
>
> En ese contexto, desde el principio, me pareció que la Meijide, en

términos económicos, tenía una idea bastante más moderna, original o, por lo menos, abierta, de la que tenían los otros. No era una cosa muy desarrollada, sino intuitiva, pero, sin dudas, ella tenía más sentido común de lo que estaba pasando: "Bueno, si esto funciona (por las reformas económicas de Menem), quiere decir que no es todo malo; algo del neoliberalismo está solucionando algunos problemas". Ella lo sintonizó antes que Chacho: una música que a Auyero tampoco le gustaba.

Con esos dilemas identitarios sin resolver, y cuando el verano de 1995 llegaba a su fin, se llevó adelante la interna abierta, en la que Chacho perdería con Bordón. Fue reñida, con un final, para muchos, dudoso. "Fue una amarga sorpresa. Pero supimos que (a Pilo Bordón) lo ayudaron distintos sectores del PJ, incluso el Sindicato de Camioneros, porque Menem lo prefería como rival por sobre Chacho", revela Graciela.

El orden del piloto y el copiloto de la fórmula no era el esperado, pero la carrera ya estaba en marcha. La dupla arrancaba desde una posición expectante. Era marzo de 1995, faltaban poco más de dos meses para las elecciones del 14 de mayo. El objetivo era uno: llegar al balotaje contra Menem. Chacho le encomendó a Graciela una doble tarea: que articulase acciones en el Congreso con los socialistas y la tropa de Bordón y que se encargara de la campaña en la región central de la Patagonia. Leal a quien reconocía como su jefe político, partió hacia el valle de Río Negro.

En el tramo final, Bordón se desinfló. "La candidatura de ellos era muy sólida, a tal punto, que pensé que iríamos a segunda vuelta. Menos Zuleta Puceiro, todos los encuestadores nos daban en segunda vuelta. Menem era el único que me decía: 'No, Carlitos, es en esta'", recuerda el exministro del Interior Carlos Corach, en una entrevista para este libro.

El entonces presidente tenía razón: tras cerrar un acuerdo con la UCeDé, consiguió su reelección en primera vuelta, con un contundente 49,94% contra el 29,39% del Frepaso.

El desencanto era grande. Sin embargo, a medida que pasaron los

días, ajustaron el análisis a la realidad: una fuerza sin siquiera un año de vida había logrado quebrar el bipartidismo al conseguir 5.095.929 votos, relegando al tercer lugar a la UCR.

Por otro lado, no había tiempo para lamentos, ya que la reforma constitucional de 1994 había fijado para los siguientes dos años las elecciones de un tercer senador en Capital, Neuquén y el Chaco, de los estatuyentes que darían una Constitución a la Ciudad de Buenos Aires y del primer jefe de Gobierno porteño.

1. En una nota titulada “¿A quién le importa los derechos humanos?”, de 1988, Graciela anticipaba los límites que encontraba dentro de la APDH: “Nuestra tarea es impulsar las transformaciones sociales, con educación y más educación. Podemos hacer numerosas denuncias y propuestas, pero no podemos tomar en nuestras manos las realizaciones porque no somos organismos políticos. Eso le corresponde al gobierno y a los partidos o, en todo caso, a las entidades sociales afectadas”.

CAPÍTULO 7

El triunfo en Capital: ya nada será igual

El calendario electoral continuaba en octubre de 1995 con la elección a senador nacional. En Capital, la disputa era entre Auyero y el jurista Eugenio Zaffaroni, pero Chacho quería que fuese Graciela. Otra derrota significaría una lápida para el partido, pero con ella jugaban a ganador.

"Nunca vamos a ganar con una mujer a la cabeza", bramó Bordón, quien se negaba a pensar que "esa señora", como la llamaba, fuera la primera espada en la Capital Federal. *Chacho*, ante cada objeción, le respondía: "¿Y a quién sugerís? ¿Tenés alguien mejor?". La respuesta nunca llegó y su candidatura quedó firme.

Doce puntos la separaban de Erman González, el candidato de Menem. Parecía poco tiempo para revertir la diferencia. Pero se lanzó a la campaña llena de entusiasmo. Desplegó un discurso ético que caló en buena parte de los porteños desencantados de Menem y el radicalismo. Su palabra persuadía y los periodistas le abrían sus micrófonos: era una candidata que medía. Sin embargo, el apoyo dentro de su propio partido, sobre todo de los sectores de origen peronista, no era el que se podía esperar y hasta exigir, a la vez que los pocos fondos eran consumidos por la logística.

Como muestra de la endeblez económica de su campaña, solo pudo contar con dos afiches. El más importante de ellos la mostraría rodeada por Chacho y Bordón. Precisaban una sesión fotográfica, pero la tensión entre ambos líderes era tal que ambos decidieron no cruzarse. El afiche salió, pero mediante un fotomontaje.

No se amilanó. Cuando la desafiaban, redoblaba la apuesta. Sus antiguos colaboradores la conocían. Por eso, sonreían cuando notaban la cara de espanto de los recién llegados al equipo.

Marcelo Stoll, uno de los miembros de aquella vieja guardia, señala sobre su capacidad de trabajo:

> Ya en la época de la APDH era una máquina. La Asamblea era un organismo quieto hasta que ella llegaba y se activaba todo. Lo hacía antes del mediodía, saludaba a los colaboradores, que éramos todos pibes, y nos preguntaba qué estábamos haciendo. Trabajaba con tanta intensidad que, a veces, se preguntaba en voz alta: "¿Che, yo almorcé?". O venía y te decía: "¿Por favor, me baja alguien a comprar cigarrillos?". Porque el atado con el que había entrado ya era historia. Se quedaba hasta cualquier hora; muchas veces, si tenía alguna actividad por la noche, se cambiaba en la APDH y seguía de largo. Más allá de las tareas fijas, podía pedirte los diarios o decirte "por favor, comunicame con fulano" o "che, ¿a esta planta la regaron?". Necesitaba ver actividad. Con nosotros, siempre era muy cercana y lograba que se generaran lazos de lealtad porque la admirábamos. Después, cuando ingresó en política, y sobre todo en campaña, no podías seguirle el paso. ¡Era un torbellino!

Las caminatas y caravanas fueron un eje clave de la campaña. Novaro recuerda que "salíamos al territorio con tres mangos y cinco gatos locos". Con 64 años, Graciela se movía en jornadas agotadoras. En las recorridas, ella cuenta que empezaba a andar ligero para ir a saludar a los vecinos. Quienes tenían que cuidarla se asustaban y decían: "¡Párenla!". "Después se motivaban e iban al mismo ritmo. Es lo que pasa cuando tenés a un líder que va rápido y adelante. O lo seguís o te vas. Y yo tenía liderazgo", proclama.

Stoll era uno de los que caminaban a la par. "Entre otras cuestiones, yo ayudaba con las fotos al jefe de prensa, que era Héctor Mazzei. Una vez que se terminaba el rollo, salía volando a una casa de revelado. Mientras tanto, Héctor hacía el comunicado en alguna máquina de escribir, le sacábamos fotocopias y las metíamos en sobres junto a las fotos que, para entonces, ya había traído. Salíamos corriendo a patear la ciudad para entregar el material. Yo agarraba todo el sur e iba, por ejemplo, a *Clarín*, *Página/12*, DyN, Noticias Argentinas, Télam. Héctor,

el norte. Para el resto, contratábamos una moto. Así nos asegurábamos la cobertura con foto en los diarios del domingo. ¿Nosotros? Terminábamos... muertos", se ríe.

Su despliegue mediático, con un discurso y una imagen que seducía a la opinión pública, pero también a los periodistas, fue el arma principal con la que sacó ventaja.

Una especialista en análisis semiótico como Sarlo ayuda a reconstruir:

> Primero, su discurso nunca era elemental, sino extraordinariamente claro. El Chacho tenía un análisis político más intrincado, pero Graciela siempre iba "*to the fucking point*", como dicen los yanquis. Y eso es clave para la televisión.
>
> En segundo lugar, se presentaba como una señora. No trataba de pasar por piola o, por el contrario, largar frases agresivas. Ahora, si tenía que parar a un periodista, lo paraba... pero como una señora. Dicho así, parece muy superficial, pero es importante para un tipo de votante que no quiere a alguien que se desmadre. Puede permitírselo a un varón. Sin embargo, ¡¿que eso le ocurra a una mujer?! Ella se presentaba siempre como una señora tranquila, a quien, no obstante, nunca la podías correr de vivo, porque, sin exagerar, te frenaba de un modo muy cortante. En la tele ese principio de exageración favorece a las estrellas mediáticas, pero no a un político, que debe aparecer tranquilo.
>
> Por otro lado, conservaba la calma frente a todos los problemas y nadie olvidaba que era la madre de un desaparecido.
>
> ¿Qué decía entonces un televidente? "Ah, yo a esta persona le dejo mi gato quince días y me lo devuelve bien. ¡Hasta le dio de comer!". La misma confianza que transmite cuando la conocés personalmente es la que transmite a los televidentes. Y la televisión no transmite lo que no tenés.

Martín, el hijo de Graciela, coincide al punto de destacar la capacidad actoral de su madre: "Siempre fue muy histriónica, podría

haber sido actriz. Era una tipa muy desenvuelta, sin inhibiciones".

Sin embargo, había un trabajo previo con sus colaboradores. María Matilde Ollier explica:

> Desplegábamos una dinámica de *role playing*: uno de nosotros hacía de conductor de un programa o de adversario político y la "peloteábamos" con preguntas y contraargumentos sobre temas de coyuntura y de fondo. A partir de allí, salían unas "pastillas" de discurso, que estudiaba antes de cada programa. Buscábamos conceptos y opiniones novedosos, desde el sentido común, con un lenguaje directo, porque necesitábamos que la votase gente del llano. Ella hacía todo fácil porque es una esponja: absorbe mucho, es muy disciplinada.

"Esa confianza que tenía y transmitía era propia —remarca Sarlo—. La imagen de un político no se puede trabajar, sino que solo se puede modelar. Ella siempre se ubicaba en la escena en la posición adecuada y en forma muy natural".

Recuerda que un día en medio de la campaña la acompañó a filmar un spot:

> Cuando filmás los spots, siempre estás tenso con la cámara, la maquilladora, la peinadora... En un momento, ella estaba arriba de un banquito y vi que tenía mal el ruedo del vestido, por lo que comencé a arreglárselo para que no se viese en caso de que hubiera un plano general. ¿Vos creés que dijo: "Esperen, voy a salir de escena"? ¡Nada! Todo siguió. Ella tenía su centro de gravedad muy bien colocado, así como los bailarines deben tener el suyo para que su posición no esté indecisa. Es más, el centro de gravedad pasaba por donde ella estuviera. Eso no se construye: es el don que tienen los buenos políticos; el resto, simplemente, no lo tiene.

A su vez, el sociólogo y doctor en Ciencias Políticas Vicente Palermo apunta que su propuesta como candidata "no era la felicidad, sino una oferta política. Se presentaba al público que quería conquistar, pero

no con sonrisitas, sino con propuestas. Para Graciela, la política, en el sentido argumentativo-deliberativo, de poder dialogar, era algo que tomaba muy en serio. Además, tiene una virtud política que es la intuición, ese golpe de vista que no lo tiene cualquiera, para ver una situación determinada y saber por dónde viene la mano. Eso es inexplicable y ella lo tenía".

"La tipa era muy buena hablando, recontra intuitiva", coincide Novaro. Luego se refiere al vínculo con los medios de comunicación: "Para ellos, Graciela, junto a Chacho, era Gardel. Ambos tenían muchos militantes gratis entre los propios periodistas, que los amaban tanto como odiaban a Menem y a los radicales. Por otro lado, eran figuritas que caían bárbaro en una audiencia muy amplia y heterogénea, que iba de posiciones más de izquierda a una centroderecha republicana. Además, para un partido como el Frepaso, requería una mínima inversión".

Para cumplir con todos los programas, comía, se vestía y se maquillaba en el auto, en cuyo baúl siempre llevaba un par de mudas de ropa. Para no aparecer con la misma vestimenta, tuvo que pedirle algunas blusas prestadas a su hermana Mecha. "A veces, pasaba por su casa porque la obligábamos a descansar para estar después con la cara fresca. Porque, si no, seguía, seguía y ¡no paraba!", relata, a su vez, Ollier.

Así, en cada salida al aire, en cada caminata, en cada acto, Graciela reforzaba su lazo con los porteños.

A pocas semanas de las elecciones, la diferencia con Erman González se acortaba. Faltaba un esfuerzo más.

BIFES *ALLA PIZZAIOLA*

Fue a inicios de los 70 cuando debutó frente a las cámaras para hacer una receta de cocina en el exitoso magazine "Buenas tardes, mucho gusto", por Canal 13.

Recuerda que Silvia García Gerghi, la productora del programa, le propuso que escogiera una receta:

—¿Pero, Silvia, por qué me llamás a mí? ¿Si tienen tres cocineros permanentes?

—Porque queremos que cocine alguien que sea como el televidente, que prepare un plato que se pueda hacer en cualquier casa.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Lo único que te tenés que acordar es, cuando empezás, decir: "Buenas tardes, mucho gusto". Después, tenés diez minutos.

Compró todos los ingredientes para hacer bifes *alla pizzaiola*. Los sentó a Enrique y a los tres chicos alrededor de la mesa redonda de la cocina y les pidió que la ayudaran. Tenían que hacer de público. "Comencé, 'Buenos gustos, muchas tardes'. ¡Ah, qué lo parió! Los chicos me empezaron a cargar; decían que ya me veían entrando y saliendo del estudio, mientras saludaba 'Buenos gustos, muchas tardes; buenos gustos, muchas tardes', con el remate 'qué lo parió' —recuerda, mientras las lágrimas salen de sus ojos—. Por eso, decidí separar la frase: 'Buenas tardes', al entrar. Y 'mucho gusto' para cerrar".

La grabación transcurrió sin sobresaltos. Graciela no pudo verse esa tarde porque estaba dando clases. "Pero María Alejandra y Martín me contaron que a Pablo le agarró tal susto y vergüenza de que me equivocara que cuando me anunciaron, inventó que se iba a bañar", recuerda, con ternura. Sin embargo, agrega que a los dos minutos apareció todo mojado, envuelto en una toalla para verla.

Al día siguiente, caminaba hacia su trabajo cuando escuchó que le chistaban. Ella siguió adelante. Pero seguían: "Psst, psst". Por eso, giró y vio a una chica embarazada: "¡Qué rica la comida de ayer! ¿Le pone esto, le pone aquello?". "Yo no lo podía creer —asegura—. Nos quedamos hablando unos instantes. Fue la primera vez que me di cuenta del poder de la televisión".

La importancia de jugar en equipo

Siempre admite que llegó hasta donde llegó por su tenacidad y por sus colaboradores. Para aquella campaña de 1995, contaba con un equipo

de académicos que la asesoraba en discurso y análisis político, muchos de ellos hoy "pesos-pesados", con los que todo político le gustaría contar: Beatriz Sarlo, Marcos Novaro, María Matilde Ollier, Franco Castiglione, Jorge Tula y Edgardo Mocca. A ellos se sumaban Héctor Mazzei y Ana Correa, en prensa y relación con los medios. Al comienzo también intervinieron Vicente Palermo y Carlos Altamirano.

> Necesito confiar mucho en estos equipos —ponderaba en una entrevista en *Clarín*—. Para hacer frente a la tarea legislativa y la campaña, es muy útil para mí que las responsabilidades estén distribuidas y que cada uno sea muy eficaz. Y lo son. Descanso absolutamente en ellos. Cuando me dicen "subite a la camioneta", yo me subo y no pregunto. Puedo discutir antes un curso de acción, pero cuando está decidido, soy muy disciplinada.

Aquellos años marcaron la carrera profesional de todos ellos, incluso su vida privada, al punto que, en distintos pasajes de las entrevistas para este libro, muchos conjugan en pasado y presente:

Ana Correa: "Era una maravilla trabajar con ella porque escuchaba, era flexible, confiaba, le gustaba recibir críticas, tenía sentido del humor. Y aplicaba lo que se trabajaba, algo que el ochenta por ciento de los políticos no hace".

Beatriz Sarlo: "Tenía confianza personal con quienes trabajaba, por eso, no había resistencia, ni desconfianza de su parte. Además, tenía y tiene un rasgo muy apreciado en política: percepción psicológica. Es una persona 'viva', con la cabeza muy bien estructurada; no le podés 'mandar fruta', como se dice en lenguaje vulgar. Tiene calle, sufrió lo que sufrió, militó como militó, a lo que debés sumar su enorme equilibrio. Hacía muy sencillo el trabajo".

Vicente Palermo: "Tenía un ejercicio no autoritario de la autoridad; inspira respeto y tiene poder de mando, pero de una forma natural, porque, al mismo tiempo, es muy campechana, llana y accesible, de

compartir todo. En aquella época, estaba aprendiendo, pero tenía y tiene pasta para hacerlo. Absorbía mucho, trataba de no desperdiciar nada. Y aprendió como pudo porque, como decía Auyero, con el Frente Grande y el Frepaso había que navegar y construir el barco a la vez. Es decir, había que navegar, construir y, en su caso, aprender".

Carlos Porroni: "Contaba con capacidad de armar y de hacerte sentir parte; te escuchaba. Después, ella tomaba la decisión, pero tenía una actitud de escucha permanente. Y uno decía: 'Mirá a esta persona, que quizás termina como presidenta, cómo quiere saber qué opino yo de los geranios'".

La recta final hacia la consagración

La intensidad de vivir de Graciela estaba dando frutos. El cambio de tendencia era notable. Porroni, uno de los encargados de las finanzas de las campañas del Frepaso y hoy amigo personal de Graciela, cuenta:

> Un día agarré una lista de las principales 500 empresas del país y empecé a llamarlas por teléfono para invitarlas a una cena de recaudación: "Buen día, soy del Frepaso...". Se recaudó poco. Sin embargo, faltando aún cinco o seis días para las elecciones, armo otra cena y me llaman de la principal empresa argentina de aquel entonces para decirme: "Queremos comprar...". En la cena anterior, había habido 180 o 200 tipos; ahora, solo ellos querían 200 entradas. O sea, los muchachos estaban informados y ya veían venir el batacazo.

Otro de los colaboradores que intuyó el desenlace fue José, el esposo de otra Graciela, la señora que aún hoy la ayuda en las tareas de la casa y de quien se convirtió en amiga. José y Graciela habían llegado desde su Formosa natal, a comienzos de los 90, luego de que él perdiese su trabajo de tornero en una fábrica y cuidando una casa.

Por eso, cuando Graciela le preguntó a su tocaya si su esposo sabía manejar, la respuesta fue contundente: sí. Pocos días después José manejaba el Peugeot 505 celeste. Para eso, le dio un mapa y le pidió que se lo estudiara. Solo un tiempo después Graciela supo que lo único que había manejado José hasta entonces era un viejo tractor.

Los sábados y domingos José la llevaba a las esquinas importantes de los barrios, a la avenida Corrientes, a la peatonal Florida. Él miraba atento toda la puesta en escena: los militantes repartiendo folletos, los candidatos hablando con la gente, los periodistas interpelándolos. “Sin embargo, poco a poco, empezó a agarrar los papelitos y a convencer a la gente. ¡Y los convencía!”, festeja Graciela.

Luego, debía apretar el acelerador para cumplir con la agenda de medios en todos los canales y radios porteños. Así fue que comenzó a darse cuenta de la diferencia entre lo que era un estudio de los programas de Mirtha Legrand o de Mariano Grondona y los estudios donde se grababan los programas de cable, con plantas de plástico o en los que tenían que pedir telgopores para reflectar en los rostros las luces cenitales. Él miraba, siempre en silencio, cada detalle, hasta que llegó un momento en que le dijo: “Señora, escúcheme, a este no volvamos más, es muy ordinario, seguro no lo ve nadie”. “¡Ya se había convertido en asesor!”, apunta entre risas.

La campaña estaba al rojo vivo cuando, a dos semanas del cierre, José le aconsejó:

—Señora, usted está muy cansada. Tiene que relajarse, descansar.

—Sí, José, pero no puedo...

—Pero ya está, quédese tranquila... ganamos. ¡Ya ganamos!

—¿Pero cómo, José, que ya ganamos? ¿Cómo sabés?

—Yo hablo con la gente, señora, ¡ya está, ganamos!

José acertó: el 8 de octubre ella se convirtió en la primera senadora de la historia por la Ciudad de Buenos Aires, con el 45,7% (814.621 votos), casi el doble de lo conseguido por el radical Jorge Vanossi (24,2%) y el menemista Erman González (22,6%).

Ya nada sería igual.

El fenómeno Fernández Meijide, según dirigentes y especialistas

Por primera vez desde su debut electoral en 1991, había sido la primera opción de su fuerza y ella correspondió a la confianza con un resultado que, a la vez, la proyectaba a nivel nacional. Fue un triunfo que marcó la década.

Distintos especialistas y dirigentes consultados para este libro analizaron su victoria y el contexto en que sucedió:

Eduardo Fidanza, sociólogo: "Al inicio de los 90, hubo una recuperación económica, vía la convertibilidad. Pero un sector del electorado de la Capital y de los grandes centros pretendía, además, respeto por la República. Veía en Menem a un hombre frívolo y sospechado de corrupción. Por otro lado, había radicales desilusionados de Alfonsín por el Pacto de Olivos, como también peronistas del oficialismo, sobre todo los cafieristas derrotados. Estos sectores, urbanos y progresistas, sin representante político, estos 'huérfanos de la política', como los llamó Juan Carlos Torre, confluyeron y vieron al Frepaso y a Graciela con simpatía. Ella tenía el don de comunicar con claridad y carisma mediático para interpelarlos. Es lógico ese récord electoral en Capital".

Fernando de la Rúa, expresidente de la Nación: "El Frepaso montó todos sus candidatos políticos a partir de una gran relación con los periodistas. Es más, cuando Graciela hizo esa gran elección a senadora, la mitad se la debió a *Clarín*. Porque *Clarín* empezó a titular: 'Gana Fernández Meijide' en sus tapas y Vanossi se replegó. Ella era brava como adversaria, aunque después conmigo fue muy respetuosa".

Carlos Corach, exministro del Interior y mano derecha de Menem: "Su crecimiento fue el de una exponente racional y seria de la estructura dirigencial de los derechos humanos. Es, sin dudas, el cuadro político más importante que surgió de allí. Comenzó a tener una visibilidad política mayor a partir de la Constituyente de 1994, insertada en una

corriente política exitosa como el Frente Grande y después el Frepaso. Además, para la Capital, ella era una candidata inmejorable, porque no era peronista".

Vicente Palermo, sociólogo y vicepresidente del Club Político Argentino: "Sintonizó con un amplio sector de clase media progresista, sensible a los derechos humanos, a las cuestiones institucionales, a la República, al liberalismo político y a las cuestiones sociales. Daba muy bien ese perfil, porque era muy buena oradora, era rápida porque 'pescaba' enseguida y contestaba sabiendo el posible efecto. Ese sector estaba disponible y ella, junto a Chacho, tocó una fibra".

Darío Alessandro, diputado nacional por el Frepaso: "Su crecimiento ya venía de antes, al igual que el del partido. Pero, en el 95, pegó un salto muy fuerte. Sabíamos que estábamos bien, que ella tenía mucha fuerza, pero no esperábamos ese porcentaje. Allí llegó a la altura de *Chacho*".

La mujer más votada de la historia

Como un prisma, su victoria podía verse de distintos modos. Uno de los más importantes fue la visibilización de las mujeres en política. Aquella frase inicial de Bordón para oponerse a su candidatura no resultaba extemporánea: desde la ley que en 1947 las habilitó a sufragar y a participar en política, ninguna había conseguido tantos votos.

"Todos dudábamos si era posible ganar con una mujer a la cabeza —reconoce Sarlo—. Por eso, en esa elección, con Graciela se cayó una idea sobre la participación de las mujeres en política".

Por su parte, Ana Correa asegura que su condición de mujer fue uno de los atributos para posicionarla. "Lo trabajamos como un valor junto a su liderazgo en los derechos humanos. Ella era un soplo de aire fresco que rompía la política tradicional, de la que Bordón se hacía eco. No hubo que 'masculinizarla', sino solo tocar una fibra en la

sociedad que reconocía la fortaleza de las mujeres".

"Graciela era una figura electoral fuerte; ni Eva Perón ni Alicia Moreau de Justo lo habían sido. Ella sintonizaba bien con las mujeres, en un momento en el que ya había un deseo de que una de ellas estuviera en la política grande", afirma, en tanto, Alessandro.

Asimismo, Novaro considera: "Entonces, era más difícil que ahora porque recién estaba empezando el asunto del cupo femenino. El cupo ya era muy mal visto porque promovía a un montón de 'mujeres de'. Graciela era diferente porque aparecía como una mujer libre, con polenta personal. Incluso le costó abrirse camino dentro del propio partido, en el sector de Chacho, donde había bastante machismo".

Chispazos con Chacho

A partir de su triunfo, se delineó otro polo de poder dentro del Frepaso, como describía el periodista Fernando Laborda, en *La Nación*: "Un dirigente frepasista porteño señaló que 'la única diferencia entre el doctor Frankenstein y Chacho Álvarez es que Chacho fabrica monstruos en serie y la mayoría, como Bordón en su momento y como Graciela ahora, crecen tanto que se le escapan de las manos'".

Ella fue la primera en percibirlo, tal como lo detalla en su libro *La ilusión*: "Esta elección fue el momento inicial en el cual Chacho, en un proceso de incipiente desconfianza, empezó a imaginarme como una eventual competidora a su liderazgo".

Alessandro asegura que hasta entonces se la consideraba como un fenómeno emergente, menor que Chacho en cuanto al diálogo político o al armado de escenarios posibles, aunque después se rindieron frente a su contundencia electoral. "Le reconocieron franqueza y lucidez para plantear las cosas. Sin embargo, siempre alguien decía: '¿Entiende o no de política?'".

Luego, despeja cualquier duda al respecto:

> Cuando empezó a crecer, Chacho vio que construía un monstruo electoral y dijo: "Esta mujer se va a querer quedar con la jefatura".

Ella podía respetar no ser la líder estratégica, pero podía ser la líder electoral. Ahí hubo momentos de muchos problemas. Sin embargo, hay que admitir la generosidad de Chacho porque lo procesó para desactivar cualquier interpretación que ella tuviese como pensar que quisiera usarla de mascarón de proa.

Novaro, quien también participó en los equipos del líder frepasista, devela otra cara del conflicto:

Chacho era intuitivo y generoso, aunque, al mismo tiempo, podía ser despreciativo y desleal. Por debajo, la criticaba, porque era una profesora de Francés y él había estudiado Historia. El tipo tenía gancho, tenía ese oficio de la gente que había pasado por la universidad, que ella no tenía. Entonces, podía fingir una formación y una superioridad intelectual, que lo llevaba a ser también bastante despreciativo.

En esa línea, Correa, jefa de prensa de Graciela, agrega:

Él era una de las personas más brillantes de la política, pero la despreciaba mucho. En realidad, toda la gente que laburaba a su lado le tenía desprecio. Ella era “la mediática”. No se respetaba ni su opinión, ni su visión. Chacho no la ayudaba, ni la consultaba. Las campañas a senadora y a estatuyente las hizo sola. Por ejemplo, una de las mejores cosas que él tenía era su relación con los periodistas y con los dueños de los medios. Bueno, no aportó nada. Cuando fue la campaña a senadora, tuvimos que empezar todo de cero.

A su vez, Palermo sostiene:

Tenía que soportarlo a Chacho, quien, por un lado, era un Messi de la política, pero, por otro lado, un neurótico infernal, un destructor. Es como si Messi hiciera cuatro goles en el primer tiempo, pero en el segundo empieza a hacer goles en contra. Ella se bancó muchas veces quedar descolocada. Sin embargo —destaca—, Chacho podía

estar loco, pero el tipo, hacia afuera, con la clase política, la cuidaba. Puede ser que no hacia adentro. Pero hacia afuera ella estaba bien protegida.

Corach también hurga en la psicología de Chacho para explicar:

Yo lo conozco mucho. Fue, probablemente, el dirigente más imaginativo en cuanto a construcción política. Pero, al mismo tiempo, era un destructor nato. No sé por qué. Yo siempre recordaba, en broma, a Penélope, que tejía de día y destejía de noche. No podía consolidar la victoria. Como una compulsión destructiva de lo que él mismo armaba. Y, bueno, eso fue lo que pasó".

Decisiones tácticas y estratégicas, sazonadas por la admiración y la desconfianza. Así, Chacho y Graciela convivieron hasta el final de sus carreras políticas.

La elección a jefe de Gobierno, una chance perdida

El 30 de junio de 1996 los porteños eligieron a su primer jefe de Gobierno y a los estatuyentes que redactarían la Constitución de la Ciudad. Para el Frepaso, significaba una oportunidad inigualable para gobernar una ciudad que sería independiente del Ejecutivo Nacional, demostrar capacidad de gestión y proyectar una fuerza sólida a nivel nacional. Chacho hubiese sido el dirigente indicado para liderar esa disputa, pero eligió al socialista La Porta, quien, de entrada, no contaba con chances. La decisión resultó un duro golpe, como entiende la mayoría de los entrevistados.

Sarlo explica que el Frepaso tenía un núcleo de votantes en Neuquén y en la Patagonia, y algo menos en las provincias del Norte. "Por eso, este movimiento, ¿dónde tenía que construir primero el poder político? ¡En la Ciudad de Buenos Aires y sus alrededores! —enfatiza, con una mezcla de crispación y desazón—. Es donde tenía sus votantes sellados, naturales, a los que les gustaba que el Chacho

fuera ocurrente, que Graciela fuera una señora que les explicara".

Por eso, valen las preguntas: ¿qué hubiese pasado si el Frepaso ganaba en la Ciudad? ¿Cómo hubiese impactado en el desarrollo nacional de la fuerza y en el posterior armado de la Alianza? ¿Por qué desistió Chacho? ¿Hubiese derrotado a De la Rúa, quien finalmente se alzó con el premio? Y, en todo caso: ¿Graciela no hubiese sido una carta ganadora?

Como todo cálculo contrafáctico, la propuesta se basa en un conjunto de especulaciones y, sin embargo, resulta tentadora de hacerlo.

Las opiniones de los entrevistados sobre un posible triunfo de Chacho sobre De la Rúa, quien, en toda su carrera política, nunca había perdido una elección en Capital, se reparten.

Sarlo avanza: "Esa elección, que perdimos miserablemente con La Porta como nuestro candidato, estoy segura de que el Chacho la hubiera ganado. Pero no quería puestos ejecutivos. Lo quisimos convencer, pero no quería y no quería. Si se presentaba, cambiaba todo, porque la situación no se hubiera encaminado hacia el desastre en que después terminó".

Por su parte, Novaro arriesga: "Muchos consideraban que debía presentarse para darle al partido un horizonte electoral más cercano a lo que hizo el PRO, de ir de a poco. Pero no le interesaba, porque tenía rechazo a la gestión. La idea de ponerse el traje e ir todos los días a administrar los semáforos le parecía espantosa".

Carlos Porroni, quien en el 95 era del riñón del líder del Frepaso, elige una anécdota para dar su punto de vista: "Una noche, a la salida de un programa de televisión, fuimos con Eduardo Epstein y él a tomar un café. Epstein y yo estábamos: '¡Jugá, jugá!'. Y él salió con una pavada: '¿Te imaginás al día siguiente, yo como intendente, sacándome una foto con Carlitos (por Menem), que me pasa una mano por arriba del hombro? ¡Ni loco!'".

En este punto, vale recordar el texto que, en 1916, Sigmund Freud escribió bajo el título "Los que fracasan cuando triunfan", en el que describe cómo una persona, cuando está a punto de realizar su deseo, enferma y surge el fracaso, como si la dicha no pudiera ser soportada.

En cambio, Alessandro, una de las personas que mejor puede reconstruir la mirada de Chacho, da carnadura a la decisión del líder: "Estaba la idea de que la figura de De la Rúa era muy difícil de vencer, entre otras cosas, porque había sido uno de los pocos radicales en oponerse al Pacto de Olivos. Por otro lado, creía que le quitaría proyección en la lucha contra el menemismo, pero, además, porque agarrar una administración no era algo que viésemos sencillo".

De igual modo opina el exdiputado nacional Rodolfo Rodil, jefe de campaña de Graciela entre 1997 y 1999:

> Yo sé que todo el mundo dice "si Chacho se hubiera presentado...". Pero hubiera sido peor, porque a De la Rúa esa elección no se la ganaba nadie, ni Chacho ni Perón, porque estaba en el momento justo. Además, Chacho venía de perder la interna con Bordón, y a la política hay que comprenderla como una sucesión de hechos. Él, seguro, pensó: "Si voy y vuelvo a perder, esta fuerza se queda sin jefe". Porque el jefe era él y en la Argentina no hay fuerza sin un líder.

"Le tuve que haber peleado el liderazgo"

La segunda parte del ejercicio lleva a preguntar: si Chacho no quería participar, ¿por qué la decisión no recayó en Graciela, a quien casi uno de cada dos porteños le había confiado su voto meses atrás?

Rodil sostiene que ella era una dirigente importante, con una gran capacidad de comunicación, pero que no tenía una historia de formación política como para ser la cabeza de un proyecto que se desplegase en el tiempo. En cuanto a la elección, conjetura que Chacho podría haber pasado a un segundo plano y aconsejarla, "ser una suerte de cardenal Richelieu detrás del trono". Pero, descree que Chacho quisiera cumplir ese rol.

Sin embargo, Graciela no duda: "Yo me tuve que haber jugado a la jefatura de Gobierno. Si hubiera sabido cómo terminarían las cosas, me habría animado a pelearle a Chacho el liderazgo. Pero me faltó

experiencia".

—¿Creés que tenías margen?

—Por lo menos había que intentarlo para imponernos en Capital Federal como primera fuerza sin discusión, lo cual significaba ganarles otra vez a los radicales. Es más, en la interna presidencial del 98, en el único lugar en que derroté a De la Rúa fue en Capital Federal, donde era jefe de gobierno. Por eso, me tuve que haber jugado.

—¿Y nunca se habló?

—No, yo había ganado en el Senado y lo único que quería era que me dejaran tranquila allí. Y, quizás, Chacho ya pensaba que en el 97 yo tendría que ir a competir a la provincia porque no teníamos a nadie.

—Para algunos entrevistados, a él no le interesaba ser líder.

—Sí que le interesaba. A Porroni una vez le dijo: "Basta con el sígracielismo". Además, siempre decía que, en política, no había amigos.

—También, para algunos entrevistados, Chacho estaba encandilado con los resultados que sacabas pero, en el fondo, te menospreciaba.

—Sí, porque no era una política.

—¿Vos lo sentías eso?

—Yo me di cuenta después, pero en el momento...

—Estabas muy entusiasmada...

—Estaba entusiasmada de que se construyera ese espacio. Porque ni siquiera yo peleaba por esos lugares. Terminaban proponiéndomelos.

Lo cierto es que las semanas pasaban sin una definición sobre el candidato a jefe de Gobierno del Frepaso. Estaban anotados Aníbal Ibarra y Chacho —quien jugaba al misterio—, por el Frente Grande, y La Porta, por el socialismo. Graciela admite que todos sabían que, de esa tríada, Chacho era el mejor, aunque no se decidía.

En forma inconsulta, el exfiscal también abandonó la carrera. Les avisó a Graciela y a su jefe político un día, a las doce de la noche,

cuando la noticia ya estaba lista para ser impresa en la edición del diario *Clarín* de la madrugada. Ibarra estaba convencido de que, tarde o temprano, Chacho lo reemplazaría. Eso no sucedió y el camino quedó allanado para La Porta.

Graciela siempre pensó que, en realidad, Chacho e Ibarra habían evitado perder con De la Rúa, un candidato muy fuerte e invicto en todas las elecciones en las que se había presentado hasta ese entonces.

Tocado

La elección del candidato estaba resuelta. Ahora había que hacer lo mejor posible. La Porta era un personaje al que era difícil arrancarle una sonrisa. Pero era imprescindible lograrlo en esa sesión de fotos con las cuales diseñarían las piezas de su campaña a jefe de Gobierno, vice y estatuyentes. Los publicistas transpiraron desde el comienzo cuando constataron la diferencia de estatura entre La Porta, Ibarra y Graciela. Una pila de guías telefónicas fue la solución. El fotógrafo disparaba a mansalva. Pero La Porta se mantenía inmutable. Graciela le hacía chistes para que se aflojara. Nada. El cansancio dio paso al malhumor de todos. Hasta que ella lo resolvió con una... tocada de cola. La Porta primero giró y la miró perplejo; una milésima de segundo después estalló en una carcajada. Clic, clic, clic: la foto oficial ya estaba hecha.

El marketing y la publicidad no pudieron reemplazar las falencias de una decisión desacertada, y el 30 de junio de 1996 el senador Fernando de la Rúa se convirtió en el primer jefe de Gobierno de la Ciudad. El Frepaso dejaba pasar una oportunidad histórica. En cambio, la UCR recuperaba su principal bastión y la iniciativa política, dos factores clave en la posterior conformación de la Alianza.

Los analistas dieron cuenta en sus notas del clásico “ganadores y perdedores” de aquella doble jornada electoral. Pero fue el periodista Walter Curia, de *Clarín*, quien desnudó la competencia entre Chacho y Graciela:

El Frepaso tiene hoy dos dirigentes que disputan el espacio de liderazgo. Se dirá que el ascenso de Graciela Fernández Meijide a la estatura de dirigente nacional robustece a la alianza y complementa el lugar de Carlos *Chacho* Álvarez. Pero, por ejemplo, solo uno de ellos será candidato a presidente en 1999. En este escenario, la imagen de Chacho aparece hoy disminuida frente a la de Graciela. Él carga con dos responsabilidades: no haber sido candidato a intendente y haber dado el espaldarazo para que lo fuera Norberto La Porta.

La relación entre ambos se tensaba aún más.

La Estatuyente y el desafío de administrar

"¡Viva Buenos Aires!", exclamó Graciela, tras el cierre de las urnas. Ese mismo 30 de junio, había alcanzado el primer puesto como estatuyente. Estaba exultante, pese a que el 34,71% obtenido representaba una caída de casi 12 puntos respecto de las elecciones de 1995. La *performance* de La Porta la había perjudicado. Pero el núcleo duro de votantes seguía apoyándola.

En la primera sesión de la Convención, el 19 de julio, en el Centro Cultural San Martín, fue elegida como presidenta por sus pares. Desde el lunes 21, ya en la Biblioteca Nacional, estaría al frente de un cuerpo con fuerte densidad política e intelectual. Era su primer cargo ejecutivo.

La principal misión era conducir el proceso que derivase en una Constitución moderna y equilibrada. Pero, además, se había propuesto terminar a tiempo —tenían 75 días de plazo— y devolver plata. Primero, por una cuestión de principios, pero también porque quería demostrar que ella y, por ende, la centroizquierda, podían ocupar puestos ejecutivos con eficiencia y honestidad, tal como el Frepaso le exigía a Menem.

Sabía que nada podía fallar, pero nunca se había enfrentado a un desafío de esa naturaleza. Ella admite que su mayor experiencia había

sido como constituyente del 94 y su función como diputada y senadora, en cuanto a que el mecanismo administrativo de una Constituyente es similar al del Parlamento, "solo que se trabaja a revienta caballo". Por eso, varias semanas antes, les había pedido a Raúl Fernández, Roque Bellomo y Héctor Mazzei, tres colaboradores de máxima confianza, que investigaran el funcionamiento de la Constituyente y que le presentaran una propuesta de organización. De esta manera, pudo diagramar la arquitectura necesaria, ahorrando cada centavo.

Para cumplir su propósito buscó el apoyo del oficialismo nacional. Así fue que se reunió con Alberto Pierri y con Carlos Ruckauf, presidentes de la Cámara de Diputados y de Senadores de la Nación, respectivamente, para que le prestaran empleados administrativos, contadores y hasta un equipo de taquígrafos. Graciela admite y les agradece su solidaridad, aunque le dedica un párrafo aparte a Corach, entonces ministro del Interior, ya que dependía de su ministerio para hacer cualquier gasto. "Ese señor, con quien habíamos discutido duramente desde la política, se comportó con mucha caballerosidad. Jamás nos escatimó nada, ni trabó la operatoria porque las cosas no les habían salido como ellos hubiesen querido", destaca.

Decidió mudarse prácticamente a la Biblioteca, como recordaba Teresa Candia, una de sus históricas secretarias desde la época de la APDH, en el libro *Graciela, esa mujer*: "Cuando fuimos por primera vez a la Biblioteca la oficina asignada estaba vacía. Graciela llegó con su chofer y el auto cargado de tazas, cafetera, cuadros, plantas, adornos. En una hora, ya no era una oficina como todas las demás: era nuestra casa".

Pablo Pimentel, otro de sus colaboradores, contaba en el mismo libro: "Ella golpeaba la puerta de los despachos entre las ocho y ocho y media para ver si estaban laburando; y cuando no estaban, agarraba una hojita de su agenda, escribía 'qué tal, buen día, soy Graciela Fernández Meijide; pasé a esta hora y no había nadie' y la dejaba por debajo de la puerta".

Graciela rememora esas semanas de sesiones como un momento de respeto político, con discusiones duras que luego se saldaban sin

romper la armonía. Por eso, las califica como un ejemplo de convivencia.

La Constitución porteña fue sancionada con las primeras luces del 1 de octubre de 1996, tras algunos escarceos que estiraron el debate durante toda la madrugada. Al día de hoy es reconocida como de avanzada.

Exigencia y afecto

Trabajo legislativo, militancia partidaria, constantes campañas. La presión era creciente, también para sus colaboradores. Pasaban muchas horas juntos. Por eso, las fricciones eran inevitables. Ella, aseguran varios de los entrevistados, era exigente y se desenvolvía con una intensidad que la podía mantener en pie durante un día entero.

"Yo le manejaba la agenda —describe Stoll—. El teléfono no paraba de sonar. ¡No paraba! Graciela llegaba a media mañana y se quedaba hasta cualquier hora; o sea, sabías a qué hora entrabas, pero no cuándo salías. Tenía una capacidad de trabajo descomunal".

Muchas veces esa intensidad se tornaba en dureza cuando las situaciones no se resolvían como esperaba. "Nos bancábamos cada cosa de su carácter... solamente porque la queríamos mucho. Todos quienes trabajaron con ella la querían", asegura Stoll, quien resalta su preocupación constante por saber cómo estaban e incluso ayudarlos en temas personales, como relata a continuación: "Tras mi paso por la APDH, yo volví a trabajar con ella en febrero del 93. A los pocos días, falleció una prima y sus tres hijos quedaron huérfanos en la casa de su abuela, en Miramar. Viajé a verlos esa misma noche para hacerme cargo en lo que pudiese. Meses después, los llamé y el más chico, de 6 años, me describió comportamientos de su abuela característicos de un ACV. Me quedé preocupado porque estaban los tres pibes solos. Ese día, ella estaba muy ocupada, en plena sesión. De todos modos, me crucé al recinto y le conté lo que pasaba. Ni me dejó terminar:

"—Tomátelas, andate ya a Miramar.

"—Pero, Graciela, cómo hacemos, usted está...

”—Tomátelas, dale, andá.

”Me quedé allá de marzo a mayo para organizar todo. Graciela no solo se bancó que no estuviera, sino que me dio guita de su bolsillo. Después, pedía que me mandaran el sueldo. Ella tenía esos cuidados”, se emociona. “Trabajabas con un nivel de exigencia muy alto, pero muy cómodo y con una persona de quien aprendías todo el tiempo”, agrega.

Estas dos facetas también las conocían en la APDH. En *Graciela, esa mujer*, Otilia Renou aseguraba:

> Una vez discutimos por el accionar de una abogada en una causa judicial. Yo la defendía porque pensaba que era útil, aunque no coincidía con su línea política ni con la mía. Como mis argumentos eran irrebatibles, me miró con dureza y me dijo en un tono más duro todavía: “No sé por qué discuto con vos si acá adentro no tenés ningún poder de decisión”. Había reaccionado como lo hace siempre cuando se enoja: no te grita, no te insulta, pero es tan tajante que te paraliza. Lo notable es lo que pasó un momento después. Me miró, esta vez de manera muy diferente, y me dijo, en un tono también muy diferente: “Bueno, Flaca, vamos a tomar un café”. Había una dualidad en ella: la dureza, cuando quería avanzar sobre el otro, y el arrepentimiento por la actitud que había tomado para defenderse de algo que no quería oír. Son las dos Gracielas: la que aparenta dureza y sabe que para llegar hay que ser así, y la persona dulce y madraza, la buena amiga que está siempre para apoyarte.

Nietos, tenis y terapia

En medio de tanta exigencia, necesitaba momentos de distracción y descanso; estar con su familia era su cable a tierra. Pero el tiempo libre era muy poco. Por eso, debía programar el ocio: en medio de su despacho en el Congreso, a la vista de todos, había un papelógrafo en el que figuraba su agenda semanal. Sus asistentes sabían que algunos casilleros había que reservar. Stoll confiesa que ella se relajaba con sus

nietos, jugando al tenis y en su terapia. Aún recuerda que los jueves a las 11 tenía análisis con el licenciado Zimmermann y los martes, a las 8.45, jugaba al tenis con su profesor Eddie Wetzel, en el Club de Amigos. Y que también le gustaba ir a la peluquería, cerca del Alto Palermo, donde la atendía Víctor Rubenoff.

Sus nietos, Camila y Diego, eran su debilidad. En 1996, Camila tenía 5 años cuando llegó su hermano. Graciela siempre intentaba estar muy cerca de ellos. A Camila pudo disfrutarla mucho más porque no estaba con tanto trabajo. "Pero Diego, pobre, ya me agarró con *tutti*, a diez centímetros del piso. Sin embargo, donde estuviese, los llamaba todos los días", señala.

Era tal su agenda que en una ocasión, a la vuelta de un viaje, le compró a su nieta un globo terráqueo para que sus papás le dijeran dónde estaba la abuela.

En otra oportunidad, a su regreso de la Patagonia, Martín y su esposa, Celia, a quien Graciela declara querer como a una hija, la fueron a buscar a Aeroparque junto con Camila. En el aeropuerto, había llegado a comprarles un pulpo para Diego, que estaba en la panza de su madre, y una camisita para ella. "Ya en el auto saqué ambos regalos y Cami, mirando a través de la ventanilla, me dijo: 'A mí no me gustan los pulpos' (risas). Claro, ¡si el otro ni siquiera había nacido!".

Nada disfrutaba más que llevarlos a dormir a su casa los fines de semana. Les preparaba de comer, jugaba con ellos, los mimaba. Las noches se extendían. Pero Diego al otro día se levantaba muy temprano. Ella no quería que despertara a su hermana. Entonces, desde las 7, se ponían a jugar. En una oportunidad, Graciela tomó una pelotita y unas paletas de ping-pong que daban vueltas por la casa, apoyó una tabla arriba de la cama y listo: ya tenían la cancha preparada.

El batacazo en la provincia

"El año que viene tenés que jugar en provincia", la sorprendió Chacho,

en un café, una tarde de noviembre de 1996. Se refería a la elección a diputados nacionales en Buenos Aires. Para ella, significaba un cambio de planes en el que preveía como un año sin sobresaltos. Por eso, la primera respuesta fue un no. Luego, comenzó a explicarle por qué.

Como cuenta en su libro *La ilusión*, la renuncia de Bordón en la Cámara Alta la había dejado como única representante de la fuerza y, por ese motivo, su rol para una fuerza en construcción como el Frepaso era importante.

Por el otro, el puesto en provincia era pretendido por Auyero, al punto que ella lo había acompañado en varias actividades ya de campaña. Asimismo, y aun aceptando considerar el pedido que Chacho le hacía, debería competir contra pesos pesados como Storani, por la UCR, o Pierri, por el PJ, ambos conocedores de un territorio tan extenso y complejo como un país.

Además, el gobernador Eduardo Duhalde —quien desde 1991 había triunfado en todas las elecciones provinciales— jugaría fuerte si es que quería contar con chances presidenciales en 1999.

Graciela le remarcó que aún no había cumplido ni siquiera un año en el Senado. Ella había asumido un compromiso, ¿cómo lo tomarían sus votantes porteños? Le dijo que él mismo había rechazado reemplazar a La Porta porque le había dado su palabra de que sería el candidato para jefe de Gobierno. "¿Y quién me felicita en la calle por haber cumplido mi compromiso con La Porta?", le espetó Chacho. Luego, buscó desarmar los otros argumentos. Con respecto a la candidatura de Auyero, Chacho fue crudo: sostuvo que era excelente para organizar y conducir el Centro de Estudios Programáticos del partido, pero que no tenía el conocimiento suficiente entre los votantes.

La tarde se consumía y Graciela seguía firme en su negativa. Chacho jugó una última carta. En el mismo libro, ella reconstruye el diálogo:

> —Si hacés este esfuerzo, la gente te lo va a reconocer como un sacrificio; ¡quedás como Juana de Arco! Además, si ganás, sos candidata segura a presidenta.[2]
>
> —Pará, Chacho, ¿vos sabés cómo terminó Juana de Arco?

A él, licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires, el dato no se le escapaba: en 1429, con solo 17 años, la heroína había expulsado a los ingleses al frente del ejército francés. Pero dos años después fue capturada, entregada a los ingleses y quemada en la hoguera, bajo el cargo de hereje. Una ascendente, intensa y corta vida. En definitiva, ese era el riesgo: si perdía en la provincia, una hipótesis muy probable, quemaría todo el capital acumulado. ¿Por qué exponerse?

"Lo mandé a la mierda, me levanté de la mesa y me fui", recuerda.

Semanas después, Graciela viajó a México a un encuentro de la centroizquierda latinoamericana, en el que también estaría Auyero junto a su esposa, Ana. Era una oportunidad única para conocer su punto de vista: "Carlos, Chacho quiere que me presente como candidata a diputada por la provincia", se sinceró. Le planteó los reparos que ella había ofrecido, sobre todo, por el apoyo a su candidatura. Auyero le agradeció la lealtad.

Al cabo de unos días, y con generosidad, la animó para que aceptara la propuesta. Pidió como condición ser el segundo en la lista. Graciela tenía vía libre para avanzar, pero decidió dar una respuesta a su regreso a Buenos Aires. Por eso, lo ocurrido una de las últimas madrugadas mexicanas la indignó. En medio de la noche, sonó el teléfono de su habitación. Entredormida, a duras penas, logró atender:

—Hola, disculpe la hora. Soy de la producción de Magdalena Ruiz Guiñazú, que quiere entrevistarla por el anuncio de Chacho.

—¿Qué anuncio? —le respondió.

El jefe partidario no había soportado la ansiedad y había lanzado su candidatura sin su consentimiento. Como se dice en la jerga política, la había operado a través de los medios para apurar su respuesta. Por la amistad que las unía, decidió hablar con Magdalena. Del otro lado de la línea, lo escuchaba al propio Chacho al aire, que ensalzaba sus condiciones como candidata y traducía lo que significaba el sacrificio de su pase a la provincia. A su turno, ella contestó como pudo, pero dejó en claro que lo definiría a su retorno. Era enero de 1997.

El anuncio y la campaña contra la "re-re" de Menem

"Vieja, te guste o no, tenés que ser vos. No hay otro", la sorprendió Martín, apenas descendió del avión en Ezeiza. En todos los medios ya estaba instalada su candidatura. Además, las encuestas habían comenzado a correr con su nombre en la provincia, con una imagen positiva por encima del 30%.

Con modestia, Graciela asegura que en el partido tampoco tenían tantas opciones, mientras forma un círculo con sus dedos gordo e índice.

La apuesta era riesgosa, pero se zambulló. No solo ella, sino todo su equipo. Recuerda que cuando se lo contó su secretario, Marcelo, se le plantó serio enfrente y le dijo: "¡¿Graciela, adónde más vamos a ir?! (risas)". "Me lo preguntó desesperado porque cada año era una nueva; no sentábamos la cola en una silla que ya estábamos metidos en otra", señala.

Las conjeturas terminaron el 3 de marzo de 1997. En su despacho en el Senado, preparaba el texto de su anuncio. Desde la mañana se había sentido angustiada sin saber por qué. Hasta que recordó que ese día su hijo Pablo cumpliría 38 años. Pidió quedarse sola un rato y se recompuso como pudo. Ya frente a las cámaras, aseguró: "Entre las dos tensiones, seguir en la banca de senadora hasta 2001 o tratar de ayudar a derrotar al menemismo, prefiero optar por la segunda".

Días atrás, el senador riojano Jorge Yoma, incondicional del presidente, había presentado un proyecto para reglamentar la consulta popular para dejar abierta la posibilidad de otra reforma constitucional y, por ende, la "re-reelección" de Menem, como la bautizaron los medios. Tras un partido de golf en su visita oficial a Singapur, el presidente había negado que se tratase de una iniciativa oficial. "Quizá lo hagan los muchachos para divertirse; se están divirtiendo", respondió con una sonrisa. La movida complicaba las intenciones de Duhalde.

En ese contexto, el Frepaso aprovechó la interna del PJ. Graciela explica que todo se sucedía en forma tan vertiginosa que muchas acciones se daban como las planeaban y otras se imponía la lógica del

rival. En ese sentido, reconoce que el haber evitado la "re-re" no fue un mérito del Frepaso, sino de Duhalde, quien amenazó a Menem con hacer un plebiscito para que los bonaerenses dijesen si querían otro mandato presidencial. Él sabía que ganaría el "No". El Frepaso se montó sobre ese cortocircuito.

Graciela tiene rival

"¿Y por qué no Chiche?". El gobernador escuchaba aquella pregunta en forma cada vez más frecuente sobre una posible candidatura de su esposa, en la medida en que su carta principal, Pierri no terminaba de prender. En cambio, Hilda González de Duhalde había logrado hacer pie en el segundo y tercer cordón del Conurbano —donde se concentraba la mayor cantidad de habitantes— a través de las "manzaneras" como se conocían a las centenas de mujeres referentes en las manzanas de sus barrios. Eran muchos votos cautivos.

> Cuando llegó el momento de elegir la cabeza de nuestra lista, yo era la que mejor medía —reconoce Chiche, en una entrevista para este libro—. Empezaron a insistirme, pero les dije que no muchas veces, porque a mí me gustaba la tarea social. Una mañana, en el velatorio de la mamá de una amiga íntima, a quien había acompañado durante toda la noche, me fui un rato al auto. Encendí la radio y escuché, sorprendida, que me habían declarado candidata a diputada nacional.

Chiche también había sido forzada para embarcarse en una carrera en la que incluso Alfonsín ya estaba anotado por la UCR.

Se acababa el suspenso, las tropas se alistaban.

307.571 km²

Esa es la extensión de la provincia de Buenos Aires, apenas superior a

Italia, repartida en ciento treinta y cinco municipios, cada uno con sus características y sus problemáticas. Graciela tenía tan solo ocho meses para recorrer aquel territorio vasto y extraño. Nunca lo había hecho. ¿Por dónde comenzar? Precisaba como jefe de campaña a un dirigente que conociera la provincia. Le consultó a Auyero quién podría ocupar el puesto y este le recomendó llamar a Rodolfo Rodil, un peronista conocedor como pocos. Rodil aportó experiencia y, lo más importante, un horizonte definido.

Sentado en un mullido sillón en su casa de Ituzaingó, Rodil explica la estrategia: considera que, para ganarle la elección al peronismo en la provincia, debían juntar un 70% de los votos de la clase media y quitarle un 30% entre los sectores más pobres. Así, quizás el Frepaso no ganaría las intendencias, pero sí la elección general. Los primeros eran sus votantes naturales, pero el desafío, puntualiza, era sacarles una parte del voto cautivo a Chiche y sus manzaneras. Para eso, tenían que multiplicar su presencia en los lugares más postergados.

> Ahora, no cualquiera puede ir a un barrio y que no te corran a cascotazos. El respeto hacia Graciela tenía que ver con su lucha en los derechos humanos; con la idea de que era como la gente más pobre, porque también había sufrido; en su caso, por la pérdida de su hijo. Todos esos componentes la hacían aparecer como una señora preocupada y sensible al sufrimiento. Ese elemento, que no es político, era su capital político: el sufrimiento —analiza.

En las recorridas por los barrios, en la atención a los medios, en las reuniones con los dirigentes, Graciela se desplegaba con paso aplanador como vuelven a resaltar sus colaboradores. Ella lo refrenda. “¡No me podían seguir el ritmo! Así me quedaron las arterias...”, sonríe, antes de explicar que siempre había tenido “esa omnipotencia” de sentir que su cuerpo acompañaría lo que su cabeza decidiera.

De ese modo, resalta que podía estar sin dormir veinticuatro horas seguidas. “O, en los viajes de un lugar a otro, dormía así”, y reclina la cabeza sobre el respaldo de su silla. Les pedía a sus colaboradores que la despertasen diez minutos antes de llegar a la nueva posta para otra

vez repartir besos y abrazos.

Todo el esfuerzo, a los 66 años, era posible porque gozaba de las campañas, pese a "la mala sangre" que se hacía. "Eran terriblemente excitantes, competitivas y desafiantes, pero no solo para mí, sino para todo el equipo, porque partías de la nada y, al finalizar, existías. Cada uno, desde su lugar, sacaba lo mejor de sí, porque nunca hubiera imaginado estar en los primeros lugares", describe Graciela, aunque, con franqueza, agrega: "También había una posición narcisista, para qué vamos a idealizar".

En su familia conocen ese aspecto de su personalidad. Por eso, su hermana Juana recuerda que

> de las veinticuatro, dieciocho las dedicaba a discutir de política y a viajar. Estaba tan impregnada de ese clima que necesitaba hablarlo. Entonces, ante cualquier comentario, ella se ponía a explicar, a contar y tomaba la posta, que es una característica de ella: el rol protagónico. No le gusta perder ni a la bolita, ni pasar desapercibida en una reunión, en una cena, ni en nada. A veces, con aportes, y otras veces... "¡pará un poco, flaca, que los otros también quieren hablar (risas)!".

El cambio de estrategia y la obstinación por crecer surtieron efecto: para mayo, las encuestas ya la daban segunda por delante de Alfonsín.

La muerte de su padre político

Graciela continuaba concentrada en recorrer la provincia. Sin embargo, como su imagen se proyectaba a nivel nacional, Chacho le pedía presencia en el interior del país, donde fue todas las veces que pudo a apoyar a los candidatos locales.

El 17 de abril de 1997 la encontró en Catamarca. Por ese motivo, se había excusado de participar en el programa "Hora clave", de Mariano Grondona, en Canal 9, el periodístico más visto en aquel momento. A cambio, propuso que invitaran a Auyero.

Cinco días antes la policía de Neuquén había asesinado a la maestra Teresa Rodríguez en medio de una protesta. Se desató una ola de reacciones populares que derivó en nuevas represiones. La situación era crítica, por lo cual Graciela y Auyero unificaron el discurso del partido sobre aquellos hechos, sobre todo teniendo en cuenta que, en el programa de Mariano Grondona, también estaba invitado el secretario de Desarrollo Social de la Nación, Eduardo Amadeo.

Auyero llegó a los estudios en Dorrego al 1700 y se sentó junto a Amadeo, Grondona, el periodista Néstor Ibarra y el economista Enrique Szewach.

El debate fue tomando calor. En un instante, Amadeo le enrostró: "ATEN (por el gremio docente de Neuquén) y el Frepaso ya tienen un muerto", con referencia al asesinato de Rodríguez.

"Las expresiones del doctor Amadeo fueron una canallada, y no es un hecho aislado (...). Decir que queríamos un muerto y ahí lo tenemos es más o menos como decir que hay un muerto por desnutrición y ahí tiene el muerto el secretario de Desarrollo Social para pedir aumento para su partida", respondió Auyero. Fue una reacción visceral del exsecretario de la Democracia Cristiana, muy alejada de sus formas.

Grondona fue rápido a la pausa, mientras el periodista Horacio Verbitsky esperaba su turno para hablar del caso Cabezas.

Al volver de la tanda, se escucharon ruidos detrás de cámaras. Grondona y Verbitsky interrumpieron su conversación: Auyero se había desplomado. Sobrevinieron los pedidos de auxilio de su esposa Ana y de sus colaboradores. Eran las 23.50. De nada sirvió la ayuda médica del canal y de la mujer de Verbitsky, también médica. El corazón de Auyero, quien ya había sufrido otros episodios cardíacos, había dicho basta, con tan solo 61 años.

Marcelo Stoll estaba viendo en directo el programa. Salió corriendo hacia el canal, pero cuando llegó ya todo había finalizado. Fue hasta un locutorio y llamó a Graciela. "Cuando le conté, se partió al medio. Yo me angustié mucho por la muerte de Auyero, pero también por ella, porque llevaba un ritmo de vida infernal y tenía miedo de que terminara igual", se estremece.

Mientras tanto, Graciela se levantó de la mesa en la que cenaba con dirigentes catamarqueños y preguntó si aún había algún avión a Buenos Aires. Le comentaron que el último partía desde Córdoba y que apenas tenía unas pocas horas para llegar a tiempo. Pidió que la llevaran en auto al aeropuerto de Pajas Blancas, en Córdoba. Lloró todo el viaje hasta que, al final, arribó a Aeroparque.

Al velatorio concurrieron dirigentes políticos de todos los partidos. Hasta Fidel Castro dijo presente con una corona de flores. Fue una de las pocas ocasiones en las que se la vio llorar en público.

La conformación de la Alianza

Desde hacía varios meses, dirigentes del Frepaso y del radicalismo organizaban en conjunto distintas protestas contra el gobierno nacional por la situación económica y social. Entre ellas, el apagón y cacerolazo del 12 de septiembre de 1997, para muchos el hecho fundante de la Alianza.

Hacia fines de 1996, y en una reunión privada, Graciela ya le había adelantado a Storani la postura de su partido para las legislativas: competir por separado y que los resultados dirimiesen la ubicación en una hipotética fórmula presidencial en 1999. Es por eso que al inicio de la campaña ambas fuerzas eran adversarias. Sin embargo, todo cambió.

En el Frepaso, se debatía entre acordar con el radicalismo —en lo que se imaginaba un puente de plata hacia la primera magistratura en 1999— o profundizar el crecimiento en forma independiente.

Graciela, quien escuchaba con atención la voz de su partido en la provincia de Buenos Aires, se decidió por la primera opción, que fue la que terminó victoriosa.

El acuerdo se selló en el departamento de Federico Polak, vocero de Alfonsín, frente al Hipódromo de Palermo. Al llegar, ella saludó y se ubicó junto a Chacho, quien estaba acompañado de su hombre de confianza, el mendocino Alberto Flamarique. Los radicales formaban con De la Rúa, Storani, Terragno, el excanciller y el exsecretario de

Hacienda de Alfonsín, Dante Caputo y Mario Brodershon, respectivamente, además del anfitrión. Todos coincidieron en la conformación consensuada de las listas en Capital y provincia para las legislativas de 1997 y la realización de internas para dirimir la candidatura presidencial.

La presentación en sociedad de la denominada "Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación" se concretó el 4 de agosto. Había una alternativa a Menem, por lo que buena parte del electorado saludó la "fumata blanca" tan anhelada.

"Le tenía terror"

Como parte del acuerdo, Alfonsín cumplió con su palabra y bajó su candidatura para liberarle el camino a Graciela. La UCR nombró a Fredy Storani como segundo de la lista en la provincia. Con la estructura del radicalismo, las chances de la Alianza escalaban. Sin embargo, para los radicales, era un arma de doble filo: si derrotaba a Chiche, saldría fortalecida para la interna con De la Rúa; si perdía, elucubraban, menos aún podría competir con Duhalde en 1999. El gobernador bonaerense hizo el mismo cálculo y decidió involucrarse de lleno en favor de su esposa.

Durante la campaña, ambas protagonistas nunca se vieron las caras. En la sala principal de su casa de Lomas de Zamora, mientras toma un café con edulcorante, Chiche reconoce que hizo todo lo posible para evitarla: "No me sentía preparada para una elección y encima enfrentar a una figura como la de Graciela. La veía como una mujer muy fuerte, no solamente por su dimensión física. La verdad es que tenía miedo". Trae a la memoria un día cuando, en viaje a Mar del Plata, le avisaron que Graciela también estaría allí. "¡Voy a tener que enfrentarme! ¡Y en vivo! Sentía terror", revela.

Luego, se sumerge en el análisis: "Por otro lado, su figura y la de Chacho, no tanto la de De la Rúa, significaban un cambio, porque la gente estaba harta del menemismo. Como si fuera poco, yo sabía que de esa elección dependía el futuro de mi marido. La posibilidad de

perder me llenaba de culpa, aunque después, cuando se fueron acomodando los melones, entendí que no tenía por qué".

La campaña se acercaba a la recta final con desenlace abierto.

Diario de campaña

1. Un difícil equilibrio. Graciela trataba de captar el voto de las clases populares, pero debía hacer equilibrio con la base de sus votantes de clase media. En cada recorrida por partidos con fuertes desigualdades esa tensión se reproducía. Así ocurrió en Tres de Febrero. El sábado 4 de octubre, bajo un cielo encapotado, ella saludaba desde la caja de una camioneta por el centro de Caseros. Minutos antes, frente a la prensa, había interpretado que "la gente no está eufórica con la Alianza, sino que está esperanzada" y que "la Alianza une y suma" a los vecinos. Al pasar la caravana, una mujer le gritó: "¡Graciela, acá está la clase media! ¡Los pobres están con Duhalde!", mientras saludaba a la candidata con una gran sonrisa.

2. El viejo truco de las anteojeras congeladas. La actividad era desgastante. Por eso, aprovechaba cada segundo para descansar. Marcelo Stoll reconstruye la "combi-cama" en la que se trasladaba: "Uno de los asientos de atrás se reclinaba. Ella se ponía unas anteojeras congeladas para deshincharse las bolsas debajo de sus ojos, se calzaba una almohadilla y un cuello inflable, se tapaba con una frazada y se despedía: 'Chicos, vuelvo en diez minutitos'. ¡Y se levantaba fresca como si hubiera dormido ocho horas! Se preparaba y otra vez a la cancha".

3. Mística. Con la llegada de la UCR, la campaña se profesionalizó en cuanto a logística, recursos y militancia. Pero hasta julio de 1997 todo era a pulmón. Horas antes de que arribaran a cada pueblo, el propio Stoll y otro asistente "calentaban" el ambiente: en el ingreso a la localidad, sobre la ruta, sacaban los parlantes que guardaban en la camioneta y subían la música al máximo anunciando su llegada.

Luego, recorrían las calles micrófono en mano. “¡La avanzada eran dos personas con dos parlantes! ¡No teníamos un mango! Cuando lográbamos que algunas personas la rodeasen, cargábamos rápido los parlantes, los tres carteles que teníamos y meta correr para armar lío en el siguiente pueblo”, cuenta.

4. En el barro. Para perforar el territorio que históricamente votaba al peronismo necesitaban una estrategia de guerrilla. Así lo explica Rodil: “Fuimos a darles batalla a los peronistas en los barrios pobres y no la esperaban, no pudieron reaccionar. La sorpresa siempre es fundamental para ganar cualquier contienda”. Recuerda, entra tantas recorridas, la última por La Colorada del Sur, una barriada en Esteban Echeverría, donde el barro era moneda corriente. Sin previo aviso, llegaron en una combi junto a un grupo de periodistas. Vestida de rosa, mujeres, jóvenes y niños se abalanzaron hacia ella apenas asomó la cabeza de la camioneta. Conversó con el dueño de un almacén, que le regaló un yogur, y con una costurera que le contó su historia de vida. Ella repartió besos y abrazos por doquier. “La gente salía de sus casas, pisos de tierra, con las tortas fritas y los mates. Y, en televisión, esa imagen era muy fuerte”, se sincera Rodil.

5. Barones nerviosos. Los intendentes del PJ bonaerense se enfurecían cuando ella osaba pisar su terruño. Así ocurrió con el entonces cacique de Merlo, Raúl *Vasco* Othacehé. El 21 de septiembre la agenda marcaba: “Barrileteada”. Lugar: “Morón, Merlo y Moreno”. Sin embargo, la temperatura había comenzado a remontar un día antes de aquel Día de la Primavera cuando la policía golpeó a un grupo de militantes de la Alianza que pegaban afiches. Desde la ciudad de 9 de Julio, ella denunció las intimidaciones y detalló que a un candidato a concejal le habían puesto “una itaka en la cabeza”, tras advertirle: “Las paredes de Merlo son del justicialismo”. Desde la Intendencia se había convocado además a un acto en la plaza central a la misma hora de su arribo. Parte de su equipo le aconsejó desistir de la visita. Graciela les explicó: “Si el jefe político no se anima a ir a esos barrios, ¿qué les queda a nuestros militantes de Merlo? Para eso,

cerremos ya nuestros locales y que se vayan a sus casas. No, la actividad se hace".
De inmediato, dobló la apuesta y pidió que le pasaran el teléfono para llamar al intendente, que nunca respondió. Tampoco el jefe de la Policía Bonaerense, Adolfo Vitelli. Quien la escuchó fue el ministro de Seguridad de la provincia, Carlos Brown, a quien responsabilizó ante cualquier eventual agresión. Además, le advirtió que al llegar a la plaza se bajaría y saludaría a Othacehé. Al final, la caravana se realizó sin sobresaltos. Solo algunos panfletos y un agravio del mandamás en un periódico zonal: "Es una anciana pituca". Ante unas 600 personas, ella le contestó: "Ya no hay bastiones peronistas".

6. Amenaza de muerte. No sería una parada fácil la de ese sábado. Ya había tenido varios cruces con el "carapintada" Aldo Rico, quien iba en busca de la intendencia de San Miguel. Pero, como quedó demostrado, ella no daba marcha atrás.
La primera actividad sería en el hospital municipal para solidarizarse con los médicos en huelga. Una vez en la combi, se acomodó en su asiento y se durmió. A la altura de Camino de Cintura, sonó el teléfono que tenía Stoll, quien atendió. Le advirtieron: "Estamos apuntando a la vieja, va a ser boleta". Como no quería despertarla y asustarla, se agachó y comenzó a reclinarle el asiento muy despacio hasta que quedara debajo de la altura del vidrio. El peligro quedó atrás por poco tiempo, ya que minutos después llovieron ladrillos desde un puente al ingreso del municipio.

EL CIELO CON LAS MANOS

El domingo 26 de octubre llegó; la votación fue electrizante. Ella recibió temprano a los periodistas, a quienes había invitado a desayunar en su casa, al igual que a sus colaboradores y a otros dirigentes. Todos juntos se trasladaron a Avellaneda, donde votó. En un alto, le preguntaron cómo le impactaría una eventual derrota contra Chiche. Ella respondió que, después de perder a su hijo, todo

era ganancia. En el café Las Artes, donde tomó un café negro sin azúcar, como le gusta, sonrió con los primeros bocas de urna.

Ya en la habitación 1816 del Hotel Intercontinental, donde se dispuso el búnker de campaña, tomó una breve siesta; la noche sería larga. A las 15 la tendencia seguía a su favor. El botellón de champán que le había regalado su hija descansaba en el minibar. Otra señal fue el desfile de dirigentes que comenzó a llegar, con Chacho, De la Rúa, Terragno y Storani, a la cabeza. También se sumaron para la foto artistas como Patricio Contreras, Cipe Lincovsky, Leonor Manso, Luis Brandoni y Jairo.

El batacazo se consumó por 49% a 41% en favor de Graciela. Era, sin dudas, la gran ganadora de la jornada electoral en todo el país. Pudo capitalizar el triunfo para presentarse como presidenciable, pero siempre jugó en equipo, por lo cual, a la hora de las declaraciones, se refirió a su triunfo como un anticipo de la victoria de la Alianza en 1999.

Antes de la medianoche, sonó el teléfono. “Aunque no me crea, quiero felicitarla. Fue una campaña muy limpia, muy honesta y con mucha altura”. Era el gobernador Duhalde.[3] Menem nunca la llamó.

Las explicaciones de su conquista son varias. En la entrevista para este libro, Corach, entonces “superministro” de Menem, sugiere: “Ella era lo nuevo, lo inmaculado y estaba en una corriente política victoriosa. Chiche era una dirigente desgastada, con las manzaneras, qué sé yo. La vieja política”. En tanto, Felipe Solá, entonces secretario de Agricultura de Menem, en el libro *Reportajes*, de Jorge Fontevecchia, se refiere al triunfo como un “ventarrón”: “Ocurre cuando la gente ya tomó una decisión y la ve en todas las mesas de votación y te tapa. Ella fue un ejemplo de ventarrón en 1997. No tenía aparato ni el Conurbano, pero ganó”.

Como fuese, su victoria fue un terremoto político. Al día siguiente, *Página/12* tituló: “Nace una estrella”. Aún hoy, la tapa del periódico cuelga enmarcada en una de las paredes de su departamento.

2. Otras personas como Beatriz Sarlo dan cuenta de este episodio: “Yo recuerdo el día en que Chacho le dijo a Graciela: ‘Si ganás la provincia de Buenos Aires, yo te levanto la mano y vas a la presidencia’. Yo eso lo recuerdo, no lo escuché. Estábamos en casa de Graciela, incluso me parece que estaba presente Nilda Garré”.
3. Fue tal el impacto de la derrota para su proyecto presidencial, que Duhalde cada vez que se refiere a aquella elección la asume en primera persona. Así ocurrió una vez más cuando, en 2017, Graciela lo entrevistó en su programa “Cada noche”, en la TV Pública:
—Yo en un momento dado competí —le señala Graciela.
—¿No me digas? No me acuerdo. Qué, ¿me ganaste? —se ríe.
—Bueno, hablemos de otra cosa —le responde ella, compinche.

CAPÍTULO 8

La caída

Y, sin embargo, nadie hubiese pensado que después de aquella noche de gloria su carrera política poco a poco se apagaría. Si la elección del 95 la había encumbrado como una dirigente con proyección nacional, el triunfo frente a Chiche y el aparato duhaldista la posicionó como posible presidenta. Se asentaba como un verdadero fenómeno para el mundo político, empresario y periodístico, de tal modo que en diciembre, en una votación interna, redactores y editores de *La Nación* la eligieron como personaje del año por 25 votos más que la Madre Teresa de Calcuta y Lady Di.

Como una perdigonada, su victoria impactó en todos los espacios. Duhalde vio su candidatura herida de muerte. En cambio, a Menem se le dibujó una sonrisa a medias: su "re-re" volvía a florecer en el PJ, aunque el éxito de la Alianza a nivel nacional fue interpretado como un plebiscito contra su gobierno. Entre los radicales, De la Rúa celebraba la unidad, pero, puertas adentro, se inquietaba.

El gracielismo: el punto de no retorno con Chacho

Comenzó 1998 como la política con mejor imagen del país, por encima de De la Rúa y de cualquier oficialista, y con un piso de intención de voto de alrededor del 30%, según encuestas de la época. El camino parecía allanado hacia la presidencia, pero no contaba con el desgaste que sufriría del fuego amigo de Chacho y sus huestes. Sobre todo cuando en diciembre del 97 el líder del partido escuchó a los 700 asistentes al segundo plenario del Frepaso cantar: "¡Se siente, se siente, Graciela presidente!".

Durante todos esos años, Chacho había estimulado el ascenso de su compañera. Sin embargo, en este tramo de su plan maestro se topaba con un desvío imprevisto, ya que en sus trazos originales cabía solo un liderazgo.

Porroni, conocedor como pocos de la interna, reconstruye las preguntas nodales del momento: ¿quién era el candidato a presidente? ¿Quién era el que medía más? Luego, se encarga de responderlas: recuerda que en 1995 Chacho no había querido presentarse a jefe de Gobierno, el mismo año del fuerte crecimiento de la figura de Graciela. El triunfo del 97, a su entender, la llevó a jugar ya en otra dimensión. “Esta situación al fundador del espacio y a sus seguidores no les causaba ninguna gracia. Por eso, en el 97, el Frepaso se divide entre el chachismo y el gracielismo. En realidad, Chacho la quería a Graciela; lo que no quería era poner en duda su liderazgo. A partir de allí, hizo muchas cosas para atenuar, limar y destruir —aunque suene muy duro— al gracielismo”, asegura, al mismo tiempo que anota en este grupo a Rodil, a Ollier y a Roque Bellomo, entre otros.

Alessandro, exponente del chachismo, marca el quiebre en la relación. Sostiene que su jefe político puso el ojo en ella de entrada, ya que vio antes que otros su potencial para ganar votos. “Nos hacía crecer para dejar de ser un partido testimonial y salir del corralito, como decía Chacho. Sin embargo, cuando fue primero diputada y después senadora se estableció una relación política de mayor igualdad. Pero él, quiérase o no, era el jefe político, el creador de la fuerza, el que estaba siempre un paso más allá. Graciela lo reconocía, pese a que era la que más se rebelaba a sus decisiones”.

No obstante, está en desacuerdo con respecto a una supuesta campaña en su contra. Incluso afirma que los colaboradores de Chacho buscaban integrarla aún más y que en la elección en la provincia trataron de ayudarla.

> No hacíamos antigracielismo. Ocurre que Chacho iba demasiado rápido —con razón desde nuestro punto de vista— y que, entonces, había que tratar de hablar con ella, razonar... Era dedicar demasiado tiempo cuando había que salir a explicar con rapidez.

Chacho tenía ese trato con ella, pero a veces lo tenía con todos. Era ejecutivo: "¿Qué vas a estar contando? Impongamos los hechos, porque, si no, perdemos dos días". Había decisiones que tomaba y, ¡pum!, salía. Por eso, se la dejaba con su grupo un poco al costado.

Para Fidanza, sociólogo y uno de los encuestadores de la Alianza, ambos formaban un matrimonio destinado a divorciarse: "Él era un hombre de partido, un tanto díscolo, un eterno disidente, pero que se mantenía dentro de los marcos partidarios. Eran dos figuras con lógicas distintas, unidas por carisma mediático. Los juntó una circunstancia".

Temperamentos, egos y resultados electorales tallaron la relación. Sin embargo, fue una decisión estratégica la que los distanció para siempre: enfrentar o no al radicalismo en la interna.

Un hotel pulguiento

Graciela no tenía dudas de sus chances presidenciales. Por eso, organizó un viaje a Estados Unidos y luego a Europa para presentarse como candidata ante los principales decisores políticos y económicos a nivel mundial.

A Roma fue junto a unos pocos colaboradores, entre ellos, Porroni, quien recuerda la austeridad de la campaña, a diferencia de la de los radicales. En la capital romana, se encontraron con Jesús Rodríguez y Carlos Alconada Aramburú, alojados en un cómodo hotel. Estaban allí avivando la candidatura de De la Rúa. "En cambio, nosotros fuimos a un hotel de tres estrellas, ¡pulguiento! ¡Dios mío! Era lo que podíamos pagar... todo a pulmón. Fuimos a explicar nuestros planes, pero no teníamos contactos con las cámaras empresarias. Sin embargo, uno de los últimos días, una empresa nos dio una mano y nos puso dos Mercedes negros para trasladarnos. El dueño del hotel nos miraba asombrado. ¡No podía entender que dos Mercedes se estacionaran frente a su boliche!", cuenta, entre risas.

Para abril, las encuestas ya marcaban una ventaja de entre 8 y 10 puntos a su favor. Sumaba en Capital, en el Conurbano y en los principales centros del país. Se sentía muy confiada, incluso con aires triunfalistas, como refleja Fidanza, al recordar una reunión en la que le pidió que trabajase para ella. Él le agradeció, pero le respondió que ya se había comprometido con De la Rúa. "Entonces, me dice una frase que nunca me voy a olvidar: 'Pero, dale, che; ¡qué dudás tanto si la presidenta voy a ser yo!'", dice Fidanza entre risas.

Ella sabía que estaba en condiciones de dar el golpe, pero su sueño presidencial se le escurrió entre los dedos. ¿Qué sucedió? Descontaba que la interna sería dura, aunque confiaba en el voto de los independientes y en el empuje de su partido. ¿Si así se lo había prometido el propio Chacho cuando aceptó jugar en la provincia? Pero la posición del jefe político había virado: ahora buscaba consensuar una fórmula con la UCR.

De ese modo se lo confirmó Alessandro a Graciela, en una entrevista que ella le hizo para *La ilusión*:

> Cuando ganaste en la provincia, Chacho sostenía que tenías que ser presidente. Cuando alguno de nosotros, yo por ejemplo, le contestábamos que tenía que ser él, decía que la gente lo veía conflictivo y que vos eras más abarcadora. Este enfoque duró medio año. Luego, predominó la idea de que no teníamos estructura suficiente ni para ganar ni para gobernar. De todos modos, fue un manoseo estúpido y desgastante que comenzaras la interna para después, por los medios, sugerir que te bajabas.

Chacho consideró que se podrían negociar mejores espacios de poder en un hipotético gobierno de consenso. Las segundas y terceras líneas del partido se relamieron y empezaron a soñar con secretarías, subsecretarías, direcciones y otras dependencias.

Sin embargo, Graciela quería jugar. Le seducía la chance de ser presidenta y lo creía posible. Así también lo considera Sarlo: "Ella, a esa altura, pensaba '*heaven is the limit*'. Por una cuestión de edad, sabía que era su momento. No era una anciana, pero tenía 65 años,

diecisiete más que el Chacho".

Además, Graciela estaba convencida de que la dinámica propia del proceso expandiría al Frepaso a nivel nacional, incorporando a nuevos referentes, dirigentes intermedios y militantes.

La relación entre los dos máximos exponentes de la fuerza estaba interrumpida. Porroni organizó una cena en su casa para acercar posiciones. El plato de Chacho quedó vacío.

UNA HISTORIA DE "REBELDÍA"

Rebelde. Así fue considerada por el alto mando del partido. Es que desconocía las bajadas de línea sin que hubiera una discusión previa. En este caso, si no la convencían con argumentos, sostendría su postura.

Nunca le habían gustado los "porque sí", como recogía su hermana Mecha en *Graciela, esa mujer*: "Se peleaba mucho con mamá porque no aceptaba recibir órdenes. Mamá insistía con que fuéramos ordenadas, pese a que ella misma no lo era. Y mi hermana, la verdad, era muy desordenada. Mamá le gritaba '¡Sos una desobediente! ¡No colaborás!'. Y ella: '¿Por qué tengo que hacer esto o lo otro?'".

En el mismo libro, su hija María Alejandra señalaba que su madre se caracterizaba por hablar, discutir e ir hacia adelante. Recordaba cuando una vez, en la calle, vieron a una mujer que le pegaba a su hijo con una madera. Su mamá se acercó y la reprendió con fuerza marcándole que era una barbaridad lo que había hecho. Por ese tipo de actitudes, María Alejandra decía:

> Sus amigas de toda la vida la observaban siempre en la punta de la colina tratando de romper con viejos cánones. Como cuando en la playa se escondía detrás de los médanos para que sus viejos no la vieran y se besaba con los muchachos. Ellas no hubieran dejado ni que les tocaran el meñique. También veían cómo las cuidaba, las bancaba, trataba de protegerlas. Era distinta a las mujeres de su generación. Tiene mucha espalda.

En esa sintonía, Martín asegura tener una imagen muy fuerte de ella, distinta de la de las otras mamás. Señala que, sobresalía en las discusiones por la forma de relacionarse con los demás e imponerse. "Y no solo por su figura y su altura, eh, sino por su discurso —aclara —. Era menos diplomática que ahora, pero socializaba todas las situaciones".

Con ese temple, se aferró al timón de su candidatura. Entraba en aguas turbulentas, pero avanzó hasta el final.

UNA DURA DERROTA

La disputa por la candidatura presidencial seguía en pie. Para entrado 1998, la economía se resquebrajaba; los problemas de empleo, pobreza y desocupación eran imposibles de barrer debajo de la alfombra. La convertibilidad era un laberinto sin salida aparente.

La sociedad buscaba un piloto de tormentas y De la Rúa encarnaba "el cambio seguro", tal como señalaba el *leitmotiv* de su campaña. Aparecía en los medios como un candidato sobrio, medido, austero y con experiencia de gestión, el principal pergamino que exhibía para desmarcarse de Graciela.

Ella volvió a confiar en Rodil como jefe de su campaña. El entonces diputado nacional batalló en forma leal hasta el último día de la elección, pese a manifestar que Chacho y todos —él incluido— sabían que perderían. "Era imposible derrotar al radicalismo con la estructura y el candidato sólido que tenían. A De la Rúa, yo le decía 'teflón' porque le podías tirar con lo que tuvieras y al tipo no se le pegaba nada", dice.

Al promediar la campaña, las diferencias entre los máximos dirigentes del partido se hicieron manifiestas. *Chacho* olió la derrota y, a través de los diarios, dejó entrever que prefería que las internas se suspendieran. Tenía que dar una señal al radicalismo, donde su líder espiritual, Raúl Alfonsín, también consideraba que sería un desgaste innecesario. Incluso algún cronista político le escuchó decir "esa mujer

está loca" antes de pedirle el *off the record*.

Ella veía en el trabajo menguado de su espacio el correlato de aquellas expresiones.

Las operaciones para esmerilar su candidatura empezaron a ser diarias. Y funcionaban. Los colaboradores de Graciela vivían con ansiedad e incertidumbre sin saber los próximos pasos a seguir. Por su parte, en el interior, los dirigentes y militantes del partido estaban confundidos, a raíz de las órdenes contrapuestas que les llegaban.

Cansada de las zancadillas, solicitó una reunión con el alto mando del Frepaso, en el que, además de Chacho, estaban Nilda Garré, Rodil, Alessandro y Flamarique, entre otros, para analizar la situación y tomar, en conjunto, la decisión final.

Chacho había preparado el terreno y les había pedido a varios de los asistentes que la convencieran de bajarse. Quería que fuera como candidata a gobernadora por la provincia y reservarse para sí el cargo de vice de De la Rúa.

Alessandro dio el puntapié inicial argumentando sobre la supremacía del aparato radical. Ella lo escuchó, pero contrapuso sus propios cálculos. Fue, finalmente, Flamarique quien planteó la posición más dura contra la interna. Graciela retrucó con fuerza. La tensión era insostenible. Luego, lo miró a Chacho y le dijo: "Vos, me convenciste de que teníamos que hacer el esfuerzo de que el partido creciera. Para eso me recorrí el país. Pero además nuestra gente de la provincia, que ganó rompiéndose el alma en el 97, no puede ahora aceptar que, sin competir, Fernando sea su candidato a presidente. Por eso, ¿sostenés, o no, lo que dijiste antes?"

Chacho asintió sin convencimiento y, con un gesto casi imperceptible, hizo callar a Flamarique. Tiempo después, Graciela sabría que Chacho, en ese instante, temió que el partido se quebrara. Así, admitía el nivel de incidencia que ella había alcanzado en la estructura del Frepaso.

Al considerar que nadie había esgrimido argumentos que la convencieran, Graciela cerró la conversación con el anuncio de que mantendría su candidatura. A partir de allí, el líder del partido le quitó su apoyo —y el de la fuerza— en forma definitiva.

Ese domingo 29 de noviembre se levantó con la intuición de que la jornada terminaría con una mala noticia. Sin embargo, nunca hubiera esperado una derrota tan contundente: 63,7% contra 36,3%. Los independientes desistieron de ir a votar en la cantidad que necesitaba, en tanto que otros miles no pudieron hacerlo por irregularidades en los padrones. Además, se supo de la injerencia de sindicatos, como el de Unión del Personal Civil de la Nación, y del PJ, sobre todo el bonaerense, en favor de De la Rúa. Graciela le ganó al jefe de Gobierno de la Ciudad en su propio territorio y en varios partidos del primer cordón del Conurbano. No obstante, en el resto del país, el mapa se tiñó de rojo.

Como fuera, el sueño presidencial estaba terminado.

UN NUEVO DESAFÍO: LA GOBERNACIÓN DE LA PROVINCIA

Fue en el propio búnker del Hotel Castelar donde Chacho le pidió que fuera la candidata para la gobernación de la provincia de Buenos Aires. En realidad, el acuerdo original cuando se conformó la Alianza indicaba que quien perdiese la interna iría de vicepresidente. Sin embargo, Graciela como vice significaría el desplazamiento institucional de Chacho. Así lo asegura Porroni, quien estaba esa noche en el hotel: “Ambos, junto a Flamarique, se encerraron en una habitación. No había nadie más. De hecho, habían puesto a un compañero como guardia en la puerta. Así fue que se decidió que él sería el vice y ella iría a la provincia, aunque desconozco los términos”.

Graciela resuelve la incógnita:

—Si querés, tomate un tiempo y consultalo con tu familia.

—Chacho, esas determinaciones no se deciden en familia, las decide el partido. Así que cuanto antes lo anunciemos, mejor.

Subió a su cuarto, donde los familiares y los colaboradores más cercanos continuaban masticando bronca e impotencia. Estaba cansada y acongojada, pero se abrochó el vestido verde y les dijo que solo podría acompañarla el que se contuviera y dejara de llorar.

Minutos antes había llamado a Rafael Pascual, mano derecha de De la Rúa y de Alfonsín, para consultarle si estaban dadas las condiciones para acercarse a saludar al Comité Nacional de la UCR. Pascual le aseguró que no solo sería muy bien recibida, sino que el propio De la Rúa anunciaría su candidatura. Sin embargo, le restó asfaltarle los cincuenta metros previos al ingreso de la sede radical, donde decenas de militantes bonaerenses pugnaban por participar del festejo: a más de uno de quienes la acompañaban les patearon los tobillos y les metieron los codos en las costillas, un anticipo de la actitud con la que negociarían los cargos.

En el interior del comité era todo desmesura. En una nota de opinión para *Perfil*, De la Rúa recordaba en 2011: "Recibimos con aplausos a Graciela y a Chacho. Se aceptó su propuesta de que ella, en vez de integrar la fórmula como vice, fuera candidata a gobernadora. Iniciamos el diálogo con Chacho para que integrara la fórmula presidencial, algo que yo deseaba vivamente. Finalmente aceptó. Pero esa es otra historia".

Graciela se embarcaba en otra campaña: la sexta en seis años.

En tono positivo

El desafío exigía preparación personal, el desarrollo de planes y el armado de equipos técnicos. Por su experiencia de gestión como intendente de San Isidro, el radicalismo nombró a Melchor Posse para secundarla. Ella lo consideraba un conservador con prácticas similares a las de varios "barones del Conurbano". Prefería a Storani. Pero no estaba en sus manos la elección.

Tras los primeros preparativos, salió a caminar la provincia con Rodil como su sombra. La relación con Posse fue fría de entrada. Más allá de las diferencias ideológicas, ella se enfurecía con el cotillón rojiblanco y el nostálgico "Volveremos, volveremos, como en el 83". No entendían que para ganar necesitaban del voto peronista.

La estrategia de marketing y comunicación quedó en manos del publicista estadounidense Dick Morris y de Antonio de la Rúa,

Antonito, el hijo mayor de Fernando, a quienes se sumó el publicista Ramiro Agulla. Morris aconsejó una campaña positiva tanto a nivel nacional como provincial. En los *focus groups*, los atributos señalados apuntaban a su personalidad afectiva, contenedora, maternal, pero a la vez a su firmeza. Era un equilibrio provechoso, sobre todo porque enfrente tenía una dupla del PJ con experiencia: el vicepresidente de la Nación, Carlos Ruckauf, en tándem con el secretario de Agricultura de la Nación, Felipe Solá.

Graciela sacó una rápida diferencia en los primeros sondeos. Ruckauf no se quedó de brazos cruzados y centró su discurso en la seguridad. Algunas de sus repudiables arengas como "meterles bala a los ladrones" conectaban, sin embargo, con el hartazgo de buena parte de los bonaerenses.

Los hechos policiales se mezclaron con fuerza en el tramo final de la campaña. La denominada "Masacre de Ramallo", ocurrida el 17 de septiembre de 1999, derivó en un huracán político que estuvo cerca de arrasar la candidatura presidencial del gobernador Duhalde. Las ráfagas impactaron también en la estrategia de Graciela con tal fuerza que, para Rodil, ese día perdieron la elección, ya que la seguridad se ubicó en el centro de la escena. Ella, pese a aborrecer la demagogia y la belicosidad de su rival, confiesa que nunca supieron dar respuesta al reclamo de los ciudadanos. Rodil culpa a Morris y a Antonito, a quienes les argumentaba que no hacía falta recalcar que era contenedora y maternal, sino que tenían que trabajar sobre sus debilidades. En definitiva, que ella tenía que hablar de la inseguridad.

Unos quince días antes de las elecciones la ventaja de 14 puntos que existía hasta hacía poco se evaporó, tal como se lo comunicó el estratega estadounidense.

—¿Pero qué pasó, Morris? —le espetó Rodil.

—No sé, díganme ustedes qué pasó. Yo no conozco la provincia de Buenos Aires —fue la respuesta que le dio el especialista.

Ruckauf notó el aturdimiento de su adversaria y probó con nuevas descargas: la acusó de atea, anticristiana y abortista para enfrentarla a la Iglesia y, por ende, al votante católico y conservador. Sobre todo después de cerrar un acuerdo clave con Acción por la República, de

Cavallo. Esos votos de derecha, sumados a los que le arrebató al exsubcomisario Luis Patti, fueron determinantes.

Graciela llegó a la veda electoral sin respuestas. Especulaba que aún conservaba unos puntos de ventaja por el "efecto arrastre" de De la Rúa-Chacho. Por eso, había rechazado debatir con su rival.

La frente en alto

Tras votar en Avellaneda, tomó la ruta 2 hacia el Hotel Corregidor, de La Plata. Llegó y se refugió en la habitación reservada. Durante la tarde, siguió con optimismo los bocas de urna provistos por su encuestador, Roberto Bacman. La daban 3 puntos arriba. Por eso, cuando a las 18 el canal Todo Noticias la dio como vencedora, explotó de alegría. En la calle decenas de militantes y personas sueltas se abrazaban entre sí. Ella quería salir a saludar, pero Rodil le pidió que esperara. Sin embargo, no pudo con su genio y se asomó por la ventana. "¡En ese momento era la gobernadora! Me acuerdo que Rodil decía: '¡Llegamos, llegamos!'". "Nadie mentía: estábamos convencidos de que ella había ganado", se suma Porroni.

Sin embargo, una catarata de votos del segundo y tercer cordón del Conurbano revirtió la tendencia hasta convertirla en irreversible. Pasada la medianoche, Graciela admitió la derrota: 41,4% a 48,3%.

Tardó unos minutos en salir de la conmoción hasta que, una vez más, sacó fuerzas de donde creía ya no tener. Puso su mejor cara y partió hacia el Hotel Panamericano. Allí, De la Rúa y Chacho se abrazaban y levantaban los brazos junto a sus parejas: les habían sacado diez puntos de diferencia a Duhalde y a Palito Ortega. Como reveló Graciela en *La ilusión*, Chacho pasó de calificar a De la Rúa como "político corcho" —siempre se mantenía a flote, sin tomar posiciones claras, ni comprometidas— a llamarlo Fernando, a secas, un político "capaz de fumar bajo el agua".

Al llegar, los felicitó y se lamentó de no haberles llevado una victoria. Recuerda a De la Rúa realmente triste por su derrota. En cambio, relata que a Chacho no se le movía un músculo de la cara.

Una etapa se cerraba. Sabía que formaría parte del nuevo gobierno desde un cargo trascendente. Pero a esa altura de la noche estaba devastada. Con algunas horas de sueño podría pensar mejor.

Alta exposición

La decisión de Graciela de competir en la interna presidencial estaba amparada en la necesidad de hacer del Frepaso una fuerza nacional. Así lo habían planeado el año anterior con el jefe de la fuerza. Para eso, debía tomar más protagonismo y explotar una de sus fortalezas: su exposición en los medios de comunicación. Y lo hizo, aunque no todos los que la rodeaban lo comprendieran.

Aquellos años habían sido una montaña rusa en su vida, pero también en la de su familia. De caminar con soltura por la calle a no poder asomarse a la vereda sin ser besada, tocada, reverenciada, sobre todo, en el 98.

Martín, quien la acompañaba como colaborador desde la campaña a diputada por la provincia, fue un testigo directo de esa transformación. Señala que en todos los diarios, en todas las revistas, en todos los programas —entre los que destaca el almuerzo con Mirtha Legrand de 1997— se hablaba de su madre porque sumaba puntos de *rating*. La gente, en la calle, la besaba, la abrazaba. Sin embargo, asegura Martín, todo ese despliegue de cariño la confundió. “Se creyó que era una diva. A mí me daba mucho nervio. Me gustaba que la gente y los medios la trataran así, pero me empezó a enajenar”, remarca.

“¡Le encantaban esos juegos! Y no entendía por qué yo me resistía, por qué, por ejemplo, no fui al almuerzo de Mirtha Legrand. ¡Ni loco iba a ir! Se hizo un personaje atractivo”, agrega.

Martín estuvo a su lado hasta la derrota contra Ruckauf. Después descartó sumarse a su equipo en el Ministerio. Fue un trago amargo para Graciela porque la contenía y le hacía abrir los ojos, con un lenguaje llano y directo. Por eso, valoraba tenerlo a su lado, más allá de que siempre le había reconocido agudeza en sus análisis.

Con la misma franqueza, su hijo explica que, cuando asumió como ministra, era muy difícil hablar con ella: "Se había convertido en un personaje. No tenía mucho tiempo, recibía llamadas por dos o tres teléfonos a la vez. Se empezó a marear, se mareó, aunque también hubo soberbia. Nunca se corrompió, jamás. Solo que se mareó... Pensó que tenía más soga de la que tenía, que tenía más resto, que lo que había conseguido no se lo podrían sacar. Pero cuando llegó la crisis económica, se le vino la estantería encima".

Por su parte, su jefa de prensa, Ana Correa, quien también dejó su cargo en 1998, recuerda:

> Hasta la elección a senadora en la provincia, todo crecía. El problema empezó con la interna abierta con De la Rúa. Durante la campaña, estaba muy presionada, no le gustaba recibir críticas, estaba muy intolerante. Al principio era la firmeza de su carácter, todo bien. Pero el quiebre fue cuando se la creyó. Porque se la creyó, empezó a fastidiarse con los periodistas cuando antes tenía una muy buena relación con ellos.

Novaro cuenta que, cuando Graciela le pidió su opinión sobre la conveniencia o no de ir a la interna, le manifestó que no solo no podría ser presidenta, sino que tampoco le convendría ser candidata. "Eso la hirió profundamente, pero se lo dije porque, para mí, no tenía los recursos suficientes para gobernar aquel país", reflexiona, a la vez que agrega: "Se había formado como una líder y no podía consumir su capital político en una batalla inútil. Me decía: 'En el Frepaso, estoy mejor que Chacho'. Yo le daba la razón, pero le aseguraba que era probable que, en ese contexto, Chacho tampoco pudiera ser presidente".

Sin embargo, esta parte de su carrera política ya era historia. Ahora debería descender al árido terreno de la gestión.

De "rosca" y pases de factura

Cuando la espuma por el triunfo presidencial bajó, De la Rúa y Chacho pasaron a acordar las reglas de juego para definir el gabinete presidencial. Comenzaba la "rosca", la savia de la política. Para eso, decidieron ocupar durante una semana dos pisos del Panamericano: uno para los radicales y el otro para el Frepaso. Por los pasillos del hotel, transitaron sin cesar desde colaboradores y equipos técnicos hasta dirigentes históricos, pasando por negociadores de todo pelaje, arribistas y elegantes lobbistas.

En cambio, ella se resguardó en su hogar. Admitía que con esa segunda derrota consecutiva el valor de sus acciones caía. Llegaba otra instancia usual del día después de toda elección: el pase de facturas. Chacho se apuntó primero en la lista, ya que, consideraba, la determinación de ir a la interna y su posterior derrota lo ponía ahora en desventaja para negociar cargos. Pero no se opondría a que le otorgasen un puesto de relevancia en el futuro gobierno.

Al Panamericano decidió enviar a Rodil, quien, como admite, fue a escuchar más que a exigir. Jorge de la Rúa, hermano de Fernando, y Nicolás Gallo, los negociadores por la UCR, le informaron que se crearía el Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente y que querían que Graciela lo encabezara. A su entender, era un excelente puesto en términos presupuestarios, de contacto directo con la gente y de desarrollo territorial. Por eso, la llamó y le dijo que fuese rápido a diagramar su ministerio.

El 10 de diciembre de 1999, con aires renovados, Graciela juró como ministra. La misma sensación se respiraba en las calles: el levantamiento de la Carpa Blanca, después de 1003 días de protesta docente, era una señal de confianza en la nueva gestión.

El nuevo edificio donde Graciela viviría buena parte de su próximo año y tres meses estaba en la Avenida 9 de Julio 1925. La ex sede del Ministerio de Obras Públicas era una mole racionalista construida en 1933, para la época un rascacielos de 90 metros de altura. El primer día de trabajo lo ocupó en explorar el terreno, conocer quién era quién entre los funcionarios y saludar, piso por piso, al resto del personal.

Las áreas y competencias del nuevo ministerio eran elefantiásicas. Porroni, a quien Graciela nombró como subsecretario de Coordinación

económica, explica que a las tres secretarías sociales les sumaron las de Deporte y de Medio ambiente. En total, en el mismo edificio, trabajaban 4000 personas, pero para comunicarse entre sí tenían que hacer llamadas externas, porque no contaban con una misma característica telefónica. “Era un dislate: mucha gente, mucha guita y mucho despelote”, resume.

Graciela asumió sentada en un polvorín: conflictos con piqueteros que cortaban las rutas de Salta y muertos en protestas en Corrientes. En una escala menor, pero de impacto mediático, distintas personas contratadas por el Consejo del Menor y la Familia para alojar y cuidar en sus casas a chicos con problemas con la ley amenazaban con protestas por falta de pago. El gobierno de Menem había dejado un Estado en ruinas.

No obstante, Porroni la recuerda entera en los comienzos de su gestión, con mucha responsabilidad y ganas de transformar. “Pero poco a poco descubrimos la gravedad de la situación económica. En los Juegos Olímpicos de Sidney 2000, ¡no teníamos ni para mandar a los remeros! Donde tocabas, no había un mango”, reconstruye.

Una de las primeras medidas que tomó fue intentar unificar los padrones para el pago de los planes sociales. Para eso, pidió documentación a todas las secretarías del Ministerio y a las dependencias de las provincias.

Como la respuesta demoraba, se llamó a un encuentro a los ministros de Desarrollo Social de todas las provincias, a quienes se les solicitó el listado de los beneficiarios. Nunca lo enviaron. Porroni explica el porqué: “Desde Nación se les mandaban a las provincias los bolsones con productos de primera necesidad. Los intendentes del PJ los recibían, los desarmaban prolijamente y con el contenido de un bolsón sacaban cuatro cajas, a las que les ponían ‘Intendente José te ayuda’. Ese negocio no se lo cortabas ni loco”. Y agrega un dato de color: “A esa reunión vino Alicia Kirchner, a cargo del área en Santa Cruz: nos llenó la cara de dedos”.

Sin embargo, uno de los principales palos en la rueda fue la dinámica de poder hacia adentro del Ministerio. Graciela había preparado su equipo de trabajo, pero la cartera era un coto de caza de

distintos intereses, en muchos casos, cruzados.

En una entrevista a *Infobae*, admitía años después el error de haberlo aceptado dividido con dos viceministros radicales (primero, Cecilia Felgueras y, luego, el gobernador jujeño Gerardo Morales), ya que conducían igual que ella el Ministerio, por lo que se generaban constantes tensiones.

El caso de su cuñado

Tras los primeros cuatro meses, el barco había logrado salir a mar abierto. Pero pronto otro conflicto lo haría zozobrar: la denuncia periodística, y luego judicial, contra su cuñado, Ángel Tonietto, un médico con amplia trayectoria en el sistema de salud pública, designado como uno de los tres interventores del PAMI, por beneficiar presuntamente a dos clínicas prestadoras de la obra social de los jubilados, cuya directora era su esposa, Juana María Castagnola, la hermana menor de Graciela. El caso, por el cual once años después Tonietto resultaría absuelto, impactó de lleno en su principal capital simbólico: la honestidad.

"¿Qué le pasa a Graciela? La transformación de Graciela en el poder". Ese fue el título que eligió Jorge Lanata para la edición del jueves 6 de abril de 2000 de su revista *Veintidós*. El informe aseguraba que la recategorización de las clínicas puestas bajo la lupa permitiría un incremento de un 25% en los ingresos que percibían del PAMI. La gestión, continuaba el artículo, había sido realizada por José Amorín, subinterventor del área de prestaciones y colaborador de Tonietto, quien la había aprobado a pesar de que existían informes que desaconsejaban efectuarlo.

En su despacho, el presidente llamó rápidamente a Felgueras, quien también era interventora jefa del triunviro en el PAMI. Acordaron que era imprescindible la renuncia de Tonietto. De la Rúa le pidió, además, que cuidara la imagen de la ministra que, en definitiva, era cuidar la suya.

En forma paralela, Graciela se comunicó con Tonietto, quien se

encontraba en Canadá para la firma de varios convenios. Escuchó sus explicaciones, pero le ordenó que regresara de inmediato. Mientras tanto, ella misma elevó el caso a la Oficina Anticorrupción y a la SIGEN, el órgano que rige el sistema de control interno del Estado, para que investigasen.

El sábado 8 de abril fue un día largo, cargado de tensión e incertidumbre. ¿Qué debía hacer? Confiaba en el comportamiento de su cuñado, pero el conflicto era la primera denuncia de peso por corrupción y tráfico de influencias contra un gobierno que se había embanderado con la transparencia.

Sin embargo, fue el propio cuñado quien resolvió la situación cuando llegó y le presentó su dimisión indeclinable.

En *La ilusión*, Graciela sostuvo que fue De la Rúa quien pidió a Tonietto en el PAMI, aunque reconoció que no se interpuso y que debió haber evaluado que la exposición pública a la que estaría sometida la intervención de la obra social desaconsejaba que ese puesto lo ocupara un pariente suyo. “Pero no lo hice. Estaba imbuida de la expectativa por las transformaciones que nos proponíamos llevar a cabo y no consideré en profundidad los eventuales aspectos negativos de esta designación. Necesitaba un experto muy competente en salud pública en quien pudiera depositar toda mi confianza y Ángel reunía sobradamente esas condiciones”.

En una inusual autocrítica por parte de un dirigente político, agregó: “Padecí, además, de cierta dosis de soberbia: no concebía ninguna situación que pudiera llegar a poner en duda mi honestidad y lograra, siquiera, rozarme. La realidad se encargó de desmentirme muy pronto”.

Tonietto cumplió con su palabra y se presentó ante la Justicia para que se investigase “del primero al último día” de su gestión. Diez años después, el 15 de julio de 2011, fue absuelto por un tribunal oral. Juana lloró un largo rato tras escuchar el fallo, así como también sus dos hijos, que siguieron la sentencia por el altavoz de su celular. Muchos años de dolor quedaban enterrados para siempre.

Por último, en 2017, Lanata, en su programa en Radio Mitre, se cuestionó por la denuncia que publicó contra Tonietto, a la vez que

calificó el caso como un tema menor.

Chacho y un volantazo al precipicio

Apenas seis meses duró el romance entre De la Rúa y Chacho. Nació la noche del triunfo electoral y se consumió con el tratamiento de la Ley de Reforma Laboral, sospechada de haber sido aprobada tras el pago de sobornos en el Senado de la Nación.

El polémico proyecto había logrado media sanción en Diputados, con el apoyo de la Alianza y el rechazo unánime del PJ. Sin embargo, en abril de 2000, varios senadores peronistas levantaron la mano junto a sus pares oficialistas. Días después, el jefe de la CGT disidente, Hugo Moyano, denunció que el ministro de Trabajo, Alberto Flamarique, les había dicho a algunos sindicalistas que, para los senadores del PJ, tenía la "Banelco".

Chacho, vicepresidente de la Nación y a la vez presidente de la Cámara Alta, estaba en el cadalso, con su prestigio en juego si no encontraba una respuesta institucional. Por eso, hizo lo previsible: anunció de inmediato el comienzo de una investigación, que nunca inició.

Por otro lado, Flamarique, envuelto en el escándalo, no solo había desoído la exigencia de Chacho de renunciar a su cargo, sino que, días después, fue ascendido por De la Rúa como secretario general de la Presidencia. El jefe del Frepaso lo entendió como una desautorización por parte de su socio político y le sirvió para renunciar veinticuatro horas después.

La confianza que frepasistas y radicales habían construido en el largo proceso que derivó en la Alianza se esfumaba como un amor de verano.

Graciela hubiese esperado escuchar la noticia de su boca, pero, a esa altura, la relación estaba desgastada. Quien se lo comunicó fue Juan Pablo Cafiero, diputado nacional y mano derecha del vicepresidente. Estaba atónita. Ella nunca se había escondido. Por eso, tras cortar el teléfono, lo llamó:

—¡Chacho, me acaba de decir Juampi que querés renunciar! ¡No podés hacerlo! —le dijo entre la recriminación y la súplica.

Luego de escucharlo unos segundos, Graciela supo que era una decisión tomada. Ahora había que preparar el terreno para anunciar la noticia que ya corría en forma de rumor por todas las redacciones. Ningún periodista le consultaría por el convenio con el INTA que firmaría en el Ministerio en algunos minutos.

—OK, Chacho, pero tenemos que analizar el impacto de tu renuncia y debatir si nos vamos todos de la Alianza.

—No, pará, Graciela, solo yo me voy —le respondió.

—Chacho, estoy yendo al Ministerio y todos querrán saber si es verdad que te vas. Suspendo la conferencia.

—No, andá y adelantá mi renuncia.

Además, Chacho le pidió que le insistiera a Flamarique para que presentara su dimisión, esta vez en la Secretaría General, y que reuniera a toda la dirigencia del Frepaso en su Ministerio. Por último, quedaron en que se verían a primera hora de la tarde en su departamento de la calle Paraguay.

Ínterin, ella habló por teléfono con el presidente. Lo notó desesperado intentando que su vicepresidente asumiera la responsabilidad que le habían conferido los votantes. Graciela le anticipó que no creía que pudiera hacerlo cambiar de parecer.

Al entrar al departamento, la mirada se le fue hacia el balcón, donde había un parlante, un equipo de sonido y un micrófono. Algunos íntimos de Chacho esperaban a las masas en un operativo clamor, pero en la puerta solo había un puñado de personas mirando hacia arriba. Finalmente, se vieron las caras. Todas las miradas se depositaron en ellos. Ella lo saludó con un gesto frío. El aire se cortaba con un cuchillo cuando volvió a sonar su celular. Era el expresidente Alfonsín, quien le pidió que lo comunicara con él. Graciela le trasladó la inquietud al aún vicepresidente. Pero, a esa altura, nada le importaba.

Antes de partir, le preguntó si tenía pensado salir a hablar desde el balcón. De ser así, le advirtió que le parecía un despropósito. Chacho mandó a desarmar todo.

"Presento mi renuncia indeclinable al cargo de vicepresidente de la Nación". A *Chacho* le bastaron once palabras para abrir un cisma en el gobierno y en el sistema institucional del país.

Eran las 19.33 del viernes 6 de octubre de 2000.

El fin de la pareja política de la década

También fue el final del Frepaso y de la pareja política más trascendente de la década. En su libro *La ilusión*, Graciela expresó en forma visceral su pesar por ese filicidio inconsulto. Vale la pena recoger su testimonio:

> Tiró por la borda una construcción política como el Frente Grande, primero, y el Frepaso, después, por la que muchos, incluso él mismo, habíamos puesto años de nuestras vidas al servicio de ese sueño. Él había asumido una responsabilidad institucional como vicepresidente de la Nación pero también como jefe de la Alianza, que no podía desoír así nomás. Nos habían votado para combatir la corrupción, es verdad; pero también para disminuir la pobreza, lograr la reactivación de la economía y la generación de empleo. Pero Álvarez, a solo diez meses de haber asumido, jugó a todo o nada la suerte de la Alianza por un solo hecho de uno de los grandes temas que constituían nuestra promesa de gobierno.
>
> Por otro lado, ¿renunciar para qué? ¿Renunciar hacia dónde? Porque quizás se hubiera justificado si previamente hubiese construido otro horizonte político para ofrecerles a sus partidarios y a los ciudadanos en general, una alternativa, una meta colectiva. Pero Chacho pegó un volantazo hacia el precipicio. Tuvo una actitud de un individualismo insólito, absoluto. En este punto terminan las interpretaciones políticas y comienzan a tallar los rasgos de la personalidad. Porque Chacho es un analista brillante, un creador de gran imaginación política. Pero siempre fue remiso y ambiguo a la hora de hacerse cargo de la gran escena que él mismo ha sido capaz de imaginar y montar. La verdad es que renunció

porque la economía iba mal y no quería quedar en un gobierno que la gente lo entraba a insultar. Por otro lado, si era verdad que se iba asqueado por la corrupción, ¿por qué después quiso volver?

La última vez que se volvieron a ver frente a frente fue en septiembre de 2012, en el marco del juicio a De la Rúa por las supuestas coimas en el Senado. Él se acercó para saludarla con un beso, pero ella le extendió la mano. "No pude evitarlo, me salió así. Me dolió mucho...", admite.

En una noche calurosa de enero de 2017, en una sobremesa de un restaurante peruano en Belgrano, me amplía: "La verdad es que terminé muy enojada con él porque lo quería. Recién ahora me permito sentirlo y decirlo después de que pasó tanta agua bajo el puente. Siempre le había sido leal y no se comportó de ese modo conmigo. Ni siquiera me informó su renuncia de manera directa. Me costó mucho tiempo recuperarme de la desilusión que generamos en la gente".

Su adiós a la política partidaria

El 20 de enero de 2001, George W. Bush asumió como presidente de Estados Unidos e inauguró una etapa diferente para las finanzas internacionales. El nuevo Tesoro de ese país dispuso que para los denominados países emergentes solo habría fondos frescos para que pudiesen pagar deudas ya contraídas y no para ayudarlos en su reactivación. Fue el golpe de gracia para el gobierno de la Alianza.

El ministro de Economía, José Luis Machinea, fue el primer fusible que saltó por el aire. En realidad, se adelantó a que lo despidieran y renunció a su cargo el 2 de marzo. Las usinas ultraliberales que impulsaban en ese cargo al ministro de Defensa, Ricardo López Murphy —quien no deseaba tomar el timón—, ganaron, en principio, la pulseada por sobre quienes proponían el retorno del exministro Cavallo, entre ellos, Chacho. De hecho, López Murphy aceptó el puesto con la condición de tener el aval político para las drásticas

medidas que, consideraba, debían tomarse.

El 5 de marzo López Murphy anunció un plan con fuertes podas en áreas sensibles como el empleo público, el sistema jubilatorio y en educación, una vaca sagrada para el arco progresista del gobierno.

Graciela explica que el recorte educativo fue el detonante de su salida definitiva. Pero, como aseguran algunos de los entrevistados, los motivos principales giraban en torno al ahogo presupuestario y la interna en su Ministerio, y la indisimulable quita de apoyo dentro del Frepaso.

Sobre este último punto, De la Rúa, en la entrevista para este libro, reconoce que, antes de renunciar, Chacho comenzó a llevarle cuestionamientos permanentes contra la acción social del gobierno, es decir, contra Graciela. “Me hablaba de la necesidad de un cambio, y me insistía en que ella se fuera —revela el expresidente—. Yo la defendí siempre. Nunca le pedí la renuncia, aunque se fue igual”.

El 12 de marzo de 2001 Graciela abandonó el Ministerio y, semanas después, el gobierno, tras un breve paso por la vicejefatura de Gabinete.

A su secretario personal, le encomendó que rindiera cuenta de la última caja chica del despacho. Recuerda Stoll que, al llegar a la Tesorería, los empleados le preguntaron:

—¿Ahora qué necesitás, Marcelo?

—Vengo a rendir la caja de la ministra.

—Pero dejate de hinchar.

—No, pará, acá tenés el resto de dinero que quedó.

—Uy, mirá, Marcelo, tengo que preguntar cómo se hace el cierre porque esto nunca lo hizo nadie; nadie devuelve el dinero.

No fue la única vez que Marcelo vivió estas situaciones. Cuando su jefa dejó la Vicepresidencia Segunda de la Cámara de Diputados de la Nación le solicitó que rindiera cuenta de una impresora portátil que se usó en una gira por Europa y hasta de una funda de una computadora.

La política como un servicio público: así Graciela siempre la entendió.

CAPÍTULO 9

El círculo de la sabiduría

Era tan abrumador su pesar que el día que renunció llegó a su casa, se tiró en el sillón e insultó durante varios segundos en voz alta. Ella, que había tenido poder, admiración y cariño; que del 3% en la elección de 1991 había llegado a ser la mujer más votada de la historia argentina apenas cuatro años después; que se había convertido en la esperanza de dirigentes, militantes y de miles de ciudadanos que, desencantados de la política, habían vuelto a creer por su ejemplo de valentía y honestidad. Ella había tocado fondo.

"De un Fórmula Uno a un monopatín", describía Graciela a esta nueva etapa de su vida, en la que extrañaba lo que antes le fastidiaba, entre otras cuestiones, ser despertada por las radios al alba.

Con el silencio, llegó la tristeza. Después de mucho tiempo estaba en el llano. Pasaron semanas, meses, hasta que volvió a andar, aunque todavía sin un horizonte claro. No obstante, a los 70 años y aún sin saberlo, estaba dando sus primeros pasos en el círculo de la sabiduría, tal como lo denomina su amigo y exsecretario de Medios, Jorge Sigal.

Claro que fue un proceso doloroso, como lo fue aquel verano de 2002 para el resto de los argentinos. La bronca explotaba en cada esquina. Ningún dirigente político de relevancia podía salir a la calle sin sufrir un escrache.

Así le sucedió a Graciela, según relatan sus hijos. Martín cuenta que una tarde, en las playas de Pinamar, donde descansaba junto a ella, su esposa y sus hijos, debieron irse frente a una protesta de algunas personas.

Meses después, se fueron a vivir a España. Graciela fue a visitarlos. "Allí sufrió otros dos episodios, con algunos argentinos que la insultaron de arriba a abajo. Fue durísimo para ella, porque en los 90

la paraban para saludarla, pero cuando la Alianza hizo crac lo hacían para insultarla. Ojo, también lo fue para el resto de la familia", aclara.

Precisa que partió a España porque las posibilidades de trabajar como arquitecto en la Argentina estaban paralizadas. "Pero además porque hacías un trámite del documento o ibas a cualquier ventanilla y te preguntaban: '¿Usted es Meijide?'. Y me miraban con cara de: 'Ah, ¿usted es algo de Graciela?'. Nos pegó a todos los Fernández Meijide, a mis primos Tonietto, a todos. Por eso, dije 'basta de esto. Yo no soy Graciela Fernández Meijide, déjenme de molestar, quiero hacer mi vida' y me fui".

También María Alejandra sintió el cimbronazo. Para ese verano, había alquilado una casa en el country Highland Park. Cuando un grupo de vecinos se enteró de que estaba con Graciela se acercaron a la casa con sus autos y tocaron bocina e insultaron. Recuerda también el día en que fueron a hacer unas compras a un supermercado en Pilar. "En un momento dado, algunos tipos y algunas minas se vinieron al humo, pero yo salté a defenderla. Ese año fue muy duro; después, se dieron cuenta de que no todos los políticos eran iguales, se dejaron de molestar ", destaca.

Graciela nunca se escondió. Muchas veces se obligaba a salir sola al supermercado o al cine para evitar el encierro personal. Sobre todo, tras sufrir una depresión de la que, asegura, solo pudo salir a flote con terapia y la ayuda de sus familiares y amigos.

María Alejandra la recuerda triste, abatida. Sin embargo, resalta su voluntad para estar mejor: "Ella siempre saca fuerzas de donde no las hay: '¡Pum, terapia, pum, esto, pum, lo otro!'. Es muy pragmática para dejar el dolor atrás e ir hacia la salud. Con el correr del tiempo, fue nuevamente admirada", detalla.

Graciela planeó actividades que la tuviesen ocupada. Su amigo Vicente Palermo, uno de los que más la acompañaron en este trance, repasa con admiración: "Se puso de acuerdo con su hija para construir una casa en Villa Gesell. ¡Construyeron una casa! Ella se trasladaba hasta allá, compraba los materiales, apuntaba sobre la obra. La terminaron y la vendieron. Es decir, se generó cosas que la alimentasen y la estructurasen. Es increíble su capacidad de

recuperación”.

Palermo es un personaje central en este pasaje de la historia. Ambos se habían conocido en los primeros años de la democracia. En los 90, el sociólogo y ensayista se había sumado al primer equipo de trabajo con el que ella se había lanzado a la política. Luego, decidió continuar con su carrera profesional, por lo que mucho tiempo había pasado cuando se reencontraron en Madrid, en diciembre de 2002.

Él había viajado desde Florencia, donde vivía. Un amigo en común le comentó que Graciela estaba allí y que quería verlo. Reconoce que estaba irritado con ella, tras la experiencia frustrada de la Alianza, pero que aceptó. Se encontraron en el Café Comercial, del barrio de Bilbao.

“La encontré muy mal, derrumbada —rememora Palermo—. La verdad es que estaba hecha pelota. Me preocupé, realmente me preocupé, porque era otra Graciela de la que recordaba. Me contó pormenores de la debacle, y me pareció que me estaba pidiendo ayuda. Por dentro, me dije: ‘La tengo que ayudar. Si puedo, la tengo que ayudar’”.

Para el segundo café, ella le confió que quería escribir un libro con su punto de vista sobre lo sucedido con el gobierno de la Alianza y le preguntó si podría contar con sus devoluciones. Él aceptó gustoso el cargo de *sparring*, como describe en clave boxística.

La primera página que escribió fue el puntapié de una catarata de descripciones, sensaciones, situaciones y análisis políticos. Estaba tan enojada que descargaba su bronca sobre el teclado durante horas. “Entonces, Tito me paraba y me decía: ‘Esperá, ¿por qué decís esto? ¿Y por qué aquello?’. Me obligaba a argumentar”, le agradece.

Aquella catarsis le permitió reencontrarse con excompañeros en el gobierno, sin la tensión de las reuniones en la Casa Rosada, sino en su departamento de Belgrano. Alessandro fue uno de los que se acercó a conversar. “Vi a una persona sola y enojada con todos, pero que estaba entera. Quería entender qué había sucedido. Por eso, me decía que quería escribir. A mí me pareció de una fuerza, de unas agallas...”, valora.

Fue un proceso largo que finalizó en julio de 2007, cuando salió a la

luz *La ilusión. El fracaso de la Alianza visto por dentro*. Los medios periodísticos volvieron a recoger su testimonio sobre lo ocurrido en aquel gobierno y, de paso, pidieron su parecer sobre la marcha del gobierno de Néstor Kirchner, sobre todo en materia de derechos humanos.

Era su regreso a la gran escena pública, ya no desde la acción partidaria, sino desde la reflexión política.

La verdad, siempre la verdad

"¡Traidora!". Así la descalificó una mujer en plena calle en mayo de 2016, a metros de la Usina del Arte, adonde había concurrido a ver una muestra. La desconocida la abordó por detrás y huyó redoblando el paso. Graciela pasó de la perplejidad a la indignación. "Fue una cobarde, no le pude ver la cara; ni siquiera me dio tiempo para preguntarle traidora por qué, a quién", masticaba bronca aun cuando habían pasado varias horas.

La anécdota representa el rechazo que generó en sectores kirchneristas y de la izquierda la asertividad con la que condenó la violencia de los 70. Fue un quiebre en ese discurso en bloque cincelado desde el Estado durante doce años, un quiebre que incluso le valió romper lanzas con viejos compañeros de ruta.

En 2003, Néstor Kirchner se había convertido en presidente de los argentinos, luego de que Menem desistiera del balotaje. Consciente de su debilidad, salió desde el primer momento a fortalecer su proyecto político, por un lado, cooptando o tejiendo una alianza con los organismos de derechos humanos, según quien lo analice, e incorporando a sectores del denominado progresismo. El propio Chacho, en declaraciones a *Página/12* en 2004 entendía como "bastante lógico" el pase de excompañeros. "El presidente quiso abrir el peronismo a figuras extrapartidarias y se encontró con que los que habían militado en el Frepaso eran los más afines", agregaba. Un año después él mismo asumió como presidente de la Comisión de Representantes Permanentes del Mercosur.

¿Por qué Graciela no lo hizo? El sociólogo Eduardo Fidanza interpreta que después del golpe del 76 no había habido una apropiación política de los derechos humanos, que gozaban de una enorme popularidad. Y que el kirchnerismo, al politizarlos, los malversó. De aquellas mujeres fundacionales del movimiento de derechos humanos, Graciela hizo un camino singular, con autonomía, sin dejarse cooptar por ninguna fuerza. Como no terminó subsumida a Chacho, subraya, tampoco lo hizo con el kirchnerismo para el que era una figura imprevisible.

Su oposición no fue cerrada. Incluso acompañó medidas oficiales como la renovación de la Corte Suprema o la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, impulsada por el oficialismo. Su discordancia se manifestó cuando la retórica setentista del entonces gobierno se plasmó en acciones, como la orden presidencial de bajar los cuadros de Videla y Bignone del Colegio Militar o la incorporación de un nuevo prólogo a la última edición del *Nunca más*, al cumplirse treinta años del golpe. Decidió entonces que era hora de dar una respuesta más robusta y documentada. Luego de tres años, llegó en 2009 *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*, con una bajada que decía "A Pablo", en homenaje a su hijo. Por último, como parte de esta saga a contrapelo, presentó, en 2013, *Eran humanos, no héroes. Crítica de la violencia política de los 70*.

A lo largo de estos años, sentó posición sobre distintas aristas respecto de los derechos humanos y su violación:

- Criticó la violencia política en los 70 bajo cualquiera de sus formas. Cuestionó a las cúpulas de las organizaciones armadas y de las Fuerzas Armadas y denominó a su enfrentamiento como una guerra entre aparatos, pese a sostener una y mil veces que no es equiparable la represión ilegal de los militares desde el Estado.
- Propuso, junto al filósofo Claudio Tamburrini, sobreviviente de la Mansión Seré, conmutar penas a militares a cambio de información fidedigna sobre el destino de los desaparecidos.
- Apoyó la reapertura de los juicios impulsados por los gobiernos

de Néstor y Cristina Kirchner, pese a afirmar que, en muchos casos, no se siguió el debido proceso.
- En ese sentido, rechazó la decisión de los jueces de mantener en prisión a los condenados mayores de 70 años, al considerar que se estaba más cerca de la venganza que de la justicia.

Verdad sobre lo ocurrido e igualdad absoluta ante la ley, que, a su vez, lleva a pedir justicia no solo para la víctima, sino también para el victimario de la víctima: esas son las premisas que guían su pensamiento, sus declaraciones y sus acciones.

El debate por la cifra de desaparecidos

Los resquemores entre funcionarios y excompañeros de militancia no tardaron en llegar. Pero ninguna declaración provocó tanta controversia como cuando en *Eran humanos, no héroes* esgrimió que la cifra documentada de desaparecidos era de menos de 9000 frente a los 30.000 denunciados por los organismos de derechos humanos.

Conviene citarla: "Al terminar su mandato, la Conadep había recibido 7380 denuncias de desapariciones producidas entre el 24 de marzo de 1976 y 1983. ¿Por qué entonces el anexo al informe *Nunca más* incluye los datos de casi 9000 personas desaparecidas? La respuesta es que la lista se engrosó con la incorporación posterior de denuncias hechas ante ONG y organismos nacionales e internacionales que no habían sido hechas ante la Conadep en ese corto lapso de nueve meses en el que funcionó".

En enero de 2009, Graciela se comunicó con la Secretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia de la Nación para tener la última actualización de la lista. Le respondieron que no la estaban brindando, aunque le confirmaron que la cifra que aparecía en la web del organismo era la que podía asentar.

"En esta hay dos listados: uno con todos los datos, tal como en el anexo del *Nunca más*, y otro con el nombre de víctimas de desaparición o ejecución sumaria, de las cuales solo consta el nombre

o poco más. En el primero se detallan datos de filiación y lugar y fecha de la desaparición de 7030 personas, en el segundo el nombre de otras 924", explicaba en el libro.

Por otro lado, ofreció como argumento que en el Parque de la Memoria figuran en sus muros los nombres de 8875 personas desaparecidas por razones políticas desde 1969 hasta 1983.

¿Por qué la importancia de discutir la cifra? Ella lo señaló con claridad: en homenaje a la verdad y, sobre todo, por respeto a las víctimas, resultaba imprescindible que se lograra una lista a partir de toda la información seria existente.

Ahora, ¿cómo surgió la cifra simbólica de los 30.000 desaparecidos? En un libro posterior, *El diálogo*, que compartió junto a Héctor Leis, exoficial de Montoneros, revela que aquel número nació en 1977, y que el motivo se lo develó el exsecretario de Derechos Humanos Eduardo Luis Duhalde. Duhalde le confió que cuando llegó exiliado a España, organizó con otros argentinos la denominada Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) para trabajar con Naciones Unidas. Pero que la Convención sobre la Desaparición Forzada de Personas aún no existía: la única era sobre genocidio, creada después del Holocausto. Duhalde le explicó que el genocidio supone una cantidad notable de gente y que ellos trabajaron con la cifra de 30.000. Después, cuando las Madres, que sostenían la consigna "Aparición con vida, con vida se los llevaron, con vida los queremos", llegaron a España, chocaron porque la CADHU los daba a todos por muertos para denunciar un genocidio. Sin embargo, la cifra quedó como un símbolo para todos.

Una vez publicado *Eran humanos...*, Eduardo Luis Duhalde salió a desmarcarse y a cruzarla, a través de una carta pública, en la que aseguró que la cifra de 30.000 "no es arbitraria", que era producto de diversas variables, a la vez que intentaba dar por terminada la discusión: "El único registro fehaciente de la cantidad de víctimas asesinadas, su identidad y destino final está en poder de los asesinos".

Hasta Hebe de Bonafini y Estela de Carlotto dejaron sus históricas diferencias de lado y coincidieron en sus críticas. La primera afirmó que hablar de la cantidad de desaparecidos es "un oprobio, una

ofensa". "Las Madres no vamos a discutir el número; lo que vamos a discutir es quiénes tenemos derecho a gritar, a decir y a defenderlos y quiénes se asoman de vez en cuando para vender un libro rastrero", sentenció. En tanto, la segunda sostuvo: "Es prácticamente decir que mentimos. Los 30.000 desaparecidos no son un número caprichoso".

En la entrevista para este libro, Carlotto señala que la primera vez que escuchó a Graciela afirmar que la cifra no era de 30.000 fue en el marco de la investigación llevada adelante por el juez Baltasar Garzón, en España: "Entre todos los organismos, en ese momento, nos preguntamos qué estaba diciendo. Porque con ella hablábamos y compartíamos todo, diseñábamos, avanzábamos. ¿Cómo pone en duda algo que está levantado por todos nosotros, como un número no inventado, sino casi anunciado, desde muchos lados?".

La propia APDH, la casa que la albergó durante tantos años, publicó un comunicado en agosto de 2009, en el que aseguraba:

> Ante declaraciones formuladas por la señora Graciela Fernández Meijide, exintegrante de esta institución, con apreciaciones personales referidas a temas altamente sensibles para la lucha por los derechos humanos, definitivamente incorporada a la cultura popular, la APDH ratifica la posición que históricamente ha sostenido con respecto a la cantidad de desaparecidos y al enjuiciamiento y penalización de los responsables de crímenes de lesa humanidad.

Un dato de color: Graciela se sorprendió cuando, en el marco de la investigación para este libro, supo sobre su carácter de "exintegrante", ya que nunca renunció, ni le comunicaron su expulsión.

Dar a conocer esa verdad, esas verdades, tuvo sus costos. La suya no era cualquier voz, como pondera Sarlo, para quien "la cuestión es desde dónde se emite ese discurso y la autoridad con la cual se lo hace. Y Graciela explica muy claramente lo que se sabe, lo que no y punto".

Otro de los que resalta su coraje es Novaro:

> Tuvo un papel muy importante. Discutir eso fue muy jugado porque se ponía a todo el mundo en contra. Ahora, ¿cómo un discurso sobre derechos humanos puede ser antiliberal? Fue una operación de cooptación de valores enormemente destructiva y de la cual han participado los organismos, *Página/12* y toda la izquierda estalinista que hay en el país. Eso Graciela lo combatió públicamente con bastante eficacia y coraje. Le dio un tono a la discusión contra el kirchnerismo, que le devolvió un rol público no político.

Cada uno de esos debates apuntó a intentar abrir una hendija en ese cerco. Lo hizo, como señala, para que las nuevas generaciones puedan cotejar la historia con mesura. Muchos de sus críticos argumentaron que su intento reforzaría las posiciones de la "derecha" y de "los defensores de los militares"; que alimentaba la "Teoría de los dos demonios". Es decir, el utilitarismo político por sobre la búsqueda de más verdad.

Por eso, en su presentación en el Coloquio Empresario de IDEA, de 2017, Graciela explicó que cuando, tibiamente primero y después con mayor intensidad, apareció una reivindicación de la lucha revolucionaria y una justificación de la violencia, sintió que debía aclarar que:

> A los derechos humanos se los banaliza cuando se los instrumenta como herramienta político-partidaria y que se los desprecia cuando por conveniencia se diferencia el derecho de los nuestros del de los otros, sobre todo el de los adversarios. [...] "No me dijeron bonita, pero como no tengo ni Twitter ni Facebook, otros me lo contaron. Lo toleré bastante bien a pesar de que salir de la tribu, de la aldea, tiene sus costos", cerró su discurso.

Perdón y reconciliación: el encuentro con el Papa

"Conocí presidentes, ministros, secretarios de Estado. La vida fue generosa conmigo. Sin embargo, este es un encuentro muy particular.

Estoy en un momento especial de mi existencia. Siento que el tiempo vale más que nunca, necesito aprovecharlo, no desperdiciar un segundo. Quizá todavía pueda hacer cosas que sirvan a mi país, para unirlo, para cerrar algunas de las heridas que nos han dolido tanto".

Así comenzaba la crónica que publicó en *La Nación* tras la visita al papa Francisco en su residencia en Santa Marta. Fue el miércoles 11 de noviembre de 2015. La acompañaba su amigo y excolaborador Carlos Porroni.

Graciela y el Papa se conocían de cuando ella era legisladora y él llevaba adelante su tarea pastoral en la Ciudad como monseñor Jorge Bergoglio. Pero había algo más que la sorprendió. Cuenta Porroni que en un momento de la visita, el Papa le confiesa:

> "Los políticos se aprovecharon de mí; por eso, no les doy más votos ni nada". Pero enfrente tenía a Graciela... No me cerraba. Sin embargo, agregó: "Pero usted estuvo en la Estatuyente". Salimos sin saber qué hacía la Estatuyente en la mente de Bergoglio, ¡y diecinueve años después! Al otro día, Eduardo Valdés, entonces embajador ante la Santa Sede, nos invitó a cenar y nos cuenta: "Él te reconoce mucho que en la Estatuyente, pese a la opinión de otros a los cuales nunca recibirá, vos defendiste que existiera en el preámbulo la palabra Dios".

Anécdota al margen, el Papa estaba al tanto del debate público sobre la violencia, la reconciliación y el perdón entre sectores enfrentados en los 70. Graciela se sintió reconfortada cuando le dijo:

> Hay que curar las heridas, pero sin dejar de mirar las cicatrices. El Papa me señaló que el que había cometido un crimen tenía que estar preso. Estábamos hablando del tema de la reconciliación. Le manifesté: "Usted sabe que no soy religiosa, pero como lo fui, sé que para que se dé el sacramento del perdón hay que confesar el pecado, tener propósito de enmienda, que acompaña la reparación, y cumplir la penitencia". Y él me respondió: "El perdón hay que pedirlo, pero el otro no está obligado a perdonar. Conceder el

perdón es cuestión de voluntad". Uno supone que el otro tiene que perdonar, y no es así necesariamente.

Las palabras del Papa fueron el corolario de una discusión que ella sostenía con quienes proponían el perdón como camino hacia una reconciliación. Su posición fue y es taxativa: se puede pedir perdón, pero no implica de por sí su aceptación. En su caso, enfatiza: "A mí me quitaron un hijo y la condición de ciudadana durante muchos años. Yo no me siento capaz de perdonar por Pablo porque no está vivo. No sé qué hubiera hecho él si estuviera vivo. Tal vez perdonaba, tal vez decía 'bueno, basta, esto es pasado', o no, los querría perseguir hasta el último lugar. La verdad, no lo sé, por lo tanto no puedo decir yo perdono. La verdad que no".

Uno de los interesados en recorrer ese sendero fue Héctor Leis, quien, más allá de la autocrítica, pidió perdón por haber sido uno de los actores de aquella tragedia. "Asumo públicamente y con pesar mi propia historia de guerrillero. No puedo arrepentirme por lo que hice porque lo hice queriendo y empujado por el espíritu de época. Pero sí pido perdón por el sufrimiento causado por mis acciones; lo nuestro fue una locura que fue al encuentro de otra locura", expresó en *El diálogo*.

Leis era socio del Club Político Argentino, al que Graciela también pertenece casi desde sus orígenes. En el marco de los frecuentes intercambios entre los más de 250 socios que lo integran, ambos ofrecieron sus puntos de vista sobre la violencia política de los 70. En muchos coincidieron, no así en el perdón.

La verdadera grieta es la pobreza

En todos estos años su postura sobre el perdón y la reconciliación no varió. Por eso, llamó la atención una controvertida propuesta de una parte de la Iglesia católica, de cara al cónclave de obispos realizado en mayo de 2017 en la casa de retiro El Cenáculo-La Montonera, en Pilar.

Graciela había sido invitada semanas antes para dar testimonio en

un panel junto a otros dos familiares de víctimas. Los obispos querían que contara su experiencia personal, la lucha de los organismos y su lectura política sobre lo sucedido. Por eso, se sorprendió cuando el 2 de mayo *Clarín* publicó en tapa: "La Iglesia busca reconciliar a familiares de desaparecidos con familiares de militares". En la bajada de la nota, podía leerse: "Desde hoy, la Conferencia Episcopal recibirá testimonios de ambos sectores para intentar un acercamiento sobre lo ocurrido durante la dictadura. Comienza con un diálogo con Graciela Fernández Meijide".

Su primera reacción fue de enojo: ¿si ella no era una de las partes a acercarse? Luego, le escribió al autor de la nota para aclararle que hubiese rechazado el convite en los términos que planteaba en el artículo. En forma paralela, se levantaban las voces de representantes de los organismos de derechos humanos rechazando el encuentro.

Sin embargo, cumplió con su compromiso y fue hasta Pilar. Me pidió que la acompañara. Tras recorrer unos 60 kilómetros, atravesamos a las 15.15 la barrera de acceso de la extensa y sobria casa de retiro. La recepción fue distendida. Nos sentamos en un sillón y los principales obispos desfilaron frente a nosotros para saludarla.

Los monseñores José María Arancedo —entonces presidente de la Conferencia Episcopal Argentina— y Jorge Casaretto —el histórico e influyente obispo emérito de San Isidro— nos invitaron a tomar un café, a la espera del ingreso al salón principal, donde aguardaban más de cien obispos de todo el país.

En una pequeña habitación, a media luz, nos distribuimos alrededor de una mesa. De un lado, Casaretto, Arancedo y Jorge Lozano, arzobispo de San Juan y en ese momento presidente de la Pastoral Social, quien se había sumado al convite; Graciela, los dos familiares restantes y yo, del otro.

Una mezcla de tensión y ansiedad flotaba en el ambiente: era necesaria una aclaración sobre los términos en que había sido invitada. Pero apenas adujeron una mala comunicación del tema porque, aseguraron, ellos solo alentaban un camino de reflexión interna de la Iglesia, en el marco de la cultura del encuentro señalada por el Papa.

Graciela los escuchó; luego, les indicó que veía inocuo el debate extramuros, ya que ninguna de las dos partes involucradas había pedido perdón. “Y además, ¿saben qué? La grieta de los 70 irá sanando con el tiempo, a través de la Justicia, como me dijo el propio Papa. Ahora, a mí me preocupa otra grieta, en la que ustedes, como Iglesia, junto a otros sectores, tienen mucho por hacer: es el tercio de la población que está excluida, por debajo de la línea de la pobreza, mientras los otros dos tercios viven sin interesarles”.

Allí estaba el verdadero motivo por el que había decidido participar: instalar y sumar a la Iglesia a ese debate crucial, saturado de cifras escalofriantes; una deuda de toda la sociedad, en la que, insiste Graciela, sus elites dirigenciales (política, sindical, empresarial, eclesiásticas) se llevan la mayor parte de la responsabilidad por desentenderse de la búsqueda de consensos básicos.

Los tres obispos permanecían en silencio. Solo asentían con sus cabezas. Fue una clase de estrategia política: Graciela les planteaba la necesidad de ampliar los alcances y contenidos de los derechos humanos para que no quedasen circunscriptos solo a los fundamentales —como la vida y la libertad—, sino a otros tangibles como vivienda digna, educación y alimentación adecuadas.

El 1 de junio de 2017 volvió a la carga, esta vez, desde el estrado del Palacio de la Legislatura, donde fue distinguida como Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires. Fue vehemente en su apelación frente a un auditorio conformado por influyentes personalidades como la gobernadora de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, los ministros de la Corte Suprema de Justicia Carlos Rosenkrantz y Elena Highton de Nolasco, funcionarios como el secretario de Cultura de la Nación, Pablo Avelluto, y Hernán Lombardi, titular del Sistema Federal de Medios y Contenidos Públicos, embajadores y periodistas.

Tras recibir la distinción, cerró su discurso así: “Sigo tomando el compromiso de no decirles a quienes son más jóvenes que en manos de ellos queda la responsabilidad de un porvenir. No me salgo de mis obligaciones; en tanto me den las fuerzas seguiré trabajando como ciudadana con todos los que crean que desde este presente, sin olvidar el pasado, debemos y podemos edificar una sociedad más integrada,

una sociedad con pleno Estado de derecho".

"El Club": otro modo de hacer política

Sin histrionismo, a fuerza de razonamiento y muchas horas de dedicación. Ese fue el camino a través del cual Graciela logró reconquistar una voz pública. Más allá de la propia densidad de su palabra, el Club Político Argentino, del cual es su presidenta desde marzo de 2019, le permitió también amplificar su voz.

"El Club", como es conocido por sus socios, es un nucleamiento de pensadores, periodistas, dirigentes sociales y políticos —algunos de ellos, también funcionarios— y muchas personas que tan solo se interesan por la cosa pública, de distintas orientaciones político-ideológicas.

Graciela cuenta que el objetivo del Club es intercambiar apreciaciones y debatir sobre la coyuntura y otras políticas públicas de largo plazo, que la enriquece estar en un espacio con tanta amplitud de ideas y que, en lo personal, acompaña todas las medidas que ayuden a modificar las cuestiones institucionales que "se estropearon" en la Argentina. Por eso, reconoce que desde el CPA buscan influir en las elites dirigenciales para que se animen a pavimentar el camino hacia el fortalecimiento republicano.

Palermo, uno de los fundadores del CPA y su presidente durante el último mandato, considera vital el "rol de ancla" de Graciela, porque les da estabilidad e "impide que nos vayamos por las nubes". Remarca que todo el tiempo ella delinea y propone acciones para llevar adelante. "Es un modo distinto de hacer política. Graciela no ocupará cargos nuevamente, pero hace política, digamos, cívica: dialoga con todos los sectores y suma voluntades", señala.

Sin embargo, desde que recuperó visibilidad, los estrategas políticos volvieron a posar los ojos sobre ella. El ofrecimiento más concreto ocurrió en mayo de 2015, cuando un alto dirigente del PRO le propuso ser cabeza de lista de Cambiemos para el Parlamento del Mercosur (Parlasur). Graciela agradeció, pero declinó la invitación.

Meses después fue la gobernadora Vidal quien le pidió que la acompañara como secretaria de Derechos Humanos en la provincia. Graciela se sintió halagada y fue hasta la Casa de la Provincia en Capital, aunque llevaba un no indeclinable como respuesta, ya que, dada su edad, le sería imposible rendir al ciento por ciento. Le explicó, además, que creía que quien asumiera esa responsabilidad debía ser alguien que no hubiera sido, de un modo u otro, protagonista en la lucha por los derechos humanos desde el 76 en adelante. Sin embargo, se puso a su disposición y le recomendó sumar a Santiago Cantón, quien, semanas después, asumió en ese puesto.

Más allá de cuestiones personales, su decisión guardaba otra razón de peso: estaba y está convencida de la necesidad de una renovación de la clase dirigente. Considera que en todo equipo de gestión existen los *seniors,* que saben administrar y comprenden las consecuencias de sus determinaciones, y los *juniors,* surgidos en su mayoría de las universidades, con conocimientos y experiencias nuevas para aportar, con una inteligencia muy estimulada, que, sin embargo, deben aprender a aplicarla a la política. Esa combinación, reflexiona, es la clave de una buena gestión.

Graciela se retiró en el momento en que debía hacerlo. “Para un político, es más difícil saber irse que llegar; mucho más difícil. Por eso, muchos no se van, sino que al final los echan a patadas. No entienden cuándo pasó la oportunidad. Ella se retiró bien; tuvo una intuición política remarcable”. Quien destaca su comportamiento es otro “animal político”: el exministro del Interior, Carlos Corach. Agrega que, cuando un dirigente tiene responsabilidades importantes, debe comprender que no serán para siempre y preparar a tiempo su retiro. “Ella, en ese sentido, fue muy inteligente. En cambio, un político como Menem, de enorme intuición política y liderazgo, no supo hacerlo”, confiesa.

El adiós a la política partidaria no le impide a Graciela frecuentar y ofrecer sus opiniones a los funcionarios, dirigentes, empresarios y sindicalistas que quieran escucharla. Las puertas de su departamento siempre están abiertas.

Así sucede con varios altos funcionarios del PRO, con Pablo

Avelluto, en muchos casos, oficiando como nexo. El secretario de Cultura y amigo de Graciela recuerda una cena con Jaime Durán Barba, el principal asesor de campaña del presidente Mauricio Macri:

> Fue increíble porque llegaron a mi casa a las diez de la noche y se quedaron hasta las cuatro de la mañana intentando convencerse. Yo no daba más y al otro día tenía que levantarme para laburar. Jaime hacía esquemas en una hoja sobre una mesa ratona con su interpretación sobre el electorado y la sociedad. Él había visto la película basada en *El diálogo* y había leído algunas cosas de Graciela. Ella, inicialmente, lo miraba con desconfianza: claro, el estilo del PRO, de Macri, de Marcos (Peña) es distinto del de la política tradicional. Sin embargo, tenía una avidez y una curiosidad —que no es propia de dirigentes de su generación y que siempre me llamó la atención— para preguntarse: "¿Estos tipos qué están haciendo? ¿Hay algo o es solo un globo?". Se fascinaron mutuamente.

Otra de las que se acercaron hasta Blanco Encalada y Libertador es la gobernadora Vidal. Sentada en una austera sala de la sede del Banco Provincia, sobre la avenida Callao, me cuenta cómo fue la vez que se conocieron, a comienzos de 2015, a instancias de Avelluto. Puntualiza que, en ese momento, ella estaba lejos de ser siquiera una candidata competitiva en la provincia y que, de hecho, nadie creía que podría ser gobernadora. Pero que, así y todo, la recibió en su departamento con un té. Vidal señala que solo quería escuchar la experiencia de lo que había atravesado cuando Graciela había sido candidata en 1997.

> Fue un encuentro muy profundo; desde que entré, me hizo sentir como una hija, porque es muy protectora —se sincera—. Me mostró, además, que es apasionada por lo que hace, que es perfeccionista, que tiene sensibilidad, pero también la firmeza necesaria para defender sus convicciones, que la política para ella no es una carrera de cargos que tiene que ganar, sino de convicciones a

defender. Hay tantas cosas que descubrí en común con ella que inevitablemente me sentí y me siento unida a través del tiempo.

Vidal llegó a ser gobernadora, tras quebrar la hegemonía del PJ en la provincia. Fue un resultado histórico. Graciela sabía del desafío que enfrentaba y eligió estar cerca desde el inicio de su mandato, tal como lo reconoce Vidal: "Fue muy amorosa conmigo en situaciones duras; además de felicitarme cuando gané, me volvió a contactar cuando ocurrió la 'Triple fuga', que fue un momento muy difícil de la gestión".

Luego, se detiene en el modo en que Graciela decide comunicarse: "Me sorprende porque me manda mails —ni mensajes de texto ni whatsapp— diciéndome lo que piensa, siempre desde un lugar muy protector. Siento que puedo contar con su consejo o soporte. Es una sensación que me reconforta y que le agradezco mucho".

Al día de hoy ambas se visitan en encuentros distendidos por fuera de los flashes.

Los contactos escalan hasta el propio presidente Mauricio Macri. En 2014, a instancias otra vez de Avelluto, Graciela preparó la mesa para seis: el entonces jefe de Gobierno porteño y su esposa, Juliana Awada; su mano derecha, Marcos Peña; el entonces secretario de Cultura de la Ciudad y también amigo de la dueña de casa, Hernán Lombardi; y el propio Avelluto, quien define ese momento como el encuentro entre dos mundos. "¿Vos querés gobernar la Argentina? —sorprendió a Macri, en un alto de la cena—. Entonces, lo primero que tenés que saber es que la Argentina no es la Ciudad de Buenos Aires".

Fue una conversación suelta y franca, como lo demuestra la siguiente anécdota: en un momento dado de la cena, Macri quiso servirse agua, pero encontró la jarra de vidrio vacía. Le avisó a la anfitriona sobre el faltante. Graciela le señaló la cocina y, con cortesía, lo mandó a buscar agua a la heladera.

El lazo se reforzó a lo largo de estos años. Hoy, Graciela mantiene línea directa con el presidente y con varios ministros.

"Es macrista", quisieron encasillarla algunos medios. Graciela lo niega, solo que está dispuesta a colaborar para que cualquier gobierno

democrático lleve adelante su gestión lo mejor posible y termine su mandato. Sobre todo, detesta esa suerte de creencia de que solo los gobiernos peronistas lo logran. Agrega que jamás negó la capacidad del peronismo de haber contribuido a hacer de esta una sociedad inclusiva, pero, sostiene, ninguna identidad política puede por sí sola representar "al pueblo".

A partir de estas consideraciones es que asumió el desafío de conducir un programa radial como un espacio para potenciar los debates que se daban en el CPA. La primera emisión fue en abril de 2014, en La Once Diez, Radio Ciudad.

Treinta años antes, cuando la democracia necesitaba voces que la fortalecieran, se había calzado los auriculares, en el mismo edificio del Centro Cultural San Martín, junto a Alfredo Bravo. Entonces el tema era la vigencia de los derechos humanos.

En esta ocasión, el punto de largada se centró en la educación, junto al exministro del área, Esteban Bullrich, y la especialista Guillermina Tiramonti.

Graciela es solvente en el aire: reflexiona, pregunta, juega con los silencios, estimula la conversación entre los invitados, que se sorprenden con esta nueva veta. El ciclo se sostiene aún cinco años después. Desde el inicio, aclaró que no se ubicaría en el lugar de periodista, sino que su intención sería convocar a dirigentes políticos y sociales, académicos y especialistas para que ofrecieran un diagnóstico y diversas propuestas para construir un proyecto de país posible e integrado.

En 2017, aceptó un nuevo reto: la conducción de un programa de entrevistas en la TV Pública, llamado "Cada noche". No solo entrevista a dirigentes políticos, sino que se anima a dar un paso más al convocar al actor Ricardo Darín o al extécnico de la Selección, César Luis Menotti, en dos de los reportajes más vistos del ciclo.

Graciela asume la conducción de ambos programas con la responsabilidad que la caracteriza, pero también lo hace porque le divierte.

Camila y Diego, sus nietos, son una debilidad. El orgullo que siente por ellos se nota en cada novedad que me cuenta sobre sus vidas y sus carreras universitarias. Ella estuvo y está presente en el día a día como ambos lo demuestran en estas palabras.

Camila:

Hace ya varios días, creo que semanas, que me pediste que escribiera una anécdota. Estuve pensando largo, paseando entre recuerdos y evitando quedarme en uno. Creo que me cuesta porque nuestra relación, como todas las relaciones, tiene algo de ambivalente: ¿qué voy a elegir, una escena de "esa" Graciela, "la política", o una de "mi abuela"? Hay un abismo entre los recuerdos de efusivos saludos de extraños en la calle en los 90, un escrache en la playa en 2002, estar dando vueltas un domingo por la cocina mientras terminás de preparar la comida, una partida de cartas o una sesión de Scrabble. Todas esas mujeres son la misma persona, mi abuela.

Como a todas las personas, mi abuela me despierta relaciones encontradas. Estoy a punto de quedarme dormida cuando sé qué quiero escribirte.

Hace unos meses me mandaste, por pedido mío, unos audios con dos historias que me contabas cuando era una nena. Quería poder contárselo a mi primita Ana. Mientras caminaba por la calle, escuchaba historias de buñuelos y piratas, viejos que iban al colegio y brujas cantantes. El encanto que tenían esas historias en mi infancia ya no estaba, pero permanecía como un hilito muy brillante que me ataba a otro tiempo. En esa imagen viven en mi mente mis recuerdos con vos: un hilo brillante que rodea actos cotidianos y no tan cotidianos, un poco extraños, pero normalizados. Un hilo tenaz y fuerte, que ilumina y alegra, y que a veces quema y lastima un poquito; difícil de romper. Un festejo al final de una elección en un hotel. Una derrota. Un desayuno a la mañana bien temprano. Ravioles con salsa scarparo. Un libro prestado. Una receta

inventada. Plantas, gatos, papeles. Orden. Una foto de Pablo. Una historia de brujas, buñuelos voladores y viejos que todavía van al colegio.

Diego:

Las personas mostramos aristas de nuestra personalidad muy diversas en función del rol que cumplimos, en la circunstancia en la que nos encontramos. Cuando mostramos nuestra cara al público generamos una percepción de nosotros mismos diferente de la que se mantiene en el ámbito privado. Incluso nuestros amigos nos conocen diferentes de como nos conoce nuestra familia. A su vez, la visión que nuestros hermanos tienen de nosotros no es la misma que la que tienen nuestros padres, nuestros hijos o nuestros nietos.
Cuando mis profesores me preguntan si tengo algo que ver con Graciela Fernández Meijide, la exsenadora, diputada, ministra, "la de los derechos humanos", "la de la Conadep", una de las personas gracias a la cual hoy estamos un poco más cerca que antes de la verdad, yo contesto que sí, a pesar de sentirme dividido. Esa mujer existe y es la mamá de mi papá, pero la persona que yo conozco no hace esas cosas, la persona que yo conozco me invita desde que soy muy chiquito a comer ñoquis con manteca, o lo que yo quiera, a su casa, a jugar a las cartas, a la generala, a ver una película, me pide ayuda con la computadora o con el celular, se preocupa por cómo me va en las diferentes etapas de estudio, me aconseja cuando lo necesito, me cuenta anécdotas graciosas. La persona que yo conozco no es Graciela Fernández Meijide; la persona que yo conozco es mi abuela.

De entre casa

Asombra lo que puede hacer en un día. Por lo general, se levanta alrededor de las 7.30. No necesita despertador: sus gatos Luqui y Lupita la despiertan tras enroscarse entre sus piernas y su cuello. Poco

después, llega la otra Graciela de la casa, quien la ayuda con las tareas diarias desde hace más de veinte años, en una relación en la que el trabajo se funde con el cariño.

Después de desayunar un café negro —sin azúcar ni edulcorante—, una tostada con mermelada y un jugo de naranjas, el día se le despliega de par en par. Que vive sola es una verdad a medias: lo evidencian las llamadas telefónicas, los whatsapps o la catarata de mails que recibe y responde. A los 88 años, cada día es una aventura distinta.

El living es su teatro de operaciones. Las paredes están tapizadas de libros —"y eso que tuve que hacer limpieza; ¿querés alguno?"—. Sobre la mesa ratona de vidrio, siempre hay uno abierto, o dos o tres, y el diario *Clarín*. Lee con fruición, hasta el cansancio. Un sillón mullido y aterciopelado, color marrón, sobresale en el espacio. Allí dormita no más de treinta minutos a la hora de la siesta, lo suficiente para sostenerse en pie durante el resto de la jornada.

Más allá, en el escritorio, su *notebook* resopla apenas la ve: lo sabe, otro día de trabajo duro le espera. Ella puede escribir desde un discurso para un homenaje de los tantos que le brindan hasta consejos a funcionarios, artículos periodísticos o libros.

Durante los fines de semana, el living-oficina se convierte en sala de juegos. Las puertas se abren los sábados por la tarde, con Tita y Chicha, en primera fila; a veces, se suman Susana, su hermana Mechita y María Alejandra. Las partidas de cartas y Scrabble pueden llegar a ser encarnizadas. "Se pone mal cuando no gana. ¡No le gusta perder ni a la bolita! Es su naturaleza", dice Chicha, entre risas. "Hace un tiempo comenzamos a jugar al Apalabrados en internet, con nuestras *tablets*; la embarqué en esa aventura", relata, por su parte, Tita, de 90 años, antes de confesar: "Pero el juego se acaba cuando ella gana. No le gusta despedirse perdiendo", agrega.

Cada ambiente cobija sus gustos y diversiones. En el salón vidriado de la terraza, más libros se asoman al precipicio desde las estanterías. Sin embargo, el objeto que más resalta es la vieja máquina de coser Singer, con varias bobinas de hilos multicolores sobre su lomo. Graciela puede pasar horas tejiendo o cortando y cosiendo un

trajecito, un vestido, una blusa. Porque, además, confecciona parte de su vestuario. O juguetes para sus cinco sobrinos nietos. Los mellizos Lucas y Valentina nunca olvidarán cuando en la Navidad de 2014 recibieron dos caballitos de juguete que hizo con palos de escoba y cabezas de tela y goma espuma.

Del otro lado de la puerta de vidrio, el balcón-terraza se puebla de quinotos, romeros, lechugas, rosas, tomates cherries, tulipanes y salvias, que se entremezclan y explotan en colores, formas y fragancias. Ella se abre paso para quitar yuyos, regar o tejer con las manos aquella santa rita que tiempo atrás protegió durante varios días un nido de palomas. En silencio, siguió el proceso hasta el nacimiento y partida de los pichones, con un ojo puesto en su gata, que se relamía soñando con su banquete.

Pero, sin dudas, la cocina tiene un lugar especial. Allí se desenvuelve con soltura y buen gusto, como reafirman amigos y familiares. Uno de ellos es Juana María.

> A Graciela le gusta leer un montón: política, novelas y policiales; le encanta el cine y coser (se ha hecho hasta sombreros), pero, cocinar, le fascina. Prepara de todo y se las ingenia muy bien para reciclar. Cuando nos íbamos juntas de vacaciones, había, por ejemplo, fideos al mediodía y a la noche aparecía... un pastel con los mismos fideos. ¡Y estaba riquísimo! Dice que nadie prepara el risotto como ella porque... lo hace ella —dice con risa cómplice.

La cocina significó también un punto de encuentro y afianzamiento de lazos en su vida política, como lo sabe su equipo de campaña, a quien, la noche anterior a cada elección, le preparaba su famoso risotto. Ana Correa, su exjefa de prensa, revive otra experiencia:

> El día después que ganó la Estatuyente nos fuimos temprano a su casa porque empezó a atender a los medios a las seis de la mañana y todos los teléfonos sonaban al mismo tiempo. Al mediodía, cuando volvíamos del programa de Mirtha Legrand, suspendió todo para ir a comprar mer-lu-zas. ¡Y nos cocinó arroz y pescado para un

montón de personas! La miré y pensé: “Es la presidenciable y cocina para nosotros. No lo puedo creer”.

No fue el único caso. María Matilde Ollier recuerda una vez que se encontraron en Nueva York, adonde Graciela fue como senadora nacional y ella estaba finalizando su doctorado en Ciencias Políticas. Ollier le propuso si quería comer con algunos argentinos que vivían en la ciudad. Aceptó de inmediato. Pero le aclaró que prefería comida casera, porque estaba cansada de la del hotel. “¿Y qué hizo? Fuimos al supermercado, volvimos a casa, se puso un delantal y la cena con los argentinos fue espaguetis con salsa de hongos preparados por la senadora en persona”.

Ya en la época de la APDH era elogiada por las tortas que llevaba. Sorprendía. Como también le pasó en 2005 a Federico Storani, exdiputado y compañero de fórmula en 1997, quien relata con un sonrisa: “Ella estaba escribiendo su primer libro sobre la Alianza cuando me llamó y me invitó a comer: ‘Vení que te hago un bife y charlamos’. Quería tener mi punto de vista sobre algunas cuestiones que habían sucedido en el gobierno. Fui. Cuando llegué, ¡me di cuenta de que era literal! ¡Estaba en la cocina haciendo los bifes en la plancha! Tenía esas cosas... Fue un lindo encuentro”.

La misma sensación de agrado y complicidad vivieron Avelluto y Lombardi, una noche de marzo de 2014, en un club de jazz de París. Graciela estaba en la capital francesa para presentar *La historia íntima...,* mientras que ellos habían visitado el stand de la Argentina, en la Feria del Libro de esa ciudad. Se sorprendieron cuando, al entrar al pequeño local del barrio Latino, vieron a todos los presentes bailando swing, uno de los pasos que Graciela, de chica, practicaba frente al espejo, tras ver alguno de sus musicales favoritos. “Ninguno se animó porque el nivel era altísimo —aclara Avelluto, entre risas—, pero fue una experiencia extraordinaria porque ella es muy simpática, muy pata”.

Por eso, Avelluto dice que nunca se aburrió con Graciela, porque “es una máquina de contar historias”. Otro rasgo que le remarca es su incondicionalidad: “Si tenés que llamarla a las doce de la noche, por

un consejo o una urgencia, te va a atender. Siempre está".

Da lo mismo que su interlocutor sea un empresario, un funcionario, un embajador o un taxista: ella tiene la virtud de desacralizar los vínculos y hacer sentir cómodo a quien tiene enfrente.

Lo sabe Lucio, el mecánico de su Renault Clío. En su taller de Correa al 2900, en pleno barrio de Saavedra, me atiende este italiano de más de 70 años. Lleva un jean engrasado, un pulóver bordó. Lo saludo con un apretón de manos y me presenta a Héctor, su ayudante. "¿La biografía de Graciela? Está muy bien, se la merece porque es una mujer bárbara —afirma Lucio—. Sin desmerecer al resto de los clientes, ojalá todos fuesen como ella". "Es relajada y muy cercana —confía, por su parte, Héctor—. Muchas veces fui a buscar su auto o se lo llevé hasta su casa. ¿Pensás que te atiende abajo, en la puerta? No, de ninguna manera. Te hace subir, te hace entrar a su casa y ahí te paga. Eso no lo hace cualquiera".

Lucio, quien la conoce desde hace tanto que ya ni recuerda cuándo se vieron por primera vez, aprovecha para resaltar una característica de ella repetida por todos los entrevistados: sus ganas de vivir. "Hace poco vino porque tuvo un toque en el auto. Le dije: 'Graciela, ya no puede manejar más...'. ¿Y qué me respondió? 'Yo, mientras respire, voy a manejar'. Hasta último momento va a seguir dando vueltas, quedate tranquilo. Ella es así, yo la conozco bien, eh", se ensancha.

Graciela convive con su vejez del mejor modo que puede. Reconoce que muchas veces su cabeza va más rápido que su cuerpo y se fastidia; pero, por lo general, prevalece su buen humor. Como en un intervalo en el programa de radio cuando le señala a uno de los invitados, quien minutos antes la había elogiado por su vitalidad: "Callate, mañana es el cumpleaños de una muy amiga mía y ya arreglamos para ir a tomar el té. ¡Cuando salgamos de la confitería, cada una con su bastón, será como si se abrieran las pirámides!".

Quizás el humor sea uno de los modos de exorcizar sus miedos naturales a la enfermedad, a la proximidad de la muerte, a partir sin descubrir qué ocurrió con Pablo. Porque su hijo siempre está presente.

En su cuarto, hijos, nietos, sobrinos nietos, hermanas aparecen en fotos desde todos los ángulos posibles. El rostro de Pablo se

desparrama alrededor de las cuatro paredes. En algunas de las imágenes, es un adolescente; en otras, apenas un nene. Como en aquella en la que tiene 5 o 6 años, no más de 7. Está recostado boca abajo sobre el césped de un parque. La cabeza que gira para mirar, cómplice, el objetivo de la cámara. El pelo, lacio, renegrido, frondoso le cae sobre una mejilla. Los ojos marrones se le achinan de tanta risa.

Esta es una forma de descubrir a Pablo. La otra es a través del testimonio de Graciela. Voz hecha recuerdos, hechos palabras, hechas emociones. Como en esta tarde fría de mayo. Sentados a la mesa del living de su casa, la vuelvo a entrevistar para este libro. Recuerda a Pablo cuando era pequeño, qué le gustaba, dónde veraneaban... hasta que en un momento me pide apagar el grabador. Cree que le subió la presión y advierte: "Se ve que me hace mal remover tanto". Se levanta y prende su computadora. Quiere distenderse. Arroja la cabeza hacia atrás. La deja recostada en la silla con respaldo de tiras negras de goma. Me dice que cuando le sube la presión le aprieta "acá" y se toca debajo del cuello. "Mi forma de salir siempre fue hacia adelante. Primero, salí a buscarlo y, después, a buscar justicia y verdad. Hasta el día de hoy. Sin embargo, nunca me pude detener a tramitar este dolor, nunca pude hablar de él; sí de su secuestro, como lo hice tantas veces. Pero no sobre él". Se toma la presión: está alta. Se recuesta. Me pide si podemos esperar para salir hacia el Centro Cultural San Martín: a las 19, comenzará otra reunión del Club Político. Pasados unos minutos, se levanta y se dirige hasta el baño. Se escucha ruido de frasquitos, de cierres que se abren. Se está maquillando. Una vez más, vuelve al ruedo.

Un barco que nunca echa ancla

Su vida inspira. Tiene una fuerza y un sentido de la responsabilidad infrecuentes. Como ocurrió el 9 de diciembre de 2015. Ese mediodía sonó mi celular y atendí:

—Pablo, me tropecé con un escalón y me caí. Ahora estoy en una ambulancia yendo a la clínica. Por favor, suspendamos los programas

de mañana. En un rato, hablamos.

Se había quebrado la cadera. En medio del dolor y de la conmoción, había pensado en los invitados.

Por la noche, me llamó nuevamente, esta vez desde la habitación 504 de la clínica Los Arcos. Me dio detalles del accidente: que fue en un local cercano a su casa, que no vio el desnivel del ingreso, tropezó y se cayó. Que, estando en el piso, varias personas la rodearon para ayudarla. Una señora dijo: "Ay, ¡se parece a la Fernández Meijide!". Se ríe, le duele. Me preguntó mi opinión sobre el discurso de Cristina Kirchner en el último acto como presidenta. Y finalizó: "Veamos cómo hacemos con la radio. Quiero continuar, pero tendré que parar un tiempo. Pero sigamos".

La internación se prolongó más de lo esperado, primero por una infección, luego por el desagarro de un músculo. A raíz de estos inconvenientes, debió volver a la clínica, donde contrajo un virus intrahospitalario. Fueron casi dos meses dramáticos, en los que se codeó con la muerte. Sintió miedo. Me lo confió una tarde de fines de enero, cuando, en silla de ruedas, merendaba un té y galletitas de agua con mermelada, en la clínica de rehabilitación en la que permanecía. Estaba exhausta, desanimada, sin su característico brillo en los ojos. Sus hijos se asustaron de tal modo que le sugerían que invitase a sus amigos del Club Político todas las tardes para que hablasen de lo que más le fascina. Así ocurrió en un desfile de afectos que se acercaron a escucharla y alentarla.

¿Cuántas personas de 85 años en una situación similar se dejan tan solo marchar? Ella se aferró a la vida con tanta fuerza que, a los pocos días, me sorprendió con un video. La escena transcurría en la sala de rehabilitación de la clínica. A los costados de la pantalla de mi celular se veían alrededor de diez pacientes acomodados al lado de sus camas ortopédicas dispuestos a hacer sus ejercicios. Graciela, en el centro, estaba vestida con ropa de gimnasia y zapatillas. Tomó el andador con rueditas adelante. Hizo una curva y enfiló hacia una rampa con barandas a los costados. La sonrisa le ganó al dolor durante todo el video. La enfermera que la estaba grabando la alentó: "Ya no tiene cara de julepe, eh. ¡Muy bien!". Avanzó y llegó hasta la base de la

rampa. Tanteó con un pie a ver si podía continuar sola. Antes de que otra enfermera llegase a sujetarla por la cintura, arrancó y la dejó atrás. Al final hizo todo el periplo por su cuenta.

Cincuenta y cinco días después, abandonó la clínica apoyada en un bastón. A las dos semanas, me confesó que tenía ganas de tirarlo a la basura. Cumplió, luego de exigentes sesiones de kinesiología. Quería volver a caminar lo más natural posible.

La última semana de febrero de 2016 festejó un nuevo cumpleaños, su vuelta a la radio, al intercambio con sus amigos del Club, a la vida.

Tres años después sigue vibrando con tanto ímpetu que descoloca a cualquiera que sepa su edad. Ella solo quiere disfrutar lo que le quede por vivir. ¿Cómo lo hace? El secreto me lo regala en forma de proverbio, a través de un mail, el último día de 2018: "'El tiempo es un barco que nunca echa ancla', enseñanza de los sami, una de las tribus de Laponia. Que tengas un gran 2019".

Será por eso que esta historia quedará inconclusa apenas se impriman sus páginas, una historia extraordinaria, condenada al destiempo.

EPÍLOGO

Una historia dividida en tres actos, a lo largo de veinticuatro años: así podría resumirse mi relación con Graciela Fernández Meijide.

La conocí una tarde de julio de 2006. Un compañero de *Clarín* me preguntó si me interesaría colaborar con ella en su segundo libro. La propuesta me sedujo al instante: se trataba de la misma mujer por la cual, en 1995, a mis 15 años, había comenzado a comprar el diario para seguir las noticias que la involucraran a ella y a Chacho Álvarez en esa aventura disruptiva que era el Frepaso; la misma mujer a quien, en 1998, había visto acercarse a una huelga para solidarizarse con un grupo de periodistas. Yo estaba allí cubriendo la noticia como estudiante de periodismo; ella, en pleno sueño presidencial. Pude, debí, buscar su palabra. Pero no me animé y la vi, de lejos, partir.

Muchos acontecimientos, sobre todo tristes, habían ocurrido en el país desde 1995 hasta esa tarde de 2006 en que me dirigió la palabra. Por comenzar, el Frepaso ya era parte de la historia. Ahora, Néstor Kirchner conducía la Argentina, con un alto nivel de aprobación. Algunos frepasistas integraban su gobierno. No era el caso de Graciela, que había decidido abandonar la política partidaria cargando con la desilusión de sus votantes. Yo era uno de ellos.

Por todas estas razones, aquella tarde de 2006 no era una más. Llegué hasta el edificio de Blanco Encalada y Libertador, en Belgrano, y toqué el timbre de su departamento. Me anuncié, subí. Preferí la escalera, necesitaba descargar adrenalina. Golpeé la puerta y esperé. Segundos después, estaba delante de mí, alta y sonriente. "¿Tomás café?", me preguntó. Miré a su alrededor. No había nadie que la ayudara: solo una gata. "Esta es Vainilla", me la presentó. Le dio un golpe de calor a un jarrito y nos sentamos en el sillón del living. Observé hacia los costados, nada era suntuoso.

Esa tarde acordamos que la ayudaría con la investigación y las

entrevistas de *La historia de los organismos de derechos humanos en la Argentina*, dedicado a su hijo Pablo.

Otros trece años han pasado desde que me recorté entre los miles de anónimos de su vida. Nunca dejamos de vernos. Ínterin, la acompañé en otros proyectos, como su tercer libro, *Eran humanos, no héroes,* que nos llevó a Chile, al Brasil y al Uruguay para entrevistar a expresidentes y funcionarios de esos países, y también en sus experiencias como conductora de radio y televisión.

La idea de este libro nació tras un programa de radio una mañana de diciembre de 2015. De entrada, me gustó. Pero ¿cómo hacer un relato ecuánime? ¿Graciela soportaría las críticas de los entrevistados, así como también mi punto de vista? Algo tenía en claro: no sería su exégeta.

"Pero, ojo, deberías entrevistar a todos, desde Estela hasta Hebe. Si no, no te va a servir. Si hablás con mi familia, con mis amigos o con quienes trabajé, pediles también que te digan lo bueno y lo malo sobre mí, sobre mi carrera. Porque así es la vida".

Graciela había arrancado mis dudas de raíz. Nacía *Nenuca, la historia de Graciela Fernández Meijide,* el relato de una mujer anónima que se convirtió en una líder para miles de argentinos tras sufrir hasta lo indecible por el secuestro y la desaparición de su hijo Pablo, arrebatado de su propia casa por una patota de la dictadura una noche de octubre de 1976. Entonces, ella tenía 46 años, una edad en la que muchas personas comienzan a conjugar en pretérito. Pero, como una mamushka, Graciela desplegó facetas que ni siquiera conocía hasta mutar por completo.

En ese proceso, con las instituciones de la República pulverizadas, decidió ir más allá de la denuncia personal para luchar por el conjunto de las víctimas del terrorismo de Estado. Desde la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos aprendió a discutir, a consensuar, a hacer política. Fue una madre distinta de las decenas de mujeres que reclamaban por sus hijos. Fue otra madre.

De esa manera, ya en democracia, fue el factótum de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, donde organizó los testimonios y la información que permitieron condenar a los jerarcas

militares en el histórico Juicio a las Juntas de 1985.

Cuando años después el camino de la Justicia quedó clausurado, decidió cambiar las reglas del sistema desde adentro y se incorporó a un partido. También quería ser parte de las soluciones en una Argentina castigada por la hiperinflación. No tenía experiencia, era una *outsider*, como le endilgaron los políticos de la vieja escuela. A pura personalidad, convirtió el estigma en una positividad que la llevó a ser uno de los fenómenos políticos de los 90, junto con Chacho, con quien formó una dupla arrasadora.

A fuerza de triunfos —ganó cinco elecciones consecutivas— llevó al Frepaso a quebrar el bipartidismo histórico de radicales y peronistas. En ese derrotero, fue la mujer más votada de la historia argentina hasta 1995 y, con ese envión, desafió —y derrotó— al PJ bonaerense. *"Heaven is the limit"*, asegura la pensadora Beatriz Sarlo, una de sus principales asesoras, al reconstruir para este libro esa etapa de su carrera.

Nada de esto habría sucedido si ella no hubiera tocado una fibra íntima en la sociedad. Porque durante aquellos años 90, para decenas de miles de argentinos fue simplemente Graciela, una suerte de madre que los cobijó mientras el país se deshacía y a la que luego culparon, como a otros, cuando el país rodó barranca abajo.

Esta biografía narra su vida, con sus luces y sombras, a través de los testimonios de treinta y cuatro entrevistados, entre ellos, el expresidente Fernando de la Rúa, la titular de Abuelas de Plaza de Mayo Estela de Carlotto, la gobernadora bonaerense María Eugenia Vidal, actuales funcionarios nacionales que la conocen muy de cerca como Pablo Avelluto y Hernán Lombardi, exlegisladores como Federico Storani, Darío Alessandro, Rodolfo Rodil y Chiche Duhalde, el exministro Carlos Corach, intelectuales como Marcos Novaro o Vicente Palermo, además de Sarlo, familiares, amigos y excolaboradores.

Aunque el inicio es claro, el final es un reto que solo puedo resolver desde la arbitrariedad. Porque, a sus 88 años, Graciela suma, día tras día, nuevas páginas a su historia y, por ende, a la del país, como solo ocurre con aquellas mujeres y hombres que se convierten en símbolos.

FUENTES

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, Chacho y Morales Solá, Joaquín, *Sin excusas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

Crenzel, Emilio, *La historia política del Nunca más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Fernández Meijide, Graciela, en colaboración con Santiago Kovadloff, *Derecho a la esperanza*, Buenos Aires, Emecé editores, 1997.

——, *La ilusión. El fracaso de la Alianza visto por dentro,* Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

——, *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina (a Pablo)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

——, *Eran humanos, no héroes. Crítica de la violencia política de los 70,* Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Fernández Meijide, Graciela y Leis, Héctor, *El diálogo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Pavón, Héctor, *Los intelectuales y la política en la Argentina. El combate por las ideas 1983-2012*, Buenos Aires, Random House Mondadori, 2012.

Pazos, Luis, *Graciela, esa mujer,* Buenos Aires, Perfil libros, 1997.

Puente, Silvia, *Compasión con poder*, Buenos Aires, Big Stream, 1997.

Ulloa, Noemí y Echave, Hugo, *Después de la noche. Diálogo con Graciela Fernández Meijide,* Buenos Aires, Contrapunto, 1986.

ENTREVISTAS PERSONALES

Durante largos meses entrevisté en ocho ocasiones a Graciela Fernández Meijide. También a otras treinta y cuatro personas, a lo

largo de más de dos años de trabajo. Ellos son: Carlos Porroni, Augusto Abello, Tita Calvar, Ester *Chicha* Chiozza, Susana Mingrone, Pirucha Della Busca, María Alejandra Fernández Meijide, Martín Fernández Meijide, Lucio y Héctor, María Mercedes Castagnola, Juana María Castagnola, Carlos Kreimer, Augusto Meijide, Enrique Fernández Meijide, María Eugenia Vidal, Hilda *Chiche* González de Duhalde, Darío Alessandro, Rodolfo Rodil, Federico Storani, Carlos Corach, Fernando de la Rúa, Hernán Lombardi, Pablo Avelluto, Estela Carlotto, Eduardo Fidanza, Ana Correa, Marcelo Stoll, Magdalena Ruiz Guiñazú, Beatriz Sarlo, Vicente Palermo, Jorge Sigal, María Matilde Ollier y Marcos Novaro.

A todos, mi agradecimiento por su tiempo y sus aportes.

AGRADECIMIENTOS

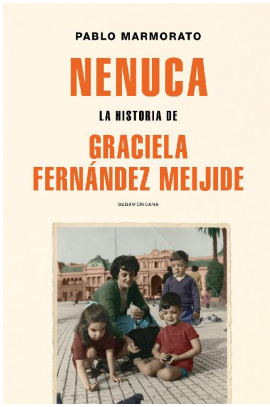
Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de las siguientes personas:

Glenda Vieites, quien confió en este proyecto sin dudar desde el inicio, y Gabriela Vigo, mi editora, quien me acompañó en el proceso con su lectura y sus aportes.

Mis amigos Javo Otaola, Juan Pablo Cesio, Guido Angélico y Fernando Rodeles, quienes me alentaron, leyeron e hicieron detalladas contribuciones.

Gracias, Enrique Fernández Meijide y Augusto Meijide, por las largas conversaciones y por abrirme sus archivos personales, llenos de material valioso.

Por sobre todo, gracias, Graciela, por la confianza y la libertad para poder escribir sobre tu vida, pese a no estar de acuerdo con varios pasajes. Brindo por nuestra amistad.



NENUCA es la biografía de una mujer cuya vida es fundamental para comprender la historia argentina reciente. Graciela Fernández Meijide logró sumergirse en la fibra íntima de nuestra sociedad e imprimió una huella amorosa sin afectación y sin estridencias. Este libro recorre su infancia en Avellaneda, la adolescencia tenaz y rebelde, el amor y los hijos, la noche que cambió su vida para siempre, la desaparición y la búsqueda de Pablo, el trabajo en la Conadep y su compromiso con la verdad, el esfuerzo por crear un espacio político y el fracaso, la sabiduría que le permitió aprender de los momentos más difíciles. Una figura clave en la lucha por los derechos humanos.
Una historia admirable que forma parte de nuestra memoria colectiva.

PABLO MARMORATO

Es periodista, consultor en comunicación política e institucional, analista político, técnico en Periodismo por TEA y licenciado en Comunicación Social por la Universidad de Buenos Aires. Fue jefe de portada de Clarín.com. Llevó adelante las investigaciones para *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina* y *Eran humanos, no héroes*, ambos de Graciela Fernández Meijide. Junto a ella conduce, desde 2014, el programa "¿Por qué?" en Radio Ciudad. En 2013 cofundó Grupo Panóptico, consultora de comunicación estratégica. Planificó y lideró la comunicación de varias campañas electorales para legislador, intendente y gobernador. Desde 2018 dirige la consultora que lleva su nombre. Es socio del Club Político Argentino y de la Asociación Argentina de Consultores Políticos. Sus artículos de opinión pueden leerse en los principales medios del país.

Marmorato, Pablo
Nenuca. La historia de Graciela Fernández Meijide / Pablo Marmorato. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2019.
(Biografías y Testimonios)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-6343-1

1. Biografías. I. Título.
CDD 923

Foto de cubierta: Archivo personal de Graciela Fernández Meijide
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: septiembre de 2019
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6343-1

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubrí tu
próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

Nenuca
Dedicatoria
La noche en que todo cambió
Capítulo 1. La infancia y la adolescencia de Nenuca
    Arístides y Mecha
    Exigencias
    La barra de amigos: cine, boogie-woogie y box
    Cigarrillos, poker y *Kama-sutra*
    Los primeros amores
    Enrique Fernández Meijide
    La apasionante aventura de crecer
Capítulo 2. Un arquetipo de los años 60
    Un nuevo credo: el psicoanálisis
    Los barbudos de Cuba
Capítulo 3. Pablo
    Dos hipótesis
    Una búsqueda desenfrenada
    De estafadores, tarotistas y amigos perdidos
    "¡No me llama nunca!"
    Caminar sin certezas
    Montreal: la aceptación de su muerte
    Una película de suspenso
    A 9040 kilómetros de distancia
    A Pablo lo mataron
Capítulo 4. Una líder de los Derechos Humanos

Madre de Plaza de Mayo
Idas y vueltas con Estela
Los cruces con Hebe
Su rol clave en la visita de la CIDH
La Redonda, las listas de Feeney y una cita en París
Bronca y angustia por Malvinas
De topos, micrófonos y dioses comunistas
Capítulo 5. El motor de la Conadep
Apuntes para organizar una movilización
Lágrimas de esperanza
Conadep o bicameral
“Hay que llamarla a Graciela”
La “D” de desaparecidos
Su “sistema de imán” y la visita al Pozo de Quilmes
Psicópatas
El histórico documental en Canal 13
Esa herida abierta
La redacción final y la entrega del informe
Dos acontecimientos conmovedores
El Juicio a las Juntas
Capítulo 6. Su salto a la política
Matriarcado
Adiós a la APDH
Un amargo debut
Chacho-Graciela, una dupla que marcó los 90
El peronismo, según Graciela
Su llegada al Congreso
Carmen *La Gallega* Blanco
Las reglas de la política
Sorpresa: la elección a constituyentes
Los desharrapados

Su primer discurso público
El romance con los porteños
Capítulo 7. El triunfo en Capital: ya nada será igual
Bifes *alla pizzaiola*
La importancia de jugar en equipo
La recta final hacia la consagración
El fenómeno Fernández Meijide, según dirigentes y especialistas
La mujer más votada de la historia
Chispazos con Chacho
La elección a jefe de Gobierno, una chance perdida
“Le tuve que haber peleado el liderazgo”
Tocado
La Estatuyente y el desafío de administrar
Exigencia y afecto
Nietos, tenis y terapia
El batacazo en la provincia
El anuncio y la campaña contra la “re-re” de Menem
Graciela tiene rival
307.571 km^2
La muerte de su padre político
La conformación de la Alianza
“Le tenía terror”
Diario de campaña
El cielo con las manos
Capítulo 8. La caída
El gracielismo: el punto de no retorno con Chacho
Un hotel pulguiento
Una historia de “rebeldía”
Una dura derrota

Un nuevo desafío: la gobernación de la provincia
En tono positivo
La frente en alto
Alta exposición
De “rosca” y pases de factura
El caso de su cuñado
Chacho y un volantazo al precipicio
El fin de la pareja política de la década
Su adiós a la política partidaria
Capítulo 9. El círculo de la sabiduría
La verdad, siempre la verdad
El debate por la cifra de desaparecidos
Perdón y reconciliación: el encuentro con el Papa
La verdadera grieta es la pobreza
“El Club”: otro modo de hacer política
Cartas a la abuela
De entre casa
Un barco que nunca echa ancla
Epílogo
Fuentes
Bibliografía
Entrevistas personales
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos